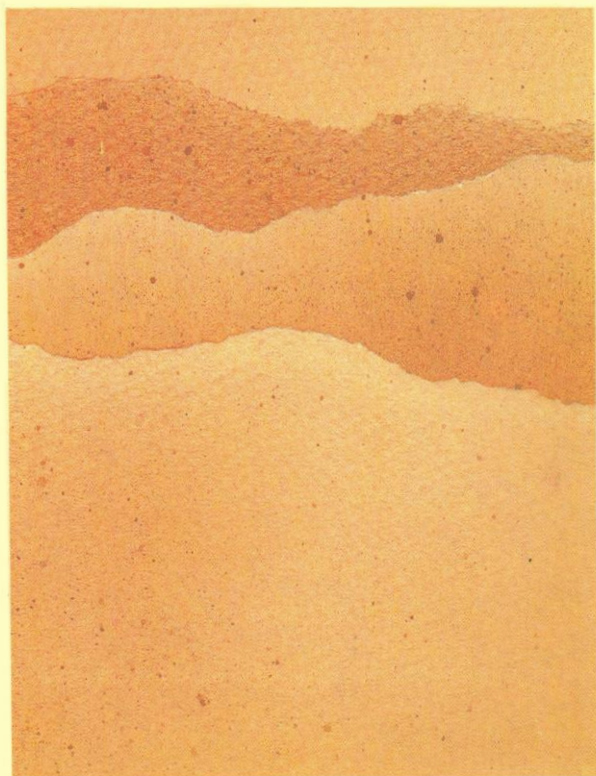


LAS MUJERES Y EL PODER

una historia de villa el salvador



CECILIA BLONDET M.

IEP Instituto de Estudios Peruanos

Cecilia Blondet Montero, historiadora y miembro del Instituto de Estudios Peruanos, ha realizado investigaciones sobre el proceso de la urbanización popular en diferentes barrios de Lima Metropolitana, con especial énfasis en la construcción de la identidad femenina. Entre sus publicaciones se encuentra el estudio elaborado con Carlos Iván Degregori y Nicolás Lynch, *Conquistadores de un nuevo mundo. De invasores a ciudadanos en San Martín de Porres; Muchas vidas construyendo una identidad. Las mujeres pobladoras de un barrio limeño* y artículos en diversas revistas especializadas.

Carátula: Mariana Santistevan y
Alexander De Feudis

LAS MUJERES Y EL PODER
UNA HISTORIA DE VILLA EL SALVADOR

LAS MUJERES Y EL PODER

una historia de villa el salvador

CECILIA BLONDET M.

IEP Instituto de Estudios Peruanos

Serie: *Urbanización, migraciones y cambios
en la sociedad peruana / 10*

*Esta publicación forma parte del proyecto "Radicalización
y violencia política entre jóvenes de las clases populares en
el Perú", auspiciado por la Fundación Ford.*

© IEP ediciones
Horacio Urteaga 694, Lima 11
Telfs. 32-3070 / 24-4856

Impreso en el Perú
Ira. edición, febrero 1991
1,000 ejemplares
ISBN 84-89303-04-5

Edición y diseño: Gonzalo Nieto Degregori

A Francisco,
Marcelo y
Camilo

CONTENIDO

INTRODUCCIÓN	13
Capítulo I	
VILLA EL SALVADOR: UNA HISTORIA DIFERENTE	
1. Los invasores de Pampa de La Inmaculada	23
2. Al fin, un lugar donde caerse muerto	30
3. ¿Prefieres quedarte en tu casa? Los jóvenes y sus maestros	35
4. 1975, incertidumbre y distanciamiento del gobierno	41
5. 1977, agitación social y radicalización. Definiendo rumbos propios	43
6. Paros y huelgas nacionales; bajo el comando de la nueva generación	48
7. Hacia la consolidación de una hegemonía: el nuevo distrito popular de VES	52
8. Tiempo de crisis y desencantos	54
Capítulo II	
LAS MUJERES Y LA ORGANIZACIÓN VECINAL: UN LENGUAJE RENOVADO	
1. El desierto de las retamas	61
2. Las dirigentas: variaciones generacionales	65
3. Aunque sólo sea ir a escuchar... Nociones del individualismo en tanto miembros de una colectividad	67
4. Ya no tenía miedo y seguía oscuro	72
5. Dilo como quieras ¡pero habla!	76
6. Jóvenes: la pelota, la guitarra y los partidos	85

Capítulo III

VIVERES Y MUJERES: EL COMIENZO DE UNA LARGA HISTORIA

1. Crisis y asistencialismo: la feminización de la pobreza	95
2. Marginación y auto-exclusión; nuestras organizaciones son muy aparte	65
3. Caudillas o coordinadoras, distintos estilos de liderazgo	103
4. Premio y no caridad: las organizaciones de alfabetización y construcción comunal	105
5. Estamos abriendo nuestro comedor, ¿usted no quisiera participar?	110
6. El combate por la autonomía y los víveres	121
7. Con la política sí, porque somos politiqueras, pero partidariamente no	128

Capítulo IV

ALIENTOS Y SINSABORES EN LA CONSTRUCCION DE UNA INSTITUCION: LA FEDERACION POPULAR DE MUJERES DE VILLA EL SALVADOR

1. La oficialización del asistencialismo	137
2. Primeros intentos de centralización	140
3. Si les tocas los víveres a las mujeres, son capaces de matarte, de degollarte	147
4. Cuando yo comencé a formarme mi idea. El avance de la minoría	153
5. El fin de Lucila	158
6. La reorganización interna de la Federación: los problemas de representación	162
7. Hoy eres mi amor, mañana no te conozco: las relaciones externas de la Federación	165
8. ¿Caudillismo o pragmatismo? Decisiones frente al azote de la crisis	173
9. Nota final	178

ANEXO	183
-------	-----

BIBLIOGRAFIA	187
--------------	-----

INTRODUCCION

El 9 y 10 de noviembre de 1990, mientras se revisaba la redacción final de estas páginas, en el local del Centro de Comunicación Popular de VES se realizaba la IV Convención de la Federación Popular de Mujeres de Villa El Salvador. Durante dos días, unas ochocientas dirigentas de base debatieron calurosamente el sentido y porvenir de su organización, y concluyeron en la elección de una nueva Junta Directiva que represente a las diez mil mujeres que conforman el cuerpo de la FEPOMUVES. El ambiente del Centro de Comunicación esta vez parecía particularmente ordenado y formal, a diferencia de otros eventos similares; ahora no sé veía niños aburridos que interfirieran en la atención de sus madres, ni interrupciones por la carga inevitable de las tareas domésticas. Pero también todo parecía más tenso y la actitud se palpaba alerta; quizás porque hoy son muchas las amenazas a la continuidad de las organizaciones populares urbanas. El impacto de las medidas de estabilización que impuso el gobierno del ingeniero Fujimori, ha agudizado las salidas de emergencia, reforzando las características de la caridad y la filantropía.

Las ochocientas dirigentas estaban allí, dispuestas a reafirmar su vocación por seguir acumulando fuerzas para sacar adelante la configuración de sus derechos ciudadanos. Y observando el desarrollo del evento, la pregunta inmediata iba por la persistencia de los vínculos en un momento en que todo hace pensar en el deterioro y la desmembración. Entonces, el objetivo que guió inicialmente a la elaboración de esta investigación, cobró mayor forma y sentido.

En este libro se contará la historia de la organización femenina de Villa El Salvador, vivida y relatada a su vez por muchas de sus dirigentas. En ella se verá cómo nace y se construye un movimiento social; el proceso de constitución de nuevas identidades sociales y políticas, individuales y colectivas en un barrio pobre de la ciudad, y los límites que encuentra en su desarrollo.

De diferentes lugares, edades e historias, los hombres y mujeres de Villa el Salvador se propusieron a inicios de la década del 70, construir un lugar para vivir. El deseo de arraigarse en la ciudad a pesar de las diferencias, los unió en un mismo objetivo y lograron acuerdos básicos para conformar, con esfuerzo, una colectividad organizada de pobladores pobres. Múltiples razones, como se plantea en el primer capítulo, hicieron de ésta una historia diferente que tuvo como características centrales la cohesión interna y el alto nivel organizativo logrado, en un contexto de movilización especial como fue el "gobierno revolucionario" del general Juan Velasco Alvarado.

Las mujeres invasoras y pobladoras iniciaron así un lento proceso de incorporación a la vida pública local. Su participación activa en las asambleas les dio oportunidad para aprender nociones acerca del significado de ser individuo o de formar parte de una colectividad en un escenario urbano nuevo. Independientemente de criterios familiares, de origen o grupo étnico.

En el segundo capítulo se analizará cómo esta práctica que a menudo culminó en experiencias exitosas de satisfacción de necesidades muy concretas, fue dotando de sentido e importancia a la participación femenina colectiva. Entre las mujeres fueron destacando unas por sobre el resto para hacerse dirigentas, desarrollando capacidades y espacios para movilizar al conjunto y crear adhesiones ante un objetivo común. El arraigo, la familia y el barrio, fueron los motivos y el escenario de la acción social; lograrlos implicó relacionarse con los otros, ahora iguales, y solicitar, exigir o presionar directamente al Estado, con la intermediación de los partidos políticos. Surgieron nuevas necesidades y con ellas se fueron abriendo los canales y definiendo los procedimientos para su satisfacción. De una concepción social restringida y localizada, las mujeres en este pro-

ceso fueron adquiriendo nuevos valores. La autoestima personal, el reconocimiento de su voz y la capacidad de deliberar y actuar al lado de los hombres, fueron los logros más visibles de esta etapa.

El inicio de la larga crisis que hoy agobia al Perú, hacia fines de la década del 70 fue un importante factor desestabilizador de este proceso. El Estado por efecto de sus políticas sociales empezó a ser sustituido en muchas de sus funciones de atención a la población, por agencias de cooperación, Organismos No Gubernamentales e instituciones eclesiales. Las mujeres, como se observará en el tercer capítulo, fueron testigos privilegiados de su desatención. Como señala Maruja Barrig, la alimentación, como necesidad básica que debiera ser un derecho individual y familiar, se convirtió en un servicio colectivo y fue el tránsito de la necesidad al servicio el que creó espacios organizados para las mujeres populares. La oferta de donaciones y subsidios se incrementó, y con ellas aparecieron las organizaciones femeninas de sobrevivencia. Se ensayaron diferentes modalidades de relación entre las instituciones donantes y las mujeres. En la práctica, signadas por múltiples dependencias, las mujeres populares y sus organizaciones fueron definiendo un nuevo rumbo en la arena pública.

Este fenómeno organizativo se dio en todos los barrios populares de Lima. Pero Villa El Salvador fue, sin duda, un escenario fértil para desarrollar una vanguardia social femenina. Su historia y la experiencia adquirida con el trabajo de sus pobladores y dirigentes, propició nuevas formas de organización y centralización distrital capaces de ensayar una propuesta democrática de agremiación femenina.

Cómo fue el proceso de construcción de una institución de agregación y representación de intereses femeninos, es el tema del cuarto capítulo. Sentimientos de confusión, audacia y anhelos de poder, sentaron las bases de la Federación Popular de Mujeres de Villa El Salvador, en la que las dificultades y los conflictos de un proyecto inicial vertical y autoritario, gracias a la presencia de las jóvenes, dieron paso a una propuesta democrática de construcción institucional. Precisamente la coexistencia de prácticas clientelares,

autoritarias y personalistas con otras de coordinación, concensuales y de equipo, articularon una constante en la organización femenina. Se fueron así modificando las relaciones con las instituciones externas y con el Estado, en la búsqueda permanente de una ansiada autonomía. Finalmente, la crisis generalizada una vez más amenazó con bloquear el proceso.

¿Qué aprendieron las mujeres populares? ¿Desarrollaron una nueva cultura política popular?

La IV Convención de la Federación se llevó a cabo en el encuadre de un gobierno elegido en gran medida como la opción de rechazo a las propuestas políticas tradicionales. Hay que recordar que a lo largo de la contienda electoral, las palabras de los partidos conocidos significaron muy poco, y la de los nuevos con resonancia familiar recibieron el rechazo frontal del elector popular. De esta forma, Mario Vargas Llosa con su mensaje de modernización y transparencia, fue entendido como la esencia de la impiedad y el autoritarismo implacable, mientras se miraba con esperanza a una nueva imagen que no prometía sino honradez, tecnología, trabajo y la evitabilidad del "shock".

Sin embargo, ese tan temido "shock" igual se aplicó; el nuevo gobierno encontró al Estado más desestructurado de lo que cualquiera se hubiera podido imaginar, con sus arcas agotadas y su política económica comprometida con el artificio del subsidio en todo lo que constituye el consumo popular. Fujimori optó por un gabinete de concertación que pareció no ver más alternativa que un paquete de medidas "sinceradoras", elaborado y aplicado sobre la marcha de los acontecimientos, con ese carácter entre improvisado y al paso que signa sus debutantes cien primeros días. Y, contra todo vaticinio, el "shock" no trajo consigo ese desborde que tanto se agoraba bajo la profecía de los saqueos y el incremento de la violencia y el desorden. Por el contrario, la sorpresa aún impide analizar con profundidad una cierta calma que a veces se asemeja a la resignación y otras a la comprensión.

La contraparte del programa económico ha sido el despliegue

de un Programa de Emergencia Social concebido una vez más como ayuda caritativa y asistencial. Improvisado e inoperante, el PES pretende llegar a los hogares pobres con alimentos, a través de las instituciones con trayectoria en la caridad, como las iglesias y muchas ONGs. Aunque, hay que decirlo, estas instituciones están participando con más fuerza en este gobierno que con otros gobiernos, donde la desconfianza del aparato estatal llevaba a la centralización y por tanto, a la exclusión sectaria. De cualquier manera, las mujeres se ven obligadas hoy más que nunca a recurrir a los donativos para paliar la aflicción de la carencia. Y el efecto de eso puede ser también la regresión al lugar domesticado y subordinado del ama de casa a dedicación exclusiva y tiempo completo en la tarea de parar la olla. Aislada y sufriente, limitada para siempre a lo inmediato. Sin acceso al poder que la encarrile en la opción de los cambios que sólo se pueden hacer por la vía de la ciudadanía.

En todo este conjunto complejo y expectante, pareciera que no hay demasiado interés en devolver la confianza a las opciones partidarias que tan claramente se rechazaron en las urnas el mes de julio. Antes de pasar a elegir a la nueva Junta Directiva de la Federación de Mujeres de VES, en la IV Convención la dirigencia saliente propuso debatir el papel actual de los partidos, sobre la base de que es necesario continuar negociando una organicidad dentro de ellos. La negativa de la mayoría de las delegadas fue total y rotunda. Se respondió que no era el momento para pactar con instituciones políticas que juzgaban desgastadas, manipuladoras e ineficaces. Sin embargo, a fin de no cerrarse a la integración con otras organizaciones, de no negar la atención a su evolución, se acordó desarrollar un ciclo de reuniones para informarse sobre las nuevas visiones y propuestas de estos partidos. Para ver qué es lo que está pasando también en otros ámbitos.

La directiva saliente ha señalado ante ochocientas mujeres reunidas, que la Federación de Mujeres no tiene más de seis años de creada y sin embargo, ha demostrado ser capaz de convocar y llevar a cabo su IV Convención con asistencia plena. Y oponía este logro al hecho que la Organización Vecinal (CUAVES), con veinte años de experiencia, no haya podido hacer lo propio en más de cinco

oportunidades y que si la CUAVES seguía empeñada en excluir de su seno a la Federación como tal, ya no era el momento para seguir dando una pelea que parece estéril, sino para rediseñar las estrategias. Como por ejemplo, llamar a las mujeres a ocupar cargos directivos en el ámbito barrial, en sus Manzanas y en sus Grupos, para así llegar a la representación más aún con todo el caudal de fuerza y experiencia que sólo ellas pueden hoy esgrimir. ¿Indicios de una nueva cultura política popular en estas mujeres? Eso es algo que sólo se puede aprehender en el contacto con su proceso organizativo. Y con ese fin es que fue concebido este libro.

Para conocer lo que aquí se cuenta, se requirió de una importante inversión de tiempo, cariño y dedicación, probablemente similar a los que dieron las dirigentas en la construcción de la Federación y en el gusto por compartir su experiencia. Un trabajo de campo en el que se hicieron múltiples entrevistas, historias de vida y anotaciones al margen, sirvió también para consolidar buenas amistades. Matrimonios, defunciones, bautizos, festejos de cumpleaños y muchos desánimos, enriquecieron personal e intelectualmente a quienes trabajamos en este proyecto.

Quiero agradecer en primer lugar a las dirigentas que generosamente me dieron su afecto y conocimientos, me mostraron sus temores y ambiciones y creyeron firmemente en la importancia de un trabajo intelectual como el mío. A María Elena Moyano, Teniente Alcalde de Villa El Salvador y Presidenta de la Federación Popular de Mujeres; a Enriqueta Mesías, fundadora del Colegio Fe y Alegría, del Centro de Comunicación Popular y maestra de Villa El Salvador, el más especial de mis agradecimientos. A través de ellas hago extensivo mi reconocimiento a las dirigentas de la FEPOMUVES que se cruzaron conmigo, a Donatilda Gamarra, Esperanza de la Cruz, Josefina Bonilla, Pilar Anchita, Vilma Orbezo, Doris Cristóbal, Gladis Galecio, Irma Martínez, Ester Flores, Juana Quispe, Clorinda Bonifaz, Marta Moyano, Rocío Paz, y a todas las dirigentas del distrito, porque aunque no tengan nombre en este libro, están presentes en mi relato y son parte de mi conocimiento.

Al Instituto de Estudios Peruanos, quiero agradecer su solidez

en la convicción acerca de la importancia de hacer investigación, a pesar de todo, en este país. Julio Cotler, escuchó y orientó el trabajo de campo y leyó un sinnúmero de veces este manuscrito. Sus comentarios y observaciones, así como su confianza, fueron invaluable. Romeo Grompone, compañero de equipo, revisó y corrigió otras tantas versiones, dejando siempre lo mejor de él. A Carlos Iván Degregori agradezco sus lecturas y correcciones, pero sobre todo, la escuela de sensibilidad frente a lo popular que afiné y saboreé cuando trabajamos juntos en San Martín de Porres. Carmen Montero, Maruja Barrig y Penelope Harvey leyeron versiones del manuscrito y conversaron largamente sobre sus errores y aciertos, dejándome siempre valiosos comentarios. Rafael León dedicó jornadas íntegras para revisar, corregir y cuidar el estilo de la publicación, a la vez que me ayudó a esclarecer muchas ideas en el texto. María Blondet sugirió motivos y colores para la carátula. Isabel Montero me escuchó y animó repetidas mañanas de invierno. Cecilia Aldave, Patricia Zárate y Patricia Torres trabajaron con entusiasmo en diferentes momentos de la investigación. A todos, mi agradecimiento. En el mismo sentido, mi especial reconocimiento a Aída Nagata, por su paciente y dedicada colaboración, luego de muchas versiones, en la presentación del texto. A Ana Collantes, Elizabeth Andrade, Violeta Ramos y Julio García por su constante apoyo. Una dedicación especial a mis padres, mis hermanos y cuñados por el aliento y afecto que permanentemente me han otorgado.

CAPITULO I

Villa El Salvador: una historia diferente

"Yo vivía para esa fecha con mis hermanos en un cuartito en Mirones Bajo. Yo quería ser estudiante, casualmente había venido de la sierra para estudiar. Ya mi hermano mayor estaba postulando para universitario y como se encontraban tan caros los cuartos y no se podía cubrir el costo del alquiler, los mismos muchachos ni siquiera ya universitarios, mayor parte provincianos que recién habían llegado a Lima, habían acordado en el Paraninfo de la Universidad, cerca al corredor del patio, salir a tomar la Pampa de la Inmaculada, que quedaba en Pamplona, a la espalda".

Jacinta

"El mismo día que comenzó la invasión fue mi señora; había una novedad que estaban invadiendo esos terrenos y entre los corralones de La Victoria se pasaba la voz. De repente ha habido un grupito de cabecillas, no sé, pero a nosotros no nos tenían al tanto, nos colamos allá atracito. Ya sentíamos la necesidad de tener algo nuestro. Mi sobrino se quedaba a cuidarlo y para llevarle a mi sobrino su comida, íbamos con mi compadre Lau, nuestro vecino".

Víctor Chero¹

1. En CELADEC, 1983.

1. Los invasores de Pampa de La Inmaculada

La noche del 27 de abril de 1971, alrededor de doscientas familias populares de distintos tugurios y barriadas aledañas a la ciudad de Lima se alistaban para invadir unos terrenos eriazos del Estado, ubicados en la zona de Pamplona, kilómetro 13 camino al sur.²

Días antes, bajo la coordinación de los dirigentes, en su mayoría jóvenes provincianos inquilinos del antiguo distrito popular de La Victoria, se venía preparando la "toma"; se reunirían en la Pampa de La Inmaculada, al pie del cerro Primero de Mayo; los invasores debían comprar a escondidas, las esteras y los palos necesarios para instalarse; conseguir "primus" y kerosene, algo de comida, trago, agua, banderas peruanas y mantas para abrigo; en esas reuniones ya se habían distribuido las tareas y responsabilidades que cada quien asumiría durante la invasión.

Todavía oscuro, fueron llegando de a pocos los asustados, apurados y temerosos invasores. Las arengas y los gritos de ánimo de los dirigentes contrarrestaban con el ambiente de tensión y ansiedad que se respiraba, tanto por la audacia de su acción como por la incertidumbre frente a los resultados. Esa misma noche un grupo de alojados de los vecinos de la zona se habían sumado a la invasión. Su participación auguraba el consentimiento y apoyo del barrio, hecho que era fundamental para los próximos días. Con la aprobación

2. La información más detallada sobre los acontecimientos de la invasión han sido tomados de Montoya Ugarte, 1973; y, CELADEC, 1983, Testimonios recogidos durante el trabajo de campo complementaron el material bibliográfico.

de los pobladores del lugar, tanto la defensa de la toma como la provisión de agua y alimentos podían quedar aseguradas. Cuando amaneció, ya el campamento estaba levantado y cada uno en su lugar esperaba alerta la reacción de la ciudad y de la policía.

La situación de alojados o inquilinos en la que se venía viviendo era insostenible, y esa movilización debía ponerle fin, tal como había sucedido con tantos otros miles de provincianos en Lima. Pero tal decisión traía consigo un serio riesgo, los invasores sabían que en cualquier momento llegaría la represión policial y sin mucho diálogo, se podría desatar el enfrentamiento. El Estado, a juzgar por experiencias anteriores, no iba a aceptar fácilmente una medida de presión popular como ésta. Sólo la resistencia en el lugar, sumada a las manifestaciones públicas de políticos y de algunos medios de comunicación, prepararían el terreno para negociar algún arreglo entre la dirigencia y el gobierno. Pero las posibilidades de éxito eran reducidas y el panorama bastante incierto. Eso lo sabían los invasores y sin embargo, se encontraban ahí.

En el transcurso del primer día, vecinos, amigos y paisanos se pasaron la voz y esa noche otras 150 familias nuevas llegaron a la invasión. Este aumento era visto con preocupación por los dirigentes. Si bien era conveniente involucrar al mayor número posible de personas para hacer frente a la represión, la situación se tornaba más provocador a y amenazante contra el orden público.

La intranquilidad, la angustia y el desconcierto crecieron en los días siguientes. La mayoría de los invasores tenía que salir a trabajar o estudiar y ya no podía seguir esperando una batalla victoriosa. El campamento inicial formado por fieros combatientes fue reemplazándose por esposas, abuelos y sobrinos que quedaban al cuidado de las chozas. En esos días se tejieron toda suerte de elucubraciones sobre la situación del momento y el porvenir de la invasión. "...dicen que este presidente sí es cholo de verdad y no le tiene miedo a los ricos", "dicen que Sarita Colonia³ volvió nuevamente a la tierra y

3. Joven adolescente, migrante de Huaraz en los años 30. Dicen que sabe hacer milagros, es conocida como el "Almita" protectora de los choferes, peinadores, reclusos, ambulantes y en general, de los informales. Ver González Víaña, 1990.

está ahora con nosotros para hacernos el milagro, no ve que era provinciana también...", "dicen que el ejército se está preparando para el asalto, cómo será pues...".

El lunes 3 de mayo, llegaron los primeros destacamentos policiales para el desalojo. Sin embargo, más allá de algunas bombas lacrimógenas, no hubo violencia ese día. Para desconcierto del grupo, la actitud fue más bien ecuaníme antes que beligerante. Mientras, los invasores con el apoyo del párroco de la zona, ofrecieron iniciar las conversaciones con las autoridades del gobierno. Una comisión comenzó a negociar con los funcionarios del Ministerio de Vivienda, llegando a un acuerdo por el que se retirarían de esos terrenos a cambio de ser reasignados en otro lugar, previo empadronamiento de todas las familias presentes. El milagro parecía estar en la puerta.

La disposición dialogante del gobierno era explicable, en ese momento el Presidente Gral. Juan Velasco Alvarado inauguraba una importante conferencia internacional del Banco Interamericano de Desarrollo BID, sobre la ayuda a los países en desarrollo; con tal motivo requería de un clima social y político tranquilo que demostrara ante la opinión pública mundial, la aceptación popular de su régimen. Pero si Velasco, Sarita Colonia o el BID coincidían por distintas razones en aportar soluciones al problema, otros actores menos elevados, intervinieron para complicar el panorama.

La tensión fue creciendo en los días siguientes; mientras la comisión de invasores discutía con los funcionarios de Vivienda, el número de pobladores que se sumaban a la invasión aumentaba hora a hora. De todo Lima, e incluso de provincias aledañas, se trasladaban miles de hombres y mujeres recién enterados de la noticia, dispuestos a aprovechar la oportunidad de tener un lote propio. En corto tiempo, el espacio tomado inicialmente fue desbordado por las sucesivas oleadas invasoras que fueron avanzando y apropiándose de las tierras vecinas. Tomaron los terrenos del nuevo local del colegio La Inmaculada, dirigido por los jesuitas, entraron en las áreas de las constructoras e inmobiliarias privadas y se ubicaron en las faldas de los cerros que cobijaban a uno de los barrios residenciales más exclusivos de aquella época: Las Casuarinas.

La amenaza era palpable para los sectores de la clase alta del país, que venían sufriendo cada una de las reformas del gobierno como feroces atentados contra la propiedad privada. Veían con terror el desenlace de su propia profecía: los pobres, los serranos, los cholos resentidos y furiosos, estaban tomando *su* ciudad al punto de meterse en sus propias casas.

Todos los medios de comunicación nacionales e internacionales reunidos para cubrir la Conferencia del BID, destacaron en primera plana los acontecimientos de aquel mayo en Lima. Diferentes sectores sociales y políticos emitieron comunicados y pronunciamientos exigiendo al gobierno garantías, y la restitución del principio de autoridad con acciones inmediatas que reordenaran el caótico escenario social. La atrevida idea de los jóvenes provincianos se estaba convirtiendo en una verdadera pesadilla para un sector de los militares gobernantes. Se requerían acciones rápidas y efectivas que pusieran fin a esta situación, y en ese sentido fue la orden que dio esa tarde el Ministro del Interior, Gral. Armando Artola.

Súbitamente la noche del 5 de mayo, cuando debía realizarse una asamblea general de los invasores originales para informar sobre las conversaciones con el gobierno y considerar los problemas de los invasores nuevos, un fuerte contingente de policías tomó violentamente el asentamiento y se enfrentó a la población. Ya la noche anterior habían intentado desalojados pero al igual que la primera vez, optaron por retirarse. Esa madrugada, en cambio, parecía diferente. En el recuerdo de una invasora: "Un pelotón de los Guardias de Asalto nos rodeó primero y comenzó a tirar bombas lacrimógenas hasta hacemos vomitar. Las mujeres con palos toditas se defendieron. Una primero tiró piedras, después otros comenzaron y se armó la pampa. Parecía el mismo infierno en vida o que la noche no iba a terminar jamás."

Pero en el recuerdo de la policía las cosas no deben haber sido mejores. Los frentes de batalla de vecinos se multiplicaban cada instante, pues tanto los invasores antiguos como los recién llegados, se mostraban dispuestos a dar la pelea antes de ceder. Cuando la guardia ya parecía acorralada, se recibió la orden de usar sus armas de

fuego. Las balas hicieron retroceder a los invasores desorganizando su ofensiva. Cayeron muchos heridos y entre ellos fue muerto Edilberto Ramos, joven provinciano que participó desde el primer día de la invasión. "También dicen que murió otro joven, Vicente Salvador y que por él nos viene el nombre, pero eso no está confirmado porque dicen que el joven no llegó a morir."

Cuando corrió la voz de que había un muerto, las masas enardecidas reiniciaron la embestida y tomaron como rehenes a un guardia y un mayor, los desnudaron, les quitaron las insignias y los golpearon, obligándolos a subir al cerro, besar la cruz y gritar vivas a la invasión y al pueblo, mientras los pobladores gritaban "¡crucifiquenlos, crucifiquenlos!". Para la emoción de los invasores, no bastaban la humillación y los golpes a los agresores; los dirigentes aparentemente no podían encontrar razones para detener el descontrol popular que se vivía en Pamplona la madrugada del 5 de mayo de 1971. Confundidos con los gemidos de los heridos, los llantos y ruegos de los rehenes se comenzaron a escuchar: que eran padres de familia, que sólo cumplían órdenes, que eran del pueblo como ellos, que también eran cholos, que era su trabajo. Esas fueron algunas de las frases de súplica que balbucearon con desesperación. Sus réplicas lograron detener momentáneamente a la turba, mientras los dirigentes aprovechaban para recuperar el control, precisamente cuando llegaba un nuevo contingente policial. El comandante, ante el ensangrentado y casi desquiciado escenario, optó por esperar antes que parlamentar. Entre pedradas, los dirigentes acordaron entregar a los rehenes a cambio de la retirada de la tropa. El mayor antes de salir, volvió la mirada hacia la muchedumbre y agradeció por haberle salvado la vida, prometiendo en recompensa interceder por ellos ante el Ministerio del Interior. La Guardia de Asalto se retiró en medio de un concierto de vivas al general Velasco Alvarado y a la Revolución.

Dos policías desnudos habían salvado la vida por ser cholos y trabajadores como el común de los invasores, al mismo tiempo que protegían al gobierno de una problemática situación; una matanza en aquel entonces hubiera afectado seriamente su imagen revolucionaria. Las vivas a Velasco, identificado por la multitud como cholo

y trabajador también, fortalecían la nueva cara de un gobernante salido del pueblo.

Pero el problema no terminaba allí. La Iglesia se había visto seriamente comprometida con los hechos. De un lado, las tierras de la Compañía de Jesús permanecían en poder de los invasores; de otro, los vientos renovadores del Congreso de Medellín (1968) estaban muy presentes en un importante sector de las autoridades eclesiásticas nacionales. La Doctrina Social de la Iglesia se expresaba en la misión de predicar el Evangelio de los pobres, a la luz de la realidad de los pueblos latinoamericanos, reviviendo la imagen de un Cristo agobiado por la injusticia social y en busca de paz y equidad. Con la hegemonía de esa tendencia en su seno, el Episcopado Peruano intervino en el conflicto. Monseñor Luis Bambarén, Obispo Auxiliar de Lima, Vicario de la zona y además jesuita, expresó su apoyo a la población aceptando con celebrar una misa de solidaridad por los muertos y heridos en el enfrentamiento, a solicitud del Consejo Parroquial de Ciudad de Dios, formado por representantes de la Parroquia y pobladores de la zona. Ellos en una carta pública al Presidente de la República, protestaban por la actuación de las fuerzas policiales durante el desalojo, lo que les valió su detención, como se verá más adelante.

La mañana del domingo 9 de mayo los obispos Bambarén y Schmitz, junto con cuatro sacerdotes, concelebraron ante la masa de invasores, los heridos y el difunto, la "Misa de Solidaridad" en la Pampa de la Inmaculada. En la homilía Monseñor Bambarén, recordando las palabras de Cristo en la cruz, hizo clara alusión a la violencia y agresión de la que habían sido objeto, a la injusta situación de los peruanos desposeídos y a la necesidad de acabar con el hambre y la miseria, dándoles a los pobres la oportunidad de vivir una vida digna.

Mientras la Iglesia se pronunciaba con esas palabras, la conferencia del BID continuaba reunida y los periodistas cubrían el evento, informando a la vez sobre la gravedad de la situación que se vivía en el país; los sectores tradicionalmente dominantes protestaban en forma abierta contra el gobierno, contra la politización de la Iglesia, la agresión a la propiedad privada y el desorden generalizado.

En este contexto de tensión y movilización social, el gobierno ordenó arrestar a Bambarén, quien se había sumado a los firmantes de la carta del Consejo Parroquial detenidos el día anterior. Con esa medida el Ministro del Interior ayudó a complicar aun más el panorama.

La conmoción en el país fue total, especialmente cuando se tuvo noticia de los pormenores particularmente agresivos que caracterizaron el hecho, y la intransigencia del Ministro frente a una autoridad eclesial de tal investidura. El respaldo de los jerarcas de la Iglesia fue masivo, merced a lo cual al día siguiente el obispo fue liberado, con las disculpas del Presidente y la destitución reparativa del Ministro del Interior.

La Iglesia operaba en ese momento como "bisagra" entre los sectores en pugna dentro del gobierno. El Cardenal Juan Landázuri se reunió con el Presidente y ambos coincidieron en que habían habido excesos de parte de los invasores y las fuerzas del orden, que el conflicto había sido provocado por "los enemigos del régimen" deseosos de aprovechar la situación para "sembrar el caos y el desorden" en el país, que no se podía aceptar tal atentado en contra de la propiedad privada y que ésta debía ser respetada a la vez que se buscaría soluciones al problema de vivienda de los pobres de la ciudad; y por último, que la Iglesia y el gobierno continuarían trabajando unidos por el bien del país.

En efecto, el día 14 de mayo los diarios anunciaban que el gobierno, como una muestra de su compromiso con el proceso revolucionario iniciado en 1968, ordenaba la reubicación de 2,300 familias en la zona de la Tablada de Lurín, 20 kilómetros al sur de Lima. Allí se construiría una gran urbanización popular, una "ciudad modelo" que tendría por nombre Villa El Salvador. El párroco asignado al nuevo poblado llevó una gran imagen del Cristo Salvador que ubicó en una loma donde luego se levantaría la parroquia de Villa El Salvador.

Camiones del ejército facilitaron el traslado de los invasores al nuevo asentamiento, un arenal desolado desprovisto de los ser-

vicios públicos elementales. Estaba todo por hacerse, los pobladores habían conquistado un lugar que ese mismo día debían comenzar a domesticar. La voluntad estatal de ayudarlos en esta etapa resultó fundamental, como lo sería también el apoyo de la Iglesia a través de sus religiosos, que participarían como vecinos en la construcción del barrio. Pero también se sintió la fuerza religiosa en la esperanza puesta en los milagros de Sarita Colonia y San Martín de Porres, tan importantes para espantar malos espíritus y alacranes, proteger a los niños de las picaduras, envidias y "males de ojo"; del mismo modo, sostenían la fe para evitar que las chozas se derrumben y con ellas, los ánimos y las fuerzas de los individuos para continuar adelante en su propósito de arraigarse en la capital.

2. Al fin, un lugar donde caerse muerto

"No hay duda que la alegría que se experimentó en los momentos iniciales fue grande al contar con un lugar donde caerse muerto, no importa si lejano pero concreto y propio, sin el cobrador de la renta con sus recibos y amenazas, sin el hacinamiento y la incertidumbre de si alguna vez también los pobres puedan tener una casita donde comenzar a construir sus esperanzas..." (Julián).

"Nos regalaban capotes del ejército, frazadas del ejército, ellos traían pan, desayuno en el camión del ejército, traían almuerzo y repartían con cucharón, en fila. También para el agua, de los helicópteros del gobierno nos tiraban los bidones..." (Amanda).

Del ejército o del gobierno, igual daba para los pobladores pues durante los primeros meses la identificación de ambas instituciones era total; la Oficina Nacional de Apoyo de los Pueblos Jóvenes (ONDEPJOV), la Junta de Asistencia Nacional (JAN) y la Oficina de Promoción Comunal del Ministerio de Vivienda, con el apoyo de la fuerza armada, se encargaron del registro y ubicación de los invasores que en la primera semana superaban ya las 20,000 familias. El gobierno asistió con agua y víveres en los primeros tiempos, pero aun así los meses que siguieron fueron penosos, sólo so-

portados por el recuerdo de la precariedad anterior y la esperanza en los auspicios del gobierno de atender a las demandas elementales del asentamiento. En todo caso, esta era la primera vez en muchos siglos de historia peruana, en la que se expresaba una relación de coincidencia entre un proyecto popular y la respuesta por parte del gobierno.

Durante el primer año los pobladores se organizaron para realizar tareas elementales de ejecución colectiva. Enripiaron las entradas al pueblo joven para dar paso a los camiones cisternas con agua y a las líneas de transporte; se formaron los comités de salud y proescuela, para construir y acondicionar locales educativos; y se nombraron comisiones variadas para las gestiones de instalación básica. En cada grupo y comisión fueron destacando líderes y dirigentes responsables de elaborar propuestas para la población conjunta.

Mientras tanto, funcionarios del gobierno, eminentes profesionales civiles, planificaban y diseñaban el mapa urbanístico de Villa El Salvador, en los términos de un proyecto autogestionario modelo experimental, capaz de replicarse en todo el país. En este proyecto cobraba particular importancia la articulación de una compleja organización vecinal representativa de los pobladores.

Al segundo año de la fundación de Villa El Salvador, el Sistema Nacional de Apoyo a la Movilización Social (SINAMOS), recientemente creado por el gobierno para viabilizar muchos de sus planes de cambio, se encargó de ejecutar el programa de movilización que habían preparado para el nuevo asentamiento. Tenían que recuperar el tiempo y poner orden en la dirigencia para evitar que escape a su control. Es así como iniciaron los cursos de capacitación y orientación dirigencial destinados a formar un nuevo grupo de dirigentes en la línea de la propuesta gobiernista "socialismo sin capitalismo ni comunismo". Esta dirigencia se encargaría de la organización vecinal de acuerdo al Plan Integral de Desarrollo elaborado por una Comisión Multisectorial. En ella participaban representantes de diferentes ministerios, el SINAMOS, la Oficina de Pueblos Jóvenes, y delegados de los pobladores. La presencia del gobierno en este momento fue directa a través de los funcionarios, e

indirecta por los políticos comprometidos con el régimen, quienes se trasladaron a vivir a VES.

Una característica distintiva del proyecto urbanístico de VES, sería su capacidad de combinar la habitación con la producción⁴ habilitando parte de su área (en total eran 3,141 Has.) para desarrollar un parque industrial que debería ofrecer fuentes de trabajo a los pobladores de la zona y promover la formación de pequeñas empresas; y otra área para desarrollar la producción agropecuaria.

Los conflictos y discrepancias entre los funcionarios a cargo del proyecto, sumados a algunas diferencias con los dirigentes originales sobre el carácter de esta organización (si cooperativa o autogestionaria), no impidieron que en noviembre de 1973, luego de realizarse la Primera Convención de Delegados, se aprobaran los Estatutos y se eligiera por un período de dos años el Primer Consejo Ejecutivo Comunal de la Comunidad Urbana Autogestionaria de Villa El Salvador. El tenor político que asumiría dicha organización vecinal quedó plasmado en la moción sobre la situación nacional que fuera aprobada por aclamación en el evento: "Los pobladores de Villa El Salvador rechazamos, condenamos y repudiamos toda organización social, económica, política y cultural basada en el sistema capitalista e incorporamos a nuestra conducta social, a nuestra organización vecinal y a nuestras creaciones económicas, políticas y culturales los principios socialistas de solidaridad y fraternidad entre los pobladores".

La CUAVES, como se le conoció desde ese momento, fue el laboratorio de aplicación de las ideas gobiernistas, lo que se traducía expresamente en sus funciones y objetivos: velar por la aplicación del Plan Integral de Desarrollo de VES, concretar la transfe-

4. Cada lote tenía 140 m., 24 lotes conformaban una Manzana y 16 Manzanas, un Grupo Residencial. En ese momento se inauguraron 23 Grupos Residenciales en el primer Sector, 24 en el segundo Sector; 18 en el tercer Sector y dos en el sexto Sector. En el proyecto se consideró la ampliación de la capacidad habitacional en nuevos sectores. Los sectores 4 y 5 se asignaron al Parque Industrial, con un área de 420 Has. reservadas para la industria mediana, pequeña y de Propiedad Social y a la Zona Agropecuaria. Actualmente existen 112 Grupos Residenciales agrupados en cuatro sectores, el Parque Industrial y la Zona Agropecuaria.

rencia del poder político y económico a las organizaciones de base por medio de la organización comunal, autónoma y autogestionaria. Perfeccionar los mecanismos de autogobierno local como expresión de una "democracia social de participación plena, para alcanzar y consolidar una sociedad socialista, humanista y solidaria"; y otras de carácter práctico, como generar una base productiva mediante empresas de propiedad social de producción y servicios, gestionar los títulos de propiedad⁵ y realizar contratos con el gobierno para conseguir agua, electricidad, transporte, etc.

Pero aun cuando estos estatutos fueron aprobados por unanimidad, otros dirigentes, militares, políticos, así como líderes del asentamiento tenían una posición crítica. Como señala Michel Azcueta (1982), en aquel momento director del Colegio Secundario Fe y Alegría, el proyecto CUAVES fue concebido y sostenido por el sector más progresista del gobierno de Velasco, como una manera de fortalecer la incipiente línea de Propiedad Social que el gobierno estaba interesado en difundir; pero sobre todo, para ampliar sus bases de apoyo social y político entre los pueblos jóvenes.

Bajo el lema autogestionario "lo hacemos todo porque no tenemos nada", se buscó asegurar la participación masiva de la población a través de un sistema de representación "directa". Mediante esta red se vinculaba a cada una de las familias de la Manzana con el Consejo Ejecutivo de la CUAVES, por la vía de la elección de sus delegados en las asambleas de Manzana, en las asambleas de los Grupos Residenciales y con la participación de los representantes de las bases en el Consejo Ejecutivo Comunal.

Esta organización popular directamente promovida y reconocida por el gobierno, sin duda trastocaba la dinámica repetida atávicamente por anteriores gobiernos en relación a las barriadas (Collier, 1978). Lo novedoso era que con un discurso socialista, se ex-

5. Sobre este punto hubo serias discrepancias entre las diferentes tendencias gobiernistas. Mientras unos proponían títulos comunales, en una clara muestra del espíritu corporativo del gobierno, otros insistían en la entrega individual de los títulos.

plicitaba la determinación del Estado para atender y organizar directamente el fenómeno de la urbanización popular. Ello motivó a muchos dirigentes de organizaciones políticas y populares a acercarse al gobierno a suscribir y apoyar el proyecto, sumándose al sentir de una inmensa mayoría de pobladores que disfrutaban de su condición de "hijos predilectos" de "Juan Pueblo". Desde luego que en este proceso los medios de comunicación oficialistas jugaron un papel preponderante con el impacto de sus consignas.

Pero si el gobierno se hacía presente de esa manera en el segmento adulto de la CUAVES, la Iglesia Católica y en especial un grupo de maestros tributarios de la Teología de la Liberación, trabajaron desde el inicio con los niños y los pobladores jóvenes. Estos promotores fueron matizando y enriqueciendo entre las nuevas generaciones la idea y el sentimiento de *comunidad* insistentemente difundido por la prédica gobiernista.

Estos maestros contribuyeron a fundar y dirigir los primeros colegios primarios y secundarios, en el marco de la Reforma Educativa reglamentada por el gobierno de Velasco. Así, diseñaron y desarrollaron modalidades de aprendizaje y participación política de los jóvenes tanto en el gobierno escolar como en el ámbito mayor de la comunidad.

Rápidamente llegaron a constituirse en un grupo de referencia muy dinámico entre la población, con una posición crítica a la presencia gubernamental. Partiendo del planteamiento de una ciudad popular autogestionaria, consideraban que ésta debía crecer por el esfuerzo de los pobladores y no al amparo de las autoridades estatales. Sin embargo, reconociéndose en desventaja ante un gobierno con respaldo popular, los maestros se recluyeron durante los primeros años al trabajo de formación de niños y jóvenes.

Villa El Salvador nace con la presencia cercana del Estado y de la Iglesia, en un contexto muy particular en el que ideas como justicia social, autogestión, comunidad y participación popular, eran parte del discurso cotidiano. La forja del "hombre nuevo" era uno de los proyectos explícitos de la revolución peruana.

3. ¿Prefieres quedarte en tu casa? Los jóvenes y sus maestros

La Reforma Educativa de Velasco esgrimía la idea de "la escuela es parte de la comunidad" como concepto básico de su proyecto. Bajo su admonición, en VES desde los primeros años se organizaron en el colegio Fe y Alegría los "círculos de cultura", por iniciativa de Michel Azcueta, ciudadano español que llegó a Lima en la década del 60 para trabajar como maestro en sectores populares de la población. Los círculos aglutinaban niños y jóvenes en torno a cuatro líneas de trabajo: periodismo escolar, teatro estudiantil, música y proyección de diapositivas y películas. Azcueta inició estas actividades convencido de la importancia de trabajar con los jóvenes para transformar las bases injustas de esta sociedad.

Una vez por semana se reunían maestros, padres de familia y escolares en equipos de reflexión y acción, para preparar temas de interés sobre la localidad y difundidos entre los pobladores de los Grupos Residenciales. Posteriormente se formaron los Grupos de Juventud, que vinculaban el trabajo cultural con los equipos parroquiales.

En 1973, en la I Convención de la CUAVES, los dos delegados de los Círculos de Cultura Escolar propusieron la creación de un Centro de Comunicación Popular, que diera reconocimiento institucional a la tarea que se había comenzado. Aceptado el pedido en la asamblea, se iniciaron las gestiones con los directivos de la CUAVES ante SINAMOS y el Ministerio de Vivienda para construir un local. El proyecto fue aprobado, y hacia fines de 1974 se inauguraba el Centro.

Cuenta Paloma, una joven escolar de los 70,

"El Centro se funda en 1974 pero antes había ya un conjunto de dirigentes y maestros que iban destacando en todo lo que era la organización y la lucha, aparte de los del gobierno. Ellos eran como se dice, un poco, los intelectuales. Pero no todos ellos eran de VES, junto con Michel habían otros que eran curas, habían profesoras de las Escuelas del Corazón, las Teresianas y toda esa gente que

era de la Iglesia. Habían además mujeres dirigentes, hombres dirigentes y otros que habían destacado. Todos ellos fundaron el Centro de Comunicación y comenzó a ser un núcleo de reunión para fortalecer la organización. Después comenzó a surgir ahí la escuela de dirigentes, las capacitaciones y todo eso".

Como señala Paloma, el núcleo fundador era bastante variado y muchos de sus integrantes venían de participar activamente en el debate entre los gobiernistas y los dirigentes populares, acerca del carácter que debía asumir la organización vecinal en relación con el Estado. Desde un inicio se mostraron críticos frente al proyecto autogestionario propuesto por los "velasquistas", por la dependencia política con el gobierno que veían en esta opción. Azcueta contaba entre sus seguidores con un grupo de maestros y un número significativo de militantes y dirigentes populares de los partidos de izquierda "clasista",⁶ que se resistían a aceptar que VES fuera una de las bases sociales de apoyo al régimen. En tal sentido, la propuesta del Centro de Comunicación fue desde el inicio de "apoyo crítico" al gobierno, insistiendo en la necesidad de fortalecer la autonomía de las organizaciones sociales frente al Estado.

El dinamismo que mostró el Centro de Comunicación durante su primer año, le mereció el reconocimiento de las Naciones Unidas cuando en 1975 lo declaró "Proyecto Piloto Experimental de Comunicación Horizontal en América Latina". Sin duda se trataba de un reconocimiento al estilo de Azcueta y los jóvenes, empeñados en la búsqueda de integrar el Centro a la comunidad y a un amplio con-

6. Se autodenominaban "clasistas" los partidos de izquierda que se ubicaban a la izquierda del Partido Comunista Unidad, que apoyaba al régimen velasquista; por consiguiente, su posición fue frontalmente opuesta a la prédica gobiernista. Estos partidos de orientación marxista-leninista y/o maoísta consideraban a la clase obrera primero y los campesinos después como los principales sujetos de la revolución popular. Entre 1970 y 1975 los partidos "clasistas" eran: el Partido Comunista del Perú-Patria Roja (PCdeIP-PR); el Partido Comunista Peruano Bandera Roja (PCP-BR); el Movimiento de Izquierda Revolucionaria (MIR-IV Etapa) y el MIR-Voz Rebelde; Vanguardia Revolucionaria (VR); el Partido Obrero Marxista Revolucionario (POM-R); y desde 1974 el Partido Comunista Revolucionario (PCR).

texto externo. La actitud de los participantes se caracterizó por una despierta y activa voluntad de progreso.

Contar con un local de trabajo y reunión, además de equipos de proyección y material audiovisual, fue muy importante para reforzar la posición líder del Centro y continuar con los talleres de creatividad. Como dice una joven de aquella época:

"Los que estábamos en el colegio íbamos cuando terminaban las clases, los mayores, más temprano. Trabajábamos horas de horas sobre los problemas que habían salido en las asambleas de los Grupos Residenciales y con ese material se armaba una obrita, canciones, programas de radio o audiovisuales. Bien preparados, "bajábamos" vuelta a los grupos y se presentaba. Después hacíamos foro abierto con los vecinos. Así se fueron tratando los asuntos del agua, la pelea con el gobierno para que cumpla, los colegios, el pago de los maestros ...".

Así descrito, el Centro de Comunicación cumplió un rol muy importante en la integración social y en la formación de una identidad comunitaria entre los pobladores jóvenes. La difusión de los acuerdos de la CUAVES, los boletines, el periódico, las obras de teatro, fueron herramientas claves para integrar a los pobladores que recién llegaban, que trabajaban fuera de VES o que no tenían experiencia en el aspecto colectivo de la vida en el pueblo joven.

"Todos los grupos culturales de jóvenes funcionaban como medios de comunicación, que en ese tiempo servían a la CUAVES, fundamentalmente. Había una asamblea de CUAVES e inmediatamente el taller de prensa sacaba en "Crítica" [revista de la organización], lo que había significado la asamblea de la CUAVES y comenzaba a repartir. El taller de teatro armaba su guión y ¡ya! salían a los grupos residenciales a difundir. Una vez se vio una cosa importante, por ejemplo las marchas. Había en ese entonces, una obrita de teatro que iba a todos los grupos residenciales que podía y un poco explicaba por qué era

importante, qué pedíamos, qué queríamos y fue un éxito, la mejor propaganda porque además la gente entendía y entre risa y risa se comprometían con las movilizaciones. El taller del Centro también sacaba canciones nuevas o canciones que estaban de moda en el canto nuevo. Entonces ponían en sketch una cosa que cambiaba mensualmente o semanalmente según las necesidades; se iba hablando de los problemas de la comunidad". (Celia).

Detectar colectivamente los problemas y discutidos en las asambleas, plantear alternativas y elegir a los ejecutantes, eran parte importante de la movilización de VES; pero luego transmitir esta información, hacer saber a los vecinos que el trámite de la luz o el agua estaba en tal o cual situación, constituyó el complemento indispensable para crear interés entre los pobladores frente a los asuntos de su comunidad. En esta dinámica se establecen las bases para una actitud de respeto y reconocimiento de los vecinos frente a los jóvenes dirigentes, lo que sería de gran importancia en el porvenir de esta historia.

Pero el Centro de Comunicación Popular no fue el único espacio para los jóvenes. Proliferaron en ese tiempo los clubes deportivos y las ligas juveniles de vóley, organizados por la CUAVES en los Grupos Residenciales y en las Manzanas. En ellos los muchachos se reunían para hacer deportes y "pasar el rato". Al igual que el Centro, los clubes fueron otra forma de integrar a la juventud al barrio.

La parroquia también se convirtió en un lugar clave para este sector de la población. La actividad y el dinamismo del párroco y el personal religioso que lo acompañaba, fueron determinantes para constituir otro gran polo de atracción para muchachas y muchachos.

"Yo empecé en la parroquia como animadora de catequesis, entonces preparaban a niños de 10 a 14 años para la primera comunión. Terminaba de animadora y pasaba a ser monitora, para preparar a los niños y a los jóvenes para la confirmación. Monitora de 1ro., monitora de 2do.,

después había otra promoción, que trataban de los derechos humanos. Después empezó el SERPAJ (Servicio de Paz y Justicia) y luego había otro, lo que ahora es la juventud de Paz, Justicia y Sed de Dios. Yo iba ahí porque ahí conocía a un montón de jóvenes. Mi mamá me metió ahí porque ahí no había ningún problema, ni peligros, era el único sitio al que podías ir para reunirte con los jóvenes. Mi mamá me decía, '¿prefieres quedarte en tu casa?'. Nos íbamos de paseo, agarrabas conversación, podía aprender a tocar un instrumento, podías conocer Chosica yendo de retiro cuatro o cinco días, entonces a todos los jóvenes les gustaba. Sobre todo porque no había otra cosa, además, uno tenía enamorados, te daban clases de sexo, de planificación familiar, de educación sexual, de relaciones humanas, había ahí todo eso. Habían cursos en vacaciones y un montón de cosas que comenzó a surgir a partir de la parroquia. Tú podías estar metida en la parroquia y tenías de todo, todo tipo de amigos, no era que rezabas todo el tiempo, porque prácticamente no rezaban sino era ya el tipo de relación que tenías con los padres de familia; con la catequesis familiar, con los monitores, todo eso. Nos gustaba tanto que llegó un momento que el padre Eugenio nos dijo, si ustedes no se van yo los boto, así es que se me van de la parroquia', y nos botó prácticamente porque teníamos mucho tiempo en la parroquia. Teníamos cinco años y decía: 'mira, este es un círculo vicioso y si sigue así este espacio no va a servir para nada'. En la parroquia entraban nuevos jóvenes pero no salían, éramos como 500 jóvenes". (Lucía).

En la parroquia los jóvenes se reconocían entre sí, apreciaban los avances logrados, se contactaban con el barrio y sus problemas. Todo apuntaba a reforzar su autoestima. Esta atención permanente hacia ellos con actividades específicas, con relaciones de jerarquía, disciplina y rigor, sumados al aprendizaje y la diversión, resultaron claves para la socialización democrática de una generación. Entraron a un sistema con una rutina de procedimientos establecidos, con

normas que había que cumplir para convivir; con pasos progresivos y escalas de méritos para ascender y asumir posiciones de liderazgo. A diferencia de los pobladores adultos, estos jóvenes aprendieron creativamente en la adversidad del medio en el que crecieron desde niños. Los resultados de esta práctica formativa se vieron en su relación posterior con la organización vecinal, los grupos femeninos y los partidos políticos.

Durante los primeros cinco años en la vida de VES, se desarrolló una suerte de subcultura juvenil. Nuevos y diversos referentes ampliaron la visión de sí misma a una generación articulada al barrio y al país. Sus integrantes pudieron hacerse de una opinión propia acerca de innumerables aspectos de la realidad social y política, y fueron capaces de encontrar los canales para expresarla. Estas organizaciones juveniles fueron el puente hacia la posterior participación política de muchos de sus miembros en los partidos de la izquierda.

Múltiples experiencias se vivieron durante los primeros años de la fundación de VES. Sin embargo la particular confluencia de intereses del sector gobiernista radical, de la Iglesia y de los pobladores que allí se dio, constituyó un fenómeno significativo en la historia nacional de las últimas décadas. En efecto, en VES se conjugaron proyectos específicos de muy distintos sectores de la sociedad y de la política, dando lugar a un caso privilegiado de ensayo de democracia "directa" y participación popular. Mientras los pobladores luchaban por abrir zanjas y echar concreto en las arenas blandas de la Tablada de Lurín, y sus dirigentes se debatían entre la subordinación, el clientelaje o la autonomía "clasista", militares del gobierno probaban su control sobre los mecanismos organizativos de la población, por la vía de la oferta de promesas que se cumplían parcialmente o se postergaban del todo. La Iglesia, desde el inicio comprometida con el proyecto, invirtió atención material y espiritual a favor de su concreción. Finalmente los partidos de la izquierda miraron de cerca el proceso de urbanización popular, aun cuando en aquel momento no tuvieran como prioridad el trabajo barrial pero sí la inserción en sindicatos y gremios campesinos.

Esta peculiar coincidencia de actores sociales y políticos, se iría modificando en los próximos años de acuerdo a las transformaciones en el contexto nacional. No obstante, los cimientos de la organización y participación popular ya parecían estar puestos. En adelante la entrada y salida de los actores, no revertirían la esencia democrática y popular de este inmenso pueblo joven.

4. 1975, incertidumbre y distanciamiento del gobierno

En 1975, el panorama de Villa El Salvador como modelo de urbanización popular "autogestionaria", parecía —en apariencia— relativamente logrado. Gozaba de ciertas atenciones y preferencias por parte de múltiples instancias de poder, aunque en la práctica se presentaba cargada de incertidumbres y de conflictos internos. Grandes asperezas habían vivido encubiertas por la persistente presencia del Estado en la población, y por el compromiso de los principales dirigentes con los postulados de la revolución militar. La situación comenzó a cambiar en agosto de 1975, con el golpe de estado del Gral. Morales Bermúdez, que destituyó a Velasco Alvarado del poder. Como era de esperarse, todo esto implicó un cambio en la composición y orientación del gobierno militar.

Funcionarios y dirigentes "velasquistas" de VES, advirtieron en el viraje de la acción gubernamental las limitaciones a su accionar desde el gobierno. El poder de estos líderes y políticos radicaba en su vínculo con las instancias más elevadas de decisión gubernamental, que les otorgaba capacidad de ejecución directa de los programas de atención a las necesidades de la población. Con este esquema habían construido su legitimidad como alternativa para los sectores "clasistas" de dirección política.

Muchos de los programas del SINAMOS se interrumpieron; las empresas autogestionarias como la Caja Comunal (especie de banco local), el grifo y la farmacia comunales, quebraron por falta de apoyo estatal. La CUAVES, en vista de los fracasos y las acusaciones de desfalco que pesaban sobre ella, fue declarada en reorganización. Sin alternativa que ofrecer, los dirigentes "velasquistas" fueron progresivamente perdiendo espacio y credibilidad. La hegemonía que an-

teriormente habían detentado comenzó a desplazarse hacia los grupos de la izquierda "clasista". La respuesta de estas organizaciones consistía en confirmar en los hechos sus diagnósticos sobre el riesgo de depender del gobierno. Se les abría por delante el camino de la radicalización, había que romper bruscamente con el vínculo viciado.

En febrero del mismo año se convocaron las elecciones para renovar el Consejo Ejecutivo de la CUAVES, luego de la II Convención que se había desarrollado en setiembre. Participaron 53 Secretarios Generales de los Grupos Residenciales y eligieron a los 14 dirigentes. La composición política de la nueva directiva fue variada: a la Secretaría Ejecutiva entró un dirigente "clasista", mientras los otros cargos estuvieron en poder de independientes y "velasquistas". Al asumir el mando, la nueva dirigencia inició el proceso de evaluación de la directiva saliente. Esto era parte del proyecto de moralización de la CUAVES, medida que fue muy debatida porque presentaba demasiados riesgos para los velasquistas. Este largo proceso mantendría por muchos años a la dirigencia de la CUAVES ocupada en acusaciones y descargos, antes que atenta a los problemas de la población.

Los vecinos de VES dejaron de ser los "hijos predilectos" del régimen y pasaron a engrosar las filas de los centenares de miles de pobladores de barrios marginales en demanda de atención. Sentimientos de desconcierto y frustración agitaron el clima social de VES, a la par de lo que sucedía en el país en los años 76 y 77.

En abril de 1976, al inicio del año escolar los padres de familia constataban con angustia el desinterés del gobierno frente a sus urgencias. Aulas precarias y maestros sin plazas reconocidas, auguraban una inminente crisis en la práctica docente. Esta situación motivó que las Asociaciones de Padres de Familia organizaran una marcha de protesta con el apoyo de la CUAVES, la parroquia y el Centro de Comunicación. El día 23 de abril, alrededor de 30,000 pobladores se movilizaron hacia el Palacio de Gobierno, exigiendo la solución a los problemas educativos y el abaratamiento del costo de los servicios de agua y desagüe. Esta marcha marcó el distanciamiento del otrora "pueblo velasquista", con el gobierno y propició una

mayor identificación de VES con el discurso radical de los partidos clasistas.

La agitada situación nacional se agravó en los meses siguientes. Las medidas adoptadas por el gobierno para enfrentar la crisis económica, habían motivado saqueos y desórdenes públicos, especialmente en los barrios populares del Cono Sur. El gobierno decretó Estado de Emergencia, toque de queda y medidas represivas que desmovilizaron a las organizaciones sociales en los pueblos jóvenes de la ciudad. VES tenía dos marcas difíciles de procesar para el gobierno de Morales: sus antecedentes políticos como "creación" velasquista, y los últimos acontecimientos de agitación popular en su ámbito, a raíz de la agresión policial. Sus dirigentes fueron perseguidos y detenidos repetidas veces y se prohibieron las asambleas de pobladores. Ahora, por acción del gobierno, las fuerzas del orden intentaban desactivar la CUAVES que sus colegas años atrás se esforzaron en construir.

Esta situación polarizó las diferencias entre los dirigentes velasquistas y la minoría clasista. Con la idea de recuperar el liderazgo inicial, los primeros desarrollaron una campaña de difamación contra el Secretario General, en la que aparecía como el culpable de todos los problemas que acaecían en VES. El clima de desconfianza fue aumentando al punto de conseguir su renuncia. No obstante, en Asamblea Plenaria fue ratificado y antes bien se obligó a los velasquistas a renunciar, nombrándose un nuevo Consejo Ejecutivo de mayoría clasista. Los tiempos habían cambiado.

5. 1977, agitación social y radicalización. Definiendo rumbos propios

En enero de 1977, con un nuevo Consejo Ejecutivo Comunal, se consolidaba definitivamente el distanciamiento de los pobladores con el gobierno. Los dirigentes clasistas adquirirían cada vez mayor presencia y capacidad para presionar por atención a los barrios pobres. Como primera medida, la nueva dirigencia se incorporó a la Central de los Pueblos Jóvenes, instancia recién creada por dirigentes de tendencia clasista en Lima Metropolitana. A partir de esta adhesión,

se coordinó conjuntamente con otras centrales populares un conjunto de movilizaciones contra el gobierno, que resultarían en el histórico Paro Nacional del 19 de Julio.⁷ Como consecuencia de estas medidas de protesta, una gran cantidad de dirigentes de VES fueron detenidos o despedidos de sus trabajos.

Para la dirigencia de la CUAVES la situación era conflictiva y por momentos explosiva. A pesar de la renovación de la junta directiva, la persistencia de las disputas entre velasquistas y clasistas limitaron su capacidad de atención de las demandas de su población. Sin embargo, la organización vecinal se mantuvo fuerte y unida en sus niveles de base e intermedios, es decir, en las Manzanas y los Grupos Residenciales. La urgencia de enfrentar colectivamente los problemas que surgían por efecto de la crisis económica y la desidia del gobierno, activaron el rol de los dirigentes y mantuvo vivo el vínculo entre pobladores y organización social.

El Centro de Comunicación Popular jugó un rol determinante en el reforzamiento de las relaciones entre los vecinos y su organización. Si los intereses de la dirigencia de la CUAVES estaban en esa otra pelea, los directivos del Centro se concentraron en recoger y plantear públicamente los problemas de la comunidad. Constituyeron alrededor de su local un nuevo polo de atracción y articulación de las demandas sociales. En este contexto es que intervienen enfáticamente las fuerzas políticas de la izquierda,⁸ como reacción al anuncio que hiciera el gobierno de Morales Bermúdez

7. Ver Rospigliosi, 1987; Pease, 1978.

8. En 1977 la izquierda "clasista" había iniciado su proceso de unificación, conformando la Unidad Democrática Popular (UDP) y agrupando a los siguientes partidos: Vanguardia Revolucionaria, Vanguardia Revolucionaria-Proletario Comunista, Partido Comunista Revolucionario-Trinchera Roja, Partido Comunista Revolucionario-Clase Obrera, Movimiento de Acción Proletaria, Insurgencia Socialista, Movimiento de Izquierda Revolucionaria-IV Etapa, Movimiento de Izquierda Revolucionaria-Voz Rebelde, Izquierda Popular, Grupo Obrero Marxista Revolucionario y Partido Obrero Marxista Revolucionario. Fuera de la UDP pero también clasistas fueron: el Partido Comunista del Perú-Patria Roja, Puka-Llacta y el Partido Comunista-Mayoría. Por su parte un sector de los velasquistas se habían constituido en este mismo año en el Partido Socialista Revolucionario al margen de los clasistas como el Partido Comunista-Unidad.

de convocar a elecciones para una Asamblea Constituyente. Recuerda Francisca, una joven de los 70:

"El Centro en esa época era considerado como un núcleo subversivo de formación política. Ahí se daba formación política a los jóvenes dirigentes y también a las mujeres. Todos los políticos se confabulaban y discutían en el Centro. Ahí estaba la gente de Patria Roja, la gente de Bandera Roja, de la UDP y todos trabajaban juntos. ¡Imagínense que estaban juntos Michel con Biamón y Apolinario Rojas ⁹!..."

En efecto, la imagen y el rol del Centro en ese momento fue la de un lugar de reunión y trabajo coordinado entre las distintas fuerzas clasistas de izquierda. En este cambio de actitud los jóvenes tuvieron un papel decisivo. Hasta entonces habían venido participando de manera colateral en las acciones políticas de la comunidad. A partir de ese momento, comenzaron a integrarse al grupo de los dirigentes vecinales y políticos adultos. Pasaron de un espacio restringido a las acciones de apoyo a las movilizaciones, al escenario de la gran política en la comunidad.

Esta politización de los jóvenes preocupó a los religiosos de la parroquia, que optaron por distanciarse del Centro y continuar por su lado con sus grupos juveniles. Se planteó una suerte de competencia entre las diferentes agrupaciones, según estuvieran vinculadas a uno o a la otra.

"Yo en ese tiempo dirigía un grupo juvenil de la Parroquia y Jenry era el dirigente de otro grupo juvenil vinculado al Centro de Comunicación. Había una competencia entre los jóvenes de la parroquia contra los jóvenes del Centro. Nosotros le teníamos cólera al Centro porque pensábamos que era un nido de políticos, que manipula-

9. Dirigentes de tres tendencias de izquierda actualmente irreconciliables entre sí.

ban políticamente a la gente, que les lavaban el cerebro a los jóvenes; o sea esas eran las versiones que el cura nos decía del Centro de Comunicación". (Francisca).

Pero si la parroquia intentó aislar a los jóvenes de una realidad altamente politizada, el escenario común se encargó por el contrario de tender los puentes entre unos y otros. Esto se explica también porque los jóvenes del Centro a menudo provenían de antiguos grupos parroquiales. Como ellos mismos decían:

"La parroquia te daba conciencia, te formaba a nivel de la persona y luego el Centro te captaba, esa era la situación, o sea los políticos te captaban. Justicia, hambre, miseria, sí claro, pero qué más, qué hacemos con eso, Jesucristo y el Padre Nuestro no eran suficientes. Los jóvenes estábamos siempre exigiendo más y ese más te lo daba el grupo de políticos del Centro de Comunicación. Terminábamos ahí porque el Centro te daba lo que la parroquia no te podía dar. Era una juventud muy rebelde..." (Paloma).

La creciente agudización de la situación económica contribuyó a exacerbar los ánimos populares y los años 78 y 79 fueron particularmente conflictivos social y políticamente, precisamente por enmarcarse en el proceso de democratización iniciado por el gobierno. La convocatoria a una Asamblea Constituyente a fines de 1977 no fue suficiente para ablandar la grave situación social que se experimentaba. Antes bien, abrió el espacio para que las fuerzas de izquierda definieran sus posiciones frente a la propuesta del gobierno. Se pusieron en evidencia las discrepancias entre los partidos de izquierda en términos de participar o no de estas elecciones, que como decían, reafirmaba la "democracia burguesa", dejando atrás la idea de la "toma del poder" en el estricto sentido revolucionario. ¿Participar era claudicar de los principios populares, o más bien, se trataba de aprovechar la coyuntura para presionar desde adentro por la atención de los intereses de este sector marginal tradicionalmente? Estas fueron algunas preguntas que se formulaban los partidos de izquierda, cuyas respuestas definieron alianzas y tomas de

posición. Los partidos que optaron por participar fueron los centralizados en la UDP, además del PC-U, el PSR y un nuevo frente: el FOCEP.¹⁰

De hecho, las bases populares de los partidos presionaron por participar, y esta voluntad fue la que determinó la presencia de un importante sector de la izquierda radical en la Asamblea Constituyente. De no hacerlo, corrían el riesgo de perder el liderazgo de las masas aislándose en posiciones sectarias; de otro lado, ya en los partidos se iniciaba una discusión sobre la pertinencia de la democratización del sistema político en el país, y no parecía conveniente quedar al margen. En cualquiera de los casos, la izquierda tuvo un papel importante en este proceso.

En VES esta historia de alianzas y reacomodos, de discrepancias y conflictos entre los partidos de izquierda, fue vivida con intensidad. Las discusiones de los militantes y dirigentes políticos sobre aspectos principistas y programáticos, se combinaron con la exigencia de planteamientos concretos que demandaba la situación cotidiana de los pobladores. La experiencia de organización y movilización, sumada a la realidad del momento, dieron a los partidos de izquierda en VES una configuración diferente en relación a sus "direcciones nacionales". Muchas veces los lineamientos partidarios generales, presentaban aquí modificaciones considerables que eran aceptadas y respetadas por los partidos.

Dentro de la CUAVES también se manifestaron las distintas corrientes de la izquierda. En las elecciones del Consejo Ejecutivo en 1978, la pugna tradicional entre los velasquistas, (organizados en el Partido Socialista Revolucionario) y los clasistas, se diluyó momentáneamente. El motivo fue la discusión entre los que proponían participar de las elecciones (PSR, UDP y PCR) y los que se resistían a hacerlo (PR y PCP-BR); fue elegido como Secretario General en la III Convención, quien fuera primer Secretario General de la

10. Creado en 1978, que agrupaba a los trotskistas Partido Obrero Marxista Revolucionario (POM-R) y Partido Socialista de los Trabajadores (PST), a Bandera Roja de tendencia pro-china, y al propio FOCEP.

CUAVES, en ese momento militante del pequeño Movimiento Revolucionario Socialista (MRS), apoyado por velasquistas (PSR) y clasistas de la UDP y el PCR. Sin embargo la primavera duró poco y al año siguiente el PSR se alejó de la alianza con los partidos clasistas que participaban del proceso electoral. Ello avivó los viejos conflictos internos por la hegemonía en la CUAVES. Esta situación de inestabilidad y pugnas entre las diferentes fuerzas de izquierda por el poder en Villa El Salvador, duraría todavía unos años más.

6. Paros y huelgas nacionales; bajo el comando de la nueva generación

El Centro de Comunicación Popular incrementó su labor de movilización y organización popular a través de los jóvenes en los Grupos Residenciales, enfatizando su discurso y su actuar en consonancia con la tendencia del frente político que suscribían sus principales coordinadores, la UDP. Se multiplicaron las reuniones, conferencias y debates; los talleres de difusión desarrollaron una programación especial para tratar los temas de la situación nacional, las elecciones y los problemas más urgentes. Michel Azcueta y los dirigentes de la UDP, actuaban mientras tanto como mediadores entre las exigencias de los pobladores y el Estado, y entre estos pobladores y el conjunto de organizaciones sociales y políticas del país, que proliferaban intensamente por esos años. Esta particular acción del Centro con la población barrial, fue la que permitió que la estructura de la organización vecinal subsistiera y se fortalecieran los vínculos políticos entre sus dirigentes.

Dos acontecimientos fueron de gran relevancia para la población de VES en ese momento. En 1978 las organizaciones gremiales y barriales más importantes a nivel nacional convocaron al segundo Paro Nacional, protestando contra las medidas económicas del gobierno y el riesgo de interrupción del proceso de apertura democrática iniciado el año anterior. En VES la participación en el paro fue masiva, lo que generó una fuerte represión con el saldo de un joven muerto, considerado el segundo mártir de VES, y numerosas detenciones entre los pobladores.

El otro acontecimiento de carácter nacional fue la huelga indefinida que convocó el Sindicato Unico de Trabajadores de la Educación (SUTEP) en 1979. Esta propició que el encuentro entre jóvenes y dirigentes vecinales y políticos que se venía desarrollando en el Centro de Comunicación Popular, se expresara en una lucha concreta. Escolares y jóvenes estudiantes, madres de familia y dirigentes vecinales, apoyaron la medida de lucha de los maestros.¹¹

La huelga duró varios meses y fue importante para las mujeres de VES. Como miembros de las Asociaciones de Padres de Familia, su participación fue constante y en muchos momentos decisiva para lograr sus objetivos. Resistieron fieramente ante la represión y tuvieron la oportunidad de participar de igual a igual junto a sus hijos, los jóvenes y los políticos. Esto sería recordado por ellas como uno de los momentos más significativos en la formación de su liderazgo.

La crisis económica actuó también como dinamizador, ya que obligó a las mujeres de los barrios populares a organizarse en grupos para aliviar colectivamente los problemas de la escasez. En esta época se forman las primeras organizaciones de sobrevivencia, y con ellas se inicia la compleja politización femenina.

La etapa que va entre los años 1978-80 estuvo marcada por el proceso electoral y el aprendizaje del ejercicio democrático, luego de doce años de dictadura militar que culminaron con el triunfo de Fernando Belaunde. A pesar de los problemas que había experimentado en su proceso de reunificación,¹² la izquierda logró una impor-

11. El partido Patria Roja, clasista y contrario a participar en las elecciones, era la fuerza política que controlaba la mayoría de bases magisteriales; los otros partidos de izquierda apoyaron la movilización.

12. En 1979 se constituyó el ARI (Alianza Revolucionaria de Izquierda), que fue el primer intento de unificación de todas las izquierdas clasistas y que duró escasamente cuatro meses. En el ARI participaron la UDP, los partidos trotskistas, el UNIR, el PSR-ML, el PC-Mayoría y el MRS. El UNIR era el frente formado ese mismo año por Patria Roja, Vanguardia Revolucionaria-Proletario Comunista (fracción de VR), el Movimiento de Izquierda Revolucionaria-Perú (MIR-PERU) y el Frente de Liberación Nacional (FLN). Asimismo, en 1979 el Partido Socialista Revolucionario (PSR) se dividió, surgiendo así el PSR-Marxista Leninista, a la izquierda de la UDP. En la UDP también hubo cambios, pues ese mismo año se operaba la

tante representación parlamentaria; la protesta social estaba en auge y la crisis económica contribuía a complicar aun más el panorama para el nuevo gobierno.

En VES la situación social y política continuaba agravándose. Los conflictos internos de la CUAVES se agudizaron debido a las repercusiones de los cambios y alianzas dentro del escenario de la izquierda nacional. Aquí se sintió con mayor fuerza la ruptura del ARI, sin embargo ya en 1981 la situación de inestabilidad mostraba indicios de superación. La emergencia de un liderazgo juvenil integrado a la UDP, y el desplazamiento de los velasquistas también a nivel nacional, llevó a una reorganización de la CUAVES.

En las elecciones que siguieron a la IV Convención, los jóvenes comenzaron a asumir los cargos de la organización vecinal a nivel de las instancias intermedias en los Grupos Residenciales, poniéndose a la cabeza de las movilizaciones. El tránsito de jóvenes a dirigentes fue clave para su socialización política, pero sobre todo, significaba la prueba definitiva para los maestros que los formaron y que apostaron a una nueva forma de hacer trabajo político.

A raíz de un problema suscitado por las ampliaciones de lotes para vivienda, los dirigentes de la UDP desarrollaron un conjunto de movilizaciones para exigir al Estado el cumplimiento de viejas promesas de atención (titulación, agua, ampliación de tendido eléc-

unificación de los diferentes MIR y otros pequeños partidos en lo que se denominó la "Confluencia". En este nuevo partido de la UDP, que mantuvo el nombre de MIR, se unieron el Movimiento de Acción Proletaria (MAP), Insurgencia Socialista (IS), MIR-IV ETAPA, MIR-Voz Rebelde e Izquierda Popular (IP). Finalmente el PC-Maoría era una fracción clasista desprendida del PC-U.

Luego de la ruptura del ARI, la izquierda se presentó a las elecciones de mayo de 1980 dividida en cinco fuerzas: la Unidad Democrático Popular (UDP), la Unidad Nacional de Izquierda Revolucionaria (UNIR) (al que se había sumado el PCR), la Unión de Izquierda (UI), que reunía al PSR, el PC-U, el Partido Vanguardia Revolucionaria (PVR), fracción de VR; el FOCEP y el Partido Revolucionario de los Trabajadores (PRT), alianza de los partidos trotskistas. Recién en setiembre de 1980 se constituyó el frente Izquierda Unida (IU) amalgamando a las diferentes tendencias ue la izquierda nacional, salvo a los trotskistas. Participaron la UDP, el UNIR, el PCR, el PC-U, el PSR, el FOCEP y los Independientes que respaldaban a Alfonso Barrantes, su primer presidente.

trico y vías de acceso). Nuevamente el peso de las necesidades concretas de los pobladores daba a la UDP presencia y reconocimiento entre las bases.¹³ Con este impulso revitalizador, la dirigencia de la CUAVES se comenzó a reorganizar.

A partir de este momento resulta difícil continuar hablando de los jóvenes en genérico. Los varones continuaron con el proceso de formación dirigencial, mientras las mujeres siguieron otro camino. El establecimiento de relaciones de pareja, y sobre todo la maternidad, desviaron su recorrido hacia las organizaciones femeninas.

En síntesis, hasta 1975, la característica más saltante de VES había sido la estrecha identificación de sus dirigentes y pobladores con los principios revolucionarios del régimen de Velasco Alvarado. La siguiente etapa de su historia (1975 a 1980), estuvo signada en cambio por el alejamiento y el quiebre con el gobierno; la "segunda fase de la revolución" los abandonaba a su suerte, mientras insurgían nuevos actores en la escena, que venían a reemplazar la función rectora del Estado. Los partidos políticos de izquierda comenzaron a disputarle a los velasquistas la hegemonía de la importante CUAVES. Los pobladores se mostraban abiertamente desencantados con la deserción gobiernista y voltearon la mirada a la propuesta izquierdista de confrontación y presión popular.

En este complejo panorama adquiere especial significado la presencia de la dirigencia juvenil, que empieza a asumir nuevos roles en la escena política local. La sustitución del Estado por los partidos de izquierda, cobra cuerpo en la figura de los jóvenes militantes del propio barrio. En otros pueblos jóvenes, por el contrario, la presencia partidaria se lograba destacando a militantes "responsables" a los asentamientos. En VES los mismos pobladores construyeron un liderazgo, combinando la reivindicación social con el planteamiento

13. A diferencia de otros barrios populares, en VES no se admitió la formación de nuevos pueblos jóvenes. Los nuevos pobladores o los hijos de los antiguos vecinos que requerían de un lote, eran empadronados por la CUAVES y se les asignaba un lugar en las zonas reservadas para vivienda pero que aún se encontraban desocupadas. (Riofrío, 1986).

político-partidario. Este fenómeno se expresaría con nitidez en los primeros años de la década de los ochenta.

7. Hacia la consolidación de una hegemonía: el nuevo distrito popular de VES

La legitimidad de los dirigentes, laboriosamente construida en el período que va entre 1978 y 1981, produjo la necesidad de reorganizar la CUAVES. En Asamblea General de dirigentes se destituyó al Secretario General y se nombró un Consejo Transitorio, conformado por dirigentes de la tendencia clasista (UDP-UNIR), que convocó a una Convención de pobladores (1982) para elegir la nueva dirección. Su triunfo consolidó la hegemonía del sector clasista.

El esfuerzo coordinado por los dirigentes de la CUAVES y respaldado por la población, hizo que se creara la Comisión Multisectorial en la que participaron representantes de los Grupos Residenciales, así como delegados de los comerciantes y pequeños productores, de los clubes de madres, y autoridades municipales ante el municipio de Villa María del Triunfo con el cometido de elaborar un nuevo Plan Integral de Desarrollo para VES.

La vida organizativa de VES se dinamizaba nuevamente; el Centro de Comunicación Popular asumió la dirección intelectual desarrollando jornadas de capacitación, esta vez especialmente dirigidas a las mujeres; se crearon nuevos grupos juveniles y la fuerza se concentró en la propuesta para convertir en distrito el antiguo e inmenso pueblo. Para iniciar esta gestión ante el gobierno, se nombró un Comité Pro-distritalización presidido por Michel Azcueta, quien continuaba como principal promotor y dirigente del Centro de Comunicación Popular.

En el mes de febrero de 1983, la CUAVES junto con otras organizaciones vecinales de Lima Metropolitana, marcharon hacia Palacio de Gobierno exigiendo la solución a sus memoriales sobre salud, educación y transporte. VES pedía además, la atención a su proyecto prioritario. Como resultado de la marcha, el gobierno accedió a la solicitud respaldada por los senadores Javier Diez Can-

seco y Enrique Bernales, e inició los trámites correspondientes. La culminación fue la dación de la Ley 1454-82, firmada por el Presidente y el Congreso de la República. En ella se reconocía a Villa El Salvador como distrito popular de Lima.

El nuevo estatus cambiaba radicalmente los términos de la relación entre los pobladores de VES y el Estado. El distrito más populoso de Lima adquiriría la autonomía necesaria para negociar con el Municipio de Lima Metropolitana sus demandas como poder local elegido democráticamente. Se abría la posibilidad de institucionalizar legalmente la organización, con el consecuente reconocimiento a la representatividad política de los dirigentes. Sin embargo, la carencia de recursos económicos para la nueva gestión municipal, constituía una seria limitación a la posible eficacia de la nueva representación.

La campaña para elegir alcaldes en 1983 fue intensa; las elecciones dieron el triunfo de Alfonso Barrantes (IV) en Lima Metropolitana, y a Michel Azcueta¹⁴ en el distrito de VES. El primer alcalde de Villa El Salvador, elegido por el 59% de los votos, luego de su juramentación firmó el Decreto de Alcaldía 001, reconociendo a la CUAVES como la organización representativa de los pobladores. El lema que adoptó fue: "Ley vecinal es ley municipal".

Luego de un largo y penoso recorrido, parecía iniciarse un período de confluencia y unidad en los intereses políticos de las instituciones más importantes de VES: CUAVES, el Centro de Comunicación Popular y el Municipio. En el mismo sentido, el voto de la población mayoritaria apoyaba la tendencia política de izquierda.

Sin duda los problemas que empezaban a presentarse parecían más graves que los de otras épocas. El creciente empobrecimiento, el alza desenfrenada del costo de vida, el desempleo y en general la falta de atención a las demandas de los pobladores populares (Tovar, 1986), eran el signo de los últimos años del gobierno belaun-

14. Resultados distritales de las Elecciones Municipales en VES: (porcentajes) APRA 23.06; IU 58.33; AP 8.82; PPC 5.83 (Tuesta, 1985).

dista. La diferencia con los otros pueblos jóvenes radicó en la capacidad de las dirigencias de VES para recoger los intereses de la población, articulados y presentados ante el Estado. Se valía para ello de los canales del poder local, que legitimaban la solicitud de atención.

Los dirigentes desempeñaron el rol de intermediarios, dentro de una población organizada alrededor de múltiples intereses e instancias. También como parte de ello, en estos años se otorgó reconocimiento a un conjunto de nuevas organizaciones representantes de diferentes sectores de la población: las mujeres, los artesanos, los comerciantes, los pequeños y medianos empresarios. Y naturalmente, los jóvenes.

Sin negar los conflictos ni las dificultades, VES se perfilaba como ejemplo de organización y unidad popular; un modelo de ensayo (o retornando el término de su nacimiento, "el proyecto piloto") de una rica y compleja sociedad civil, a contramano de lo que se observaba en el conjunto del país. Esta singularidad merecería el reconocimiento nacional e internacional. Cuando el Papa Juan Pablo II visitó el Perú en febrero de 1985, fue VES la población escogida para propiciar el encuentro del Pontífice con los pobres de la ciudad. Posteriormente sería el escenario de otros importantes acontecimientos, como la Conferencia Mundial de Alcaldes, y la Asamblea Nacional Popular. Además ha recibido a personajes ilustres, dirigentes internacionales, embajadores y artistas. Fue propuesta para el Premio Nobel, declarada Ciudad Mensajera de la Paz por las Naciones Unidas, y en 1987 recibió del gobierno español el Premio Príncipe de Asturias.

8. Tiempo de crisis y desencantos

Pero estas condiciones tan especiales, no resultaron suficientes para hacer frente a los embates de la crisis descomunal que azotaría el país en los 80. La fractura económica (Dancourt, 1989; Verdera 1990) se ligó fatalmente a la ineptitud de los gobernantes para desarrollar un proyecto democrático capaz de incorporar las demandas de importantes sectores de la población organizada y politizada. El

producto de eso fue, como señala Degregori (1986:229) "un desfase entre la democracia social que germinaba desde abajo y una democracia política "en el aire" —la del segundo belaundismo— que no se vinculaba directamente con la anterior, ni recogía sus experiencias, ni le interesaba potenciarlas, sino que se asentó sobre ella absolutizando el mecanismo de elecciones universales y la legitimidad que ellas otorgaban para imponer una política antinacional que exacerbaba las condiciones sociales". Precisamente en este desfase es que explica Degregori el surgimiento de Sendero Luminoso.

A pesar de sus regímenes democráticos, la década del 80 se caracterizó por la progresiva desarticulación del orden social, con la consiguiente crisis de los mecanismos de representación, y la erosión de los valores de pertenencia y compromiso con la sociedad política (Grompone, 1989). Este fenómeno se manifestó inevitablemente en múltiples aspectos de la vida nacional. Tampoco el régimen aprista de Alan García (1985) logró revertir la tendencia, aunque intentó paliarla en sus primeros años de gobierno. Tratando de situarse como único interlocutor entre el Estado y los pobladores, García acortó ilusoriamente la brecha entre uno y otros, pasando por alto el rol de los gremios y las organizaciones. Poco tiempo duraría este encanto, la crisis irreversiblemente se encargó de romperlo. (Grompone, *op.cit.*).

VES no pudo mantenerse al margen de este cuadro de descomposición nacional. Si bien el deterioro tardó en apoderarse de sus estructuras, a la larga terminó haciéndola víctima de la crisis económica y la atomización política de la izquierda en la última mitad de la década.

Michel Azcueta, en un discurso pronunciado en el XI aniversario de Villa El Salvador (mayo de 1982), advertía sobre el problema de la confusión de ámbitos sociales, gremiales y políticos por parte de los dirigentes y sobre todo, entre los candidatos a una representación oficial en el parlamento o en los municipios locales. Concluía con un llamado de atención a los dirigentes y a los pobladores, para que distinguieran los espacios de los partidos y la organización vecinal.

Sin embargo, este problema se agudizaría en los últimos años, al punto de comprometer hasta el estrangulamiento a las organizaciones sociales, que se vieron envueltas en el acelerado proceso de atomización de los partidos izquierdistas.¹⁵

De otro lado, el Movimiento Revolucionario Tupac Amaru MRTA, formado por ex militantes del Partido Socialista Revolucionario PSR, emergió como un factor más de confusión en la realidad del nuevo distrito. Durante dos periodos (85-88), la CUAVES estuvo presidida por un dirigente del UDP-Pueblo en Marcha, conocido como el brazo legal del MRTA. Sin embargo, la pérdida de influencia del Ejecutivo en la vida cotidiana de la población, y la creciente presencia del municipio, permitieron que la situación política no se viera del todo afectada. Por esa misma razón Sendero Luminoso no logró penetrar el tejido social de VES, no obstante haber realizado campañas de difamación contra sus principales dirigentes.

Actualmente esta realidad difícil y conflictiva está mostrando sus límites. Los agravantes son una deteriorada situación económica, y la pérdida de vigencia general de un discurso clasista y partidario de izquierda. Las últimas elecciones municipales dieron el triunfo a Ricardo Belmont en Lima, un empresario "independiente" proveniente de los medios de comunicación. La contienda presidencial de 1990, la disputaron en segunda vuelta Mario Vargas Llosa, escritor y líder del Movimiento Libertad; y el ingeniero Alberto Fujimori, de Cambio 90. El triunfo, contra todo lo imaginable, correspondió a Fujimori, quien contó con el respaldo del Apra, las izquierdas, la Igle-

15. En 1980 inicia sus acciones armadas el PCP-Sendero Luminoso. En 1984 se conforma el Partido Unificado Mariateguista (PUM) con los siguientes partidos: VR, MIR, PCR-Clase Obrera y PVR. Ese mismo año se funda el MRTA, partido militarista armado que funde al PSR-ML y a una fracción del MIR; se disuelve la alianza de los partidos trotskistas y desaparece VRPC. En la elecciones de 1985, la Izquierda Unida (IU) participa con los partidos PUM, UNIR, FOCEP; PC-U, PSR, PCR, PADIN y Acción Popular Socialista (APS). En 1988 el PUM se divide en tres fracciones, Patria Roja en dos y surge un nuevo frente, la Convergencia Socialista (COSO) que agrupa a los independientes de Barrantes, al PSR, y a militantes provenientes del PUM reunidos ahora en los Comités Regionales Mariateguistas (CRM). En enero de 1989, luego de su I Congreso Nacional, la propia Izquierda Unida (IU) se divide saliéndose del frente el PSR, el PCR, los CRM y los independientes barrantistas, fundando una nueva alianza, el Acuerdo Socialista de Izquierda (ASI).

sia Evangélica y la mayoría popular. Estos aparentemente son datos que ponen en evidencia el rechazo popular a los partidos tradicionales, y la búsqueda de nuevos parámetros políticos que recuperen la credibilidad y la esperanza de los peruanos.

Mientras tanto en VES un nuevo equipo dirigido por Yoni Rodrigues y María Elena Moyano, asumió en enero de este año la conducción del municipio. Dos jóvenes de los 70, preparados y experimentados dirigentes vecinales y políticos, tienen en sus manos la responsabilidad de continuar el proyecto de Villa El Salvador. La tarea es difícil y la situación nacional incierta, pero la historia de organización popular autónoma, sumada a la voluntad de logro desde la fundación, siguen constituyendo las bases para vencer la adversidad.

CAPITULO II

Las mujeres y la organización vecinal: un lenguaje renovado

“... dilo en quechua, en castellano,
dilo como quieras pero ¡habla!”

1. El desierto de las retamas

La participación femenina en VES fue decisiva desde un inicio. Comentó a expresarse en la decisión familiar de sumarse a la invasión; posteriormente, en el nuevo asentamiento esta participación se iría transformando en una práctica colectiva de los pobladores recientemente congregados. Antes de la fundación del barrio, las mujeres en su mayoría migrantes de los pueblos del interior, fueron acunando la idea de un lugar propio para vivir, salir de los tugurios, los callejones y los húmedos cuartitos; librarse de los cobradores de alquiler, de las cuñadas y suegras intrigantes. Pisar tierra propia. Este sentimiento de arraigo en la ciudad, como se observa en otros estudios (Degregori y otros 1986), es repetido insistentemente por las mujeres populares, y se constituye en el móvil principal para invadir las pampas, los arenales o los cerros de la ciudad.

"Yo vivía con mi cuñado en una quinta de Breña en una sola pieza donde tenía mi cocinita, mi cama, el ropero y la cuna del bebe. Lo que más me desesperaba era el agua, había en el pasadizo un solo caño y teníamos que levantamos a las cuatro de la mañana para peleamos por un baldecito de agua. La idea fue mía de buscar un sitio donde ir..." (Adriana).

"Nosotros nos vinimos porque nos botaban de la casa; vivíamos en una pieza alquilada, mi mamá y mi papá ya se habían separado y vivíamos con mi mamá y mis siete her-

manos en el callejón. Ya nos habían botado de la casa otra vez y nosotros dijimos, ¿adónde nos vamos a ir? entonces todos frescos nos metimos a otra casa del mismo dueño, rompimos el contrato y nos zampamos. Nos habían embargado ya todos los muebles que mi hermano mayor le había comprado a mi mamá, así es que no teníamos nada. En esa situación es que mi mamá dijo que nos íbamos a Villa El Salvador. Nosotros pensamos —"¡ah, una casa propia!"— pero la gran sorpresa fue cuando nos llevó mi mamá al lote y nos dijo —'aquí hijitos vamos a vivir'— nosotros miramos y no había nada, no había casa, era un desierto..." (Francisca).

Pero la decisión familiar no era suficiente para lograr el objetivo de tener el lote propio. Había que trabajar arduamente para poseerlo, y construido junto con las otras parejas de pobladores. Ciferina cuenta cómo fueron para ella esos primeros días:

"...igual, cuando llegamos nos pusimos a trabajar la choza. Mientras, pusimos al bebe debajo de la mesa y lo tapamos con plástico para que no se llenara de arena. Ahí estuvimos dale que dale hasta las doce de la noche. Nunca ni yo ni mi esposo habíamos hecho una casita de esteras, él me decía, por aquí vamos a hacer una largueza, por aquí el hueco; pero era un arenal que los pies se hundían hasta la rodilla, era horrible. Los dos ahí pataleando y los vecinos llegaban en los camiones. Unos corrían para abajo, otros para arriba sin saber dónde ponerse y nosotros les decíamos: vecina, vecino aquí a nuestro ladito, vamos a acompañarnos, vamos a ser vecinos. Así nos llamábamos y desde ahí comenzamos a vivir así".

Era una pampa desolada que de mayo a noviembre se llenaba de retama, unas florecitas blancas y amarillas que crecían porque como dicen, "era todavía virgen la tierra". Sobre esa pampa, grupos de gente que no se conocían entre sí pero que ya se decían vecinos, "comenzaron a vivir así", en la oscuridad más oscura de la noche y la luz que hierde en el día; en los extremos del frío y el calor, de

la risa y el llanto, del miedo y la esperanza. Conforme se ponían de acuerdo para vigilar el asentamiento en la noche, levantar las chozas o iniciar los trámites para el reconocimiento, se fueron conociendo y comenzaron a organizarse. De esa forma irían introduciendo en la vida cotidiana los matices que da el intercambio.

La misma necesidad llevó rápidamente a los invasores a desarrollar mecanismos de participación colectiva. Las mujeres permanecían en el asentamiento mientras los hombres salían a trabajar a Lima; al igual que en otras experiencias de fundación de nuevos pueblos, las redes de ayuda mutua y el parentesco espiritual, operaron como soportes indispensables para subsistir (Degregori y otros 1986). El surgimiento de una estructura vecinal como la CUAVES, propició una participación organizada desde los inicios. Ello, más la presencia de los funcionarios del gobierno resolviendo problemas inmediatos, favorecieron la identificación entre necesidad, organización y logro. Este rasgo volvería singular la experiencia de las mujeres de VES, frente a las pobladoras de otros asentamientos.

Inicialmente las mujeres se relacionaron con la Junta de Asistencia Nacional, a cargo de la Primera Dama, y luego con las dependencias estatales que asistieron a la invasión durante los primeros meses. Los funcionarios llegaban al lugar como "salvadores", pues traían consigo agua y alimentos. Ellos se presentaron ante las mujeres como los mensajeros de un Velasco generoso y preocupado por su pueblo. El populismo que encarnaba el general produjo adhesiones emocionales sobre todo entre el sector femenino, que se mantenía el día entero en el asentamiento. Poco después, sin embargo, la organización barrial empezaría a introducir nuevas instancias de mediación entre la población y el Estado. En este panorama la figura del presidente como la de un patrón que otorgaba bienes y servicios, iría sustituyéndose por una estructura diversificada de dirigentes vecinales.

En el proceso de asentamiento de la CUAVES, las mujeres fueron encontrando los canales para exigir de manera activa y continua la atención a los problemas inmediatos de la localidad. Estas vías se articulaban en los niveles de organización de la Manzana y el Grupo

Residencial. El supuesto básico seguía vigente: la dirigencia vecinal era atributo de los hombres; sin embargo, en la práctica las mujeres engrosaron el caudal más importante de participación en las asambleas. La CUAVES estaba abocada a la tarea de asegurar la presencia masiva y crear entre los pobladores el hábito de participar colectivamente en la atención de sus problemas. Con ese fin estableció algunos mecanismos compulsivos, entre los que destacaba un sistema de multas que obligaba a los vecinos a asistir a las reuniones. En respuesta, las familias se preocuparon de asegurar la asistencia de por lo menos uno de sus miembros. Si el hombre, que por lo general se arrogaba esta responsabilidad de representación familiar no podía asistir, delegaba en la mujer la tarea. Así, por necesidad o por obligación, las mujeres llegaron a copar las reuniones. Las asambleas de padres de familia del colegio y las de la Manzana, se constituyeron parte de la rutina diaria en el asentamiento.

"En la Manzana habían asambleas semanalmente; con un pito llamaban a asamblea y todo el mundo iba pero casi más las mujeres, que estaban siempre. Ya sea porque no les declaren el lote en blanco, o porque no iban a dar la constancia o porque querían saber cuándo iba a llegar el agua, cuándo la luz, cuándo su hijo se podía trasladar al colegio tal o al colegio tal. Siempre funcionaban las asambleas de Manzana, más que las del Grupo, más que las asambleas generales, y entre Manzanas ya se coordinaba". (Francisca).

En estas reuniones los dirigentes informaban a los vecinos sobre las negociaciones de la CUAVES con el gobierno y la parroquia; atendían problemas de salud y educación, apoyando en los trámites y organizando las faenas comunales; incluso intervenían en litigios familiares y vecinales, resolviendo los reclamos y tomando decisiones. Si se consiguieron los maestros, si terminaban el camino, si había aparecido el hijo de tal que se perdió la noche anterior; cómo se castigaba al vecino ladrón, o si el gobierno había mandado los materiales de construcción prometidos, eran algunos de los temas en la agenda de las sesiones de pobladores. En ellas se consideraban tanto los problemas individuales como los de carácter público. De

esta manera, con la organización vecinal se fue creando para las mujeres un espacio de movilización, que se constituyó en un importante referente de orden y autoridad, al mismo tiempo que las integraba a la vida pública.

2. Las dirigentas: variaciones generacionales

En esta práctica semanal algunas mujeres fueron desarrollando sus habilidades de liderazgo. Las que destacaron fueron elegidas dirigentas de Manzana, por lo general en las áreas de educación y salud, aunque en los hechos terminaban desempeñando muchos más roles de los oficialmente asignados.

Entre ellas las había analfabetas y educadas con secundaria; las costeñas y las andinas; las provenientes de ciudades principales y las migrantes de pueblos alejados del interior.¹⁶ Sin embargo, en las dirigentas entrevistadas se encuentran importantes variaciones en sus prácticas y expectativas, en razón a factores de diferenciación generacional.¹⁷ Este sesgo puede iluminar el proceso de constitución de los liderazgos femeninos, así como explicar en parte, las motivaciones para la participación colectiva en la historia de VES.

16. Una información general sobre los datos básicos de la población femenina de Villa El Salvador se encuentra en Chueca, 1985.

17. En el documento "Mujeres: dirigentas y ciudadanas. El caso de Villa El Salvador" elaborado por la autora para UNICEF, se analizó la Encuesta Nacional de Hogares de 1983 y se observó que existen dos patrones de comportamiento intergeneracional bastante definidos. De un lado, estarían las mujeres mayores de 40 años, mayoritariamente migrantes, con un bajo nivel educativo que participan del mercado de trabajo en la categoría de independientes. Del otro, las mujeres jóvenes entre 15 y 25 años, masivamente limeñas, que en su mayoría tienen educación secundaria, o incluso superior. En contraste con la generación de las primeras pobladoras, la inserción del grupo de edad más joven en el terreno laboral, estaría orientado sobretodo al desempeño de tareas asalariadas.

Estos patrones intergeneracionales estarían mostrando dos momentos significativamente importantes del ciclo de vida de las mujeres, que determinan un conjunto de condiciones y posibilidades de acción específica a cada grupo. Expresarían el encuentro de dos historias y dos concepciones. Las migrantes que llegan a construir un espacio y una identidad como pobladoras; mientras que las jóvenes, sus hijas, nacidas en el lote de sus padres y testigos de esta conquista, tienen una socialización urbana, que las ubica en una plataforma diferente de movilidad social.

Las 28 dirigentas entrevistadas, se agrupan en segmentos de 21 a 30 años, de 31 a 40 años y las mayores de 40. Todas ellas mostraron un conjunto de aspectos comunes y de diferencias significativas, permitiendo trazar un perfil de identificación. Muchas de ellas, especialmente las mayores y parte de las "intermedias", participaron desde la fundación. Otras se fueron incorporando a la organización vecinal en los años posteriores o incluso, en la década siguiente.

Las mujeres mayores de 40 años (7) que corresponderían con las primeras dirigentas de VES, eran en su mayoría provincianas (6), con un promedio de 5 a 6 hijos. Mujeres de bajos niveles educativos, 6 tenían primaria incompleta y una había acabado la secundaria; su actividad principal era el trabajo independiente en el comercio ambulatorio, o en su domicilio como tejedoras o costureras; sólo una tenía cónyuge. Ellas llegaron como invasoras y fueron conquistando el lugar.

Por contraste, el grupo etario de las dirigentas más jóvenes (7), estaba compuesto por cinco limeñas y dos de provincias, con un promedio de 1 a 2 hijos. Sus niveles educativos eran altos: secundaria comercial (5) y educación superior (2), y se desempeñaban laboralmente como "promotoras" (3)¹⁸ y eventuales (4) en labores de costura, cosmetología y tejido.

Sin embargo, existe un tercer grupo, la generación intermedia conformada por mujeres de 25 y 40 años, que expresan de manera dramática el bloqueo que experimentan las mujeres populares, y el carácter problemático de su situación.

Limeñas en un alto porcentaje, con educación secundaria y similares expectativas de movilidad social que las más jóvenes, al asumir responsabilidades maternas y familiares no logran realizar sus expectativas laborales y sociales. Son madres, con una calificación, socialización y desempeños urbanos superior a la de sus madres, pero enfrentan el conflicto de tener que repetir su mismo camino. La disonancia entre sus expectativas y la realidad es más seria aún, cuando las alternativas que se presentan son escasas. La crisis continúa estrechando el mercado laboral, y la ausencia de servicios públicos elementales contribuye al confinamiento de estas jóvenes madres a los espacios domésticos y del barrio. Estas mujeres que viven el desfase entre su educación y las limitadas posibilidades de realización profesional conforman un grupo, en efecto, crítico. Ellas tienen sus propias expectativas que le transmitieron sus padres ("ellas no serán como nosotros"). La realidad, sin embargo, las pospone permanentemente, problema que se torna dramático con la maternidad y la familia.

18. Categoría ocupacional muy difundida desde la década de los 70, con la proliferación de los Organismos No Gubernamentales de desarrollo, que desarrollaron un trabajo de promoción social en zonas marginales contratando personal calificado de las mismas zonas de acción, además de universitarios y profesionales.

Entre ambos grupos polares, se encuentran las dirigentas que tienen entre 31 y 40 años de edad y que presentan una particular combinación de las características de los otros grupos. En primer lugar, fue el grupo de entrevistadas más numeroso (14), por ser en proporción el sector mayoritario entre las dirigentas de mayor responsabilidad en las principales organizaciones femeninas de VES. Del total, 9 dirigentas eran provincianas y 5 limeñas, con un promedio de 3 a 5 hijos, con niveles educativos variados: 4 con primaria, 7 habían terminado la secundaria y 3 habían seguido estudios de educación superior. En cuanto a su desempeño laboral, 7 de ellas trabajaban como eventuales y 7 manifestaron no trabajar. Esta clasificación bastante elemental del conjunto de dirigentas, estaría expresando importantes diferencias generacionales que tendrían su correlato en las prácticas dirigenciales que desarrollaron en las siguientes décadas.

Un aspecto sugerente que apareció de manera reiterada en las historias de vida de las mayores y las de edad intermedia, fue la débil presencia de figuras masculinas en su vida. En su mayoría hijas de madres solteras o de padres borrachos o enfermos (20), estas mujeres vieron desde niñas a la madre como responsable de la familia. Si bien este dato es importante, no fue sin duda el determinante pues muchas otras mujeres en las mismas condiciones no necesariamente se convirtieron en dirigentas. La educación y la socialización política previas actuaron como mecanismos de impulso centrales en la constitución de nuevos liderazgos entre las mujeres populares.

3. Aunque sólo sea ir a escuchar... Nociones del individualismo en tanto miembros de una colectividad

Sin contar con apoyo familiar, la primeras dirigentas recurrieron a la vecindad pensando resolver "Colectivamente sus problemas. En la medida en que tuvieron muy agudizada la conciencia de que "solas no podían", fueron grandes animadoras de la participación vecinal y muy celosas de la eficiencia requerida para lograr sus objetivos; de ahí que entre sus actividades cotidianas, parte del tiempo lo dedicaron a convocar a las reuniones, informar a los vecinos y cobrar las multas para asegurar la asistencia de la mayoría:

"Antes, si los varones no llegaban a tiempo, no iban a la reunión. Pero cuando yo pasé a ser Secretaria de Educación, les hacía firmar un cuaderno que decía, 'si no va su esposo, va la señora, pero tiene que ir alguien'. Entonces había una obligación de aunque sólo sea ir a escuchar, porque muchas mujeres escuchaban no más. Yo quería sentir el apoyo de que ellas defendieran lo suyo, pero muy poco todavía". (Lucha).

Las multas y la voluntad de trabajo propiciaron que otras mujeres de la Manzana se acercaran a las reuniones, "...aunque sólo sea a escuchar", y así tuvieran sus primeros contactos con la rutina de la acción colectiva.

Para asumir por primera vez un cargo directivo, había que tener un objetivo muy preciso y un carácter especial. El caso de Lucha, norteña de 50 años y dirigente de la Asociación de Padres de Familia, muestra cómo fue destacando entre la mayoría y terminó siendo una importante líder de su Grupo Residencial.

Lucha era la hija décimocuarta de una familia de 19 hermanos y desde niña tuvo que trabajar para ayudar en su casa. Ella, como todos sus hermanos, pagó su propia educación y así logró cursar hasta quinto de primaria. Se casó con un hombre de Talara: "...yo tenía 18 años y el 32, era hijo único y para qué, mi marido fue siempre un cobarde para las decisiones, sólo sabía de tomar y borrachar, muy bueno, para que, pero inútil".

Lucha señala que en su casa paterna reinaba la carencia, "yo lo que recuerdo es que siempre nos faltaba todo". Su marido en cambio, era propietario de una librería. Pero las cosas no fueron fáciles en la relación:

"...cuando yo me metí con él fue algo chocante para su familia y para mí. La señora no me quería nada, quería otra mujer para su hijo que era como un niño. La librería-impresora era de mi suegra, entonces yo veía que ella trabajaba, para qué, bien trabajadora y mi marido no la

ayudaba nada. Yo tenía que trabajar en la casa y eso a mi no me gustó. Yo cocinaba, lavaba, enceraba y trapeaba, era tremendo caserón. Entonces yo le dije: 'Mire señora, usted ya debe descansar, que tal si usted me traspasa la librería, yo le voy pagando mensualmente y usted se queda en la casa y yo trabajo'. Así fue. La convencí y me acuerdo que hicimos veinte letras de pago".

Terminó de pagarle a su suegra pero la vida se complicó:

"Tuve ocho hijos y una librería pero llegó el momento en que Velasco botó a los gringos y declaró a Talara ciudad abierta. Entonces yo que vendía prácticamente libros caros y lamentablemente, yo siempre digo, el peruano de cultura muy poco nos gusta ¿no?, cuando se fueron los gringos ya quebré en el negocio".

Así llegó Lucha a Lima con su marido y los hijos mayores. Se alojaron en casa de un hermano en el cerro de El Agustino, donde se enteró por unos vecinos que repartían lotes en Villa El Salvador; parecía una buena oportunidad. Se inscribió y al poco tiempo se mudaron al asentamiento. Cuando llegó al desierto de las retamas, pronto comenzó a vincularse con los padres de familia de su Grupo Residencial, preocupada por la precariedad de los locales escolares. Pensaba: "... mis hijos van a estudiar acá, ¡Dios mío, aquí nadie entiende nada, si el frío se cuele por todos lados!".

Preguntó por el presidente de la asociación, pero éste trabajaba en Lima y pasaba poco tiempo en el barrio. Sin perder tiempo tomó la iniciativa de reunir a un grupo de mujeres diciendo: "...ahí está SINAMOS, dice que está dando material para la construcción de colegios, vamos a ir...".

Con otras madres igualmente preocupadas se reunió en comisión, sin siquiera convocar previamente a una asamblea. Fueron a la oficina estatal y consiguieron del SINAMOS una donación de materiales de construcción para la escuela. De acuerdo al convenio, el

trabajo lo pondrían los pobladores y los materiales la organización gubernamental.

La iniciativa de Lucha había tenido éxito; los vecinos y en particular las madres, habían sido capaces de dejar de lado las diferencias raciales, culturales y políticas, en favor de una acción para sus hijos. Parecían comprender por primera vez la importancia de la organización; se trataría ahora de darle continuidad para conseguir más aulas, el equipamiento, y la asignación de partidas para que los maestros fueran destacados oficialmente en la zona. Todas estas tareas exigirían a sus dirigentes asumir nuevas responsabilidades y redoblar el esfuerzo personal.

Sin embargo, al cabo de unos meses las pobladoras se dieron cuenta que la directiva de la Asociación de Padres de Familia no impulsaba ni orientaba el trabajo como era necesario. Decidieron entonces cambiar la directiva y asumir ellas directamente la construcción del local.

"...no se avanzaba, el cemento se había endurecido porque el presidente de la Asociación de Padres de Familia sería seguro un señor que tenía mucha voluntad, pero no podía impulsar aquí por su trabajo. Los demás miembros de la Asociación de Padres de Familia, también se habían acomodado. Todo estaba atrasado. Entonces como veían que yo era ágil, la que buscaba y decidía y me desesperaba, dijeron 'vamos a nombrar una nueva Asociación de Padres de Familia', ¿ves?, entonces dijeron, 'bueno, la señora López, presidenta', todo el mundo dijo. Entonces yo acepté, les dije que quería trabajar y pedía a la vez la colaboración de todos, porque yo sola tampoco podía hacer nada. Y, mira, seguimos pidiendo material, con tan buena suerte que lo lográbamos". (Lucha).

Lucha, la señora López, se convirtió en figura principal del Sector. El cargo para ella cobraba la forma de un premio a su gestión, pero sobre todo significaba abrirse campo para dirigir al grupo. La tarea era seguir pidiendo y conseguir apoyo para el colegio al

ritmo que ella impusiera. Al mismo tiempo, se trataba de una responsabilidad a futuro, mantenerlo implicaría un trabajo sin tregua.

El compromiso de una dirigente como Lucha estaba sujeto a parámetros de autoexigencia y evaluación más rigurosos que los aplicados a un varón en el mismo cargo, según el peso de la costumbre (Moser, 1985). Por ello, Lucha se apoyaba en sus compañeras para rebajar su miedo a entrar en acción. Ahora que tenían la oportunidad, las madres de familia con ella a la cabeza debían probarse a sí mismas y demostrar a la vecindad que podían hacerlo.

De otro lado, las características que una mujer debía ofrecer al asumir un cargo eran la honestidad, el trabajo incansable al servicio de la comunidad y la transparencia en las cuentas; en ninguno de estos rubros podía fallar. Estaban aprendiendo a desarrollar nuevos valores cercanos al individualismo, pero como dirigentes de una colectividad. El beneficio personal de distinguirse del resto, se articulaba con la superación del aislamiento familiar a través de las nuevas responsabilidades. Este mismo hecho obligó a la nueva dirigente a comprender la necesidad de movilizar apoyo y lograr la adhesión estable de los otros pobladores para diseñar estrategias efectivas frente a la relación con las agencias estatales. La dirigente fue construyendo así su ámbito personal de influencia y de poder local, al mismo tiempo que contribuía a crear el vínculo de pertenencia y de identidad colectiva. En ese sentido, convocaba a las vecinas que al igual que ella, encontraban en la construcción del local escolar la justificación para su esfuerzo y trabajo vecinal, motivándolas para entrar a actuar a la organización. Con los hombres, menos involucrados en el problema, más renuentes también, el estímulo tenía que ser diferente según Lucha:

"A los dirigentes que no se acercaban, yo iba y los sacaba de su casa, los sacaba, 'ya vecino, vamos, lo estoy esperando'. Me acuerdo que las mujeres los hacíamos trabajar. Les poníamos botellas de licor fuerte, y ellos por el licor estaban ahí trabaja y trabaja. Mira, eran ahí como la una, dos de la mañana poniendo los canelones, tarrajeando, bueno, haciendo pisos y lo hacíamos". (Lucha).

Es posible que existieran otras formas de enrolar a los hombres en la construcción de las aulas, pero para Lucha el licor era la más efectiva.

La dirigente vivió estas actividades como una gran fiesta, donde la denodada tarea que se emprendía tomaba un tono vital a medida que se iban descubriendo los avances logrados: las escuelas,¹⁹ las pistas afirmadas, las redes de agua, etc.

Estas actividades eran sentidas como respuestas a momentos críticos y como fuente de emoción intensa porque los enfrentaba a pruebas y riesgos desconocidos. En contraste con el rostro de la pobreza, la organización les confería una idea de afirmación, de aprendizaje y realización de nuevos roles, que cambiaba las perspectivas más tradicionales. Además, fortalecía la esperanza de que progresarían pese a todos los obstáculos y carencias. En esta etapa del proceso las mujeres se abocaban a identificar objetivos concretos con éxitos inmediatos; esa sería una de las características de este aprendizaje que ensanchó sus posibilidades de acción. Se iniciaba una modificación en las fronteras entre el espacio privado y el ámbito público, en la medida en que se comenzaba a inscribir su relación como individuos, como parte del conjunto organizado y de la sociedad con el Estado.

4. Ya no tenía miedo y seguía oscuro

Gracias a la regularidad, iniciativa y empeño de las mujeres, se lograron atender muchos de los problemas de infraestructura básica en el asentamiento. Su centro de interés estaba vinculado a necesidades del ámbito doméstico: su casa, su barrio, la escuela; por allí llegaron a plantear demandas de servicio público, más allá del estricto beneficio personal.

La reunión de vecinos a nivel de la Manzana se articulaba a través de las instancias intermedias del Grupo Residencial, hasta los

19. Hacia fines de 1972 los pobladores habían construido 15 centros educativos en VES, que albergaron a una población de 20,000 niños en edad escolar.

niveles superiores de la CUAVES. Ello permitió vincular la organización vecinal con la vida familiar, introduciendo a la mujer en la práctica social y política local. De esta manera, a la par que se planteaban al Estado demandas de servicios públicos colectivos, se iba desarrollando en los pobladores el sentido de pertenencia a una colectividad. Este proceso imprimió un rasgo distintivo y particularmente dinámico a VES.

La CUAVES mientras tanto mantenía su vigencia como organización vecinal que articulaba los intereses de los pobladores, marcada por la exigencia en la participación vecinal. Ello provocó cambios en los valores de los pobladores, en particular entre el sector femenino. Soledad, una de las maestras que llegó con Azcueta y participó en la fundación del Colegio Fe y Alegría, observaba:

"...han habido casos donde, por ejemplo, una vecina que tenía problemas con su esposo, muchas veces ha recurrido a los dirigentes; o vecinas que están siendo golpeadas, iban los dirigentes y llamaban la atención al vecino".

La participación de los dirigentes podía llegar a los niveles más íntimos de la vida familiar, y en ese juego la organización vecinal contribuía a definir nuevos roles y normas de funcionamiento, creando un ambiente de seguridad y orden en la sencillez de la vida del nuevo barrio. Su existencia, como dice Pilar:

"...me ayudó mucho para irme acostumbrando. El que estuviera organizada la Manzana hacía que todos participaran. Se hacía un plan y todos trabajaban, yo hasta venía a las doce de la noche de las asambleas. Ya no tenía miedo y seguía oscuro".

Pilar no conoció a su padre, ella venía de una familia muy tradicional de Andahuaylas y fue criada por sus abuelos en un antiguo barrio de Lima. Terminó su secundaria y cuando a los 18 años iniciaba sus estudios como maestra, se casó y fue a vivir con su marido a VES. Nunca antes había habitado un pueblo joven; la organización vecinal se le presentaba como la promesa de extender su atmósfera

familiar, pues la existencia de una estructura social cercana y definida, le suscitaba sentimientos de seguridad y protección. Por otro lado, fue el lugar donde comenzó a encontrar amistades que participaban voluntaria y conjuntamente en la construcción del barrio, haciéndola sentirse parte de un colectivo.

Esta articulación entre lo individual y lo grupal fue particularmente importante durante los primeros años de la fundación. Las características de la vida dentro del asentamiento, la precariedad y el hacinamiento, se fueron definiendo a partir de una ética y un orden en el comportamiento vecinal. Se discriminaba el ámbito privado, a la par que colectivamente se construía el espacio de acción pública local.

La misma dinámica de la organización vecinal ayudó a que las mujeres identificaran los problemas en toda su magnitud. La esfera personal del abordaje inicial, cedía paso a la confrontación con el resto de vecinos; se comprendía que eran carencias colectivas, por tanto, su ámbito de expresión debían ser las asambleas, donde también se generarían los mecanismos de acción para atenderlos. Este proceso fue determinante en el aprendizaje y en la construcción de una identidad individual, al mismo tiempo que se constituía la identidad colectiva de las mujeres dirigentes. Se fue conformando en ellas una nueva racionalidad por la cual se alejaban de la posibilidad que "alguien" venga a cambiarles la situación, que una mano poderosa decida darles o privarlas de los bienes por la vía de la magia o la suerte. Descubrieron que ellas mismas podían y debían actuar para cambiar su realidad; que el progreso y el bienestar estaban en sus manos, en la medida en que fueran capaces de juntarse con otros y presionar. La experiencia de participación en la organización vecinal les había dado herramientas para continuar enfrentando colectivamente nuevos riesgos y situaciones controvertidas.

En este nuevo saber, adquiría especial relieve la significación de las asambleas, y se volvió determinante la tarea de trazar y acatar los procedimientos para que éstas fueran eficientes en el logro de sus objetivos. Comenzaron a comprender la necesidad de rotar cargos, aun cuando en el inicio no participaran directamente como di-

rigentas; de fijar una agenda de discusión, de compartir responsabilidades, de definir objetivos y de evaluar la gestión de sus dirigentes, y de ser autocríticas consigo mismas. En otras palabras, se trataba de un aprendizaje de ciudadanía. A lo largo de los siguientes años, esta formación les sería de extrema utilidad, cuando asumieran cargos dirigenciales.

La organización vecinal sirvió entonces para sentar las bases de una identidad personal y grupal de los pobladores en el asentamiento y en la ciudad, configurando un espíritu de comunidad basado en la seguridad y eficacia de la organización. Sin duda la estrecha relación con el gobierno de Velasco favoreció este proceso, distinguiéndolos del resto de miles de habitantes de otros pueblos jóvenes de la ciudad.

Los primeros años para estos pobladores, constituyeron el punto de partida para aprender la lógica y los mecanismos de articulación de intereses en el cuerpo de una institución, al mismo tiempo que redefinían el sentido y la identidad de lo individual.

En este complejo proceso, muchos de los valores tradicionales y sus referentes simbólicos y materiales que se trajeron de la estirpe rural, se vieron alterados o desaparecieron, requiriendo ser sustituidos por nuevos principios ordenadores universales. Era necesario aprender a vivir en el nuevo escenario de la ciudad. Para Carlos Franco (1990) este proceso se inicia con la decisión de migrar, cuando optaron "por sí mismos, por el futuro, por lo desconocido, por el riesgo, por el cambio, por el progreso". Franco se refiere a los migrantes como *modernos*, y a la experiencia de migración como fundadora de "la otra modernidad" en el Perú, en tanto "liberaron su subjetividad de las amarras de la tradición, del pasado, del suelo, de la sangre, de la servidumbre, convirtiéndose psicológicamente en *hombres libres*" (*op. cit.*:11) En ese sentido, la experiencia de fundación y arraigo en la ciudad, sería un paso adelante en la nueva identidad de los migrantes, ahora pobladores, y expresaría su vocación por construir el presente, antes que repetir obstinadamente un pasado de vínculos de sangre y parentesco. El mismo autor reconoce en la migración y la urbanización popular las expresiones de una

nueva identidad popular que trasciende los límites del orden tradicional; este proceso permite superar la actitud de sometimiento frente a la naturaleza, la sociedad y el poder, y asumirse como los gestores de su propio destino. Sin embargo, los pobladores fueron editando organizadamente con su práctica cotidiana esa nueva identidad popular, conviviendo con los valores del orden tradicional. Los nuevos referentes de la ciudad debían coexistir con lo ancestral en una relación compleja de exclusiones recíprocas. Se trataría de un proceso inacabado en el que la voluntad de cambio y de progreso no resultaban suficientes para lograr la autonomía. Antes bien, demandaba un esfuerzo formidable y en repetidas ocasiones contradictorio de apropiación y producción cultural, pues lo urbano hasta el momento se mostraba como un conjunto de principios distantes de su propia experiencia vivida. Precisamente el reconocimiento de la diferencia y la necesidad de "moverse" en la ciudad, fueron produciendo este singular fenómeno de urbanización popular y de construcción de nuevas identidades.

5. Dijo como quieras pero ¡habla!

Las responsabilidades recientemente adquiridas por las dirigentas les reportaron nuevos conflictos personales y familiares que debieron resolver en la práctica cotidiana. Como madres de familia, seguían siendo las responsables del hogar; sin embargo, la urgencia por resolver dificultades las llevó a compartir su dedicación con otras actividades que les demandaban tiempo y esfuerzo, trascendiendo así el ámbito estrictamente doméstico. En consecuencia, parte de las actividades hogareñas se fueron descuidando inevitablemente, en beneficio de sus labores dirigenciales. Se trataba de un conflicto de roles que las afectaba medularmente, pues se mostraban conscientes y preocupadas por lo que aparecía como un menosprecio de sus funciones esenciales. Sin embargo, el estatus de dirigentas no les reportaba solamente una sobrecarga de tareas; les otorgaba además la ventaja de destacar, de distinguirse del resto, de demostrar que podían actuar; en suma, contribuyó a desarrollar en ellas su autoestima personal y un margen considerable de autonomía, elementos fundamentales para entender el cambio que se estaba operando en estas mujeres populares.

A los propios sentimientos de culpa, se añadiría la sanción de los miembros de su familia cuando comenzaron a verse afectados por la ausencia de la mujer en el hogar. Reproches y acusaciones morales se conjugaron con el gusto de "ser importantes" en un período difícil, marcado por profundas transformaciones de la estructura personal y familiar. Se trataba de la experiencia confusa y conflictiva de nuevos roles y valores, sin necesariamente haberse descargado del peso de la tradición.

Este fue un período de aprendizaje para todos los miembros de la familia; los maridos parecían "entender" las actividades de su compañera; sin embargo, la regresión aparecía inevitablemente y bajo múltiples formas: la persuasión, la amenaza de abandono o los golpes de siempre. Los hijos también resintieron la ausencia de la madre y en muchos casos, hasta la familia ampliada, los suegros, padres o cuñados, intervenían comentando negativamente las actividades de las dirigentas al límite de la intriga.

Ante el reclamo de los parientes, las mujeres reaccionaron de distintas maneras: "se escapaban calladito nomás mientras él estaba en el trabajo", continuaron a pesar de la violencia, o se sintieron presionadas al extremo de abandonar el cargo. Sin embargo, eso que en los primeros tiempos aparecía como una discrepancia insalvable, progresivamente fue siendo aceptado hasta provocar un cambio en las actitudes de mujeres y varones. Las pobladoras comprendieron que a ellas también les correspondía decidir sobre los problemas de su familia y de su barrio, y muchos hombres terminaron aceptando su participación.

"Yo creo que ahora se ha avanzado bastante. Es como sentir nuestra presencia, logramos objetivos que nos trazamos las mujeres e incluso tenemos la aprobación de los varones por más machistas que sean". (Pilar).

Pero el problema no se circunscribió estrictamente al aspecto doméstico de las relaciones familiares sino que se proyectó al ámbito comunal, bloqueando el despliegue de la vocación expansiva de las mujeres. Esto obstaculizaba seriamente la eficiencia de los proyectos

colectivos. Lograr que los varones acepten las decisiones tomadas por las mujeres en las asambleas, fue un tema especialmente complicado para el reconocimiento de la autonomía femenina en la estructura familiar. No siempre los acuerdos eran refrendados por la pareja:

"Se decidía una cosa, por ejemplo, pagar una cuota... entonces ellas iban a la casa y le decían (al marido), 'mira, vamos a dar una cuota de seis mil para libros, qué se yo'. Ponían el grito en 'el cielo, ¿cómo es posible?', pero si tú me has mandado a la asamblea. Ellos las mandaban para que vayan ellas, pero no les daban todavía esa capacidad de decisión. Entonces iban y ellos después, reestructuraban, le quitaban valor a lo que la mujer había hecho en su asamblea". (Soledad).

La falta de reconocimiento ante sí mismas, la desconsideración por parte de la pareja, la familia y la vecindad, cuestionaba a las dirigentes en su capacidad para hablar, decidir y actuar en representación vecinal. No obstante, las posibilidades de superación crecían en la propia experiencia dirigenal femenina, y en la dinámica de los cambios en la estructura familiar y social de las últimas décadas. En tal sentido, la organización vecinal funcionó como una escuela de aprendizaje personal y social; una vía de entrenamiento en nuevos valores, concepciones y principios ordenadores.

Cuando las palabras tuvieron valor

Hacerse escuchar en el hogar fue correlativo al momento en el cual las exigencias de una asamblea las llevó a superar el miedo a hablar, a hacer el ridículo, a opinar.

"Yo iba, escuchaba, no opinaba, no sabía decir nada nomás yo miraba a tanta gente que hablaba, ¿no?, discutían, tomaban la palabra, yo también quería hacerlo, ¿no?, pero no podía". (Rosa).

La mujer había quedado deslumbrada ante la capacidad expresiva de sus vecinos y se propuso adquirirla con el tiempo. La atemo-

rizaba no tener la costumbre de decir lo que pensaba, no comprender las posiciones planteadas y carecer de argumentos frente a ellas. La inseguridad y la impericia eran obstáculos serios que las nuevas dirigentas debieron vencer para hacer escuchar su voz en público.

Por lo general muy pocas mujeres, salvo las más jóvenes, mostraban experiencia en organizaciones vecinales o en otras asociaciones sociales, culturales o deportivas. No parecían saber desenvolverse con otros hombres que no fueran los de su familia. En el caso de las migrantes, ellas llegaron a Lima por lo general para trabajar como empleadas domésticas (Blondet, 1986); a este aislamiento inicial se sumó una baja escolaridad, lo que generaba una gran inseguridad, menos por la ausencia de conocimientos generales que por el desconocimiento de las reglas básicas de conducta social que se aprenden en la escuela. En tal sentido, es posible hablar de dificultades de expresión y comunicación propias de estas mujeres migrantes (Harvey, 1989).

La organización vecinal en cierta medida fue el primer espacio de socialización colectiva para muchas mujeres; más para las migrantes mayores que para las jóvenes. Se ofrecía primero como un lugar de observación, luego se abría a la participación, propiciando transformaciones culturales en los sujetos. Al ser un lugar de confluencia de hombres y mujeres de diferentes edades, regiones, lenguas y tradiciones; de gentes de origen urbano o rural, se constituyó en fuente de riqueza en el sentido antes mencionado. Los intereses comunes que reunieron a este conjunto diferenciado, permitieron elaborar por momentos y en la exigencia de las coyunturas, un lenguaje común capaz de superar las diferencias. Se trataba de buscar la relación y el acuerdo entre todos, lo que se logró especialmente durante los primeros tiempos.

Hubo dirigentas que supieron captar este bloqueo de muchas de sus vecinas para expresarse, y conscientemente se empeñaron en combatirlo:

"Comencé a alfabetizar acá en el grupo. Y las hacía participar, o sea tenía algo guardado dentro de mí que me

preguntaba: ¿por qué las mujeres no participaban, porque no supieran hablar o porque muchas eran provincianas y hablaban en quechua?

Y ahí en las reuniones de alfabetización les decía, bueno, si sabes en quechua, dilo en quechua, en castellano, en el idioma que tú quieras, ¡pero habla!". (Pilar).

La fuerza que transmitía la dirigente radicaba en poder cambiar la concepción original que privilegiaba la participación de las letradas, de "las que sabían"; esto devino vital para ayudarlas a vencer el temor a intervenir. Al compartir códigos básicos de comunicación, las dirigentes dieron un paso adelante en su autopercepción como miembros de la comunidad, transmitiendo paso a paso los mecanismos de participación a otras mujeres:

"Yo hacía que evalúen, si ellas no creían que era correcto, pues no, no tenían que apoyar y ellas tenían que ver la línea que tomaban, ¿no? dentro de lo positivo, pero que participaran, si no estaban de acuerdo que dijeran que no, que no es así, pero que plantearan alternativas, que dieran soluciones, que si el vecino estaba equivocado no solamente lo critiquen entre ellas, sino que le digan a él que estaba mal y como se podía enmendar, y se hacía". (Pilar).

La autoestima lograda y el reconocimiento de su voz y de sus capacidades, las situó en una plataforma distinta en la localidad. Sobre este punto se abundará en el relato de tres casos que describen las diferentes maneras en que la organización vecinal intervino contra el aislamiento de las mujeres, cambiando aspectos de su vida personal y propiciando el desarrollo de su autonomía y liderazgo.

Yo misma me sentía un poco más

Cuando Lucila quedó viuda, joven aún, con cinco hijos, fue víctima de las habladurías de la gente de su barrio. Lucila nació en los Barrios Altos, su padre quedó lisiado víctima de un accidente de tra-

bajo, cuando aún eran niños. La madre como vendedora ambulante debió afrontar la crianza de los nueve hijos. Lucila refería así su infancia, "...no hemos tenido lo que se llama nada, o sea, hemos tenido mucho problema". A los 16 años, estando embarazada se junta con una pareja, y en VES nace su quinto hijo. En esos tiempos el hombre muere. Cuenta Lucila:

"Yo me casé muy jovencita. Jamás tuve una orientación de mis padres y no porque fueran dejados sino porque teníamos una situación económica muy delicada. Mi problema viene cuando yo me quedo jovencita viuda, con cinco hijos todos pequeños y yo he visto que cuando quedan así jovencitas viudas y solas, por no tener orientación no saben pensar, se desesperan y se entregan a la bebida. Y tú sabes, de la bebida a la prostitución no es muy lejos. Entonces yo comienzo a vivir esa situación, a vivir una realidad muy desesperante, lo que nunca había vivido".

En su condición de "mujer sola", llena de inseguridad, tuvo que buscar formas poco convencionales de ganarse la vida. Ella cuenta en lenguaje figurado su conducta en esa época:

"Una mujer madre soltera o viuda siempre es mal mentada en la boca de la gente. Y ese era uno de los problemas míos, que yo era muy joven, yo soy muy conversadora, muy amigüera, entonces todo eso se interpretaba muy mal".

Lucila al referirse a esta parte de su vida destaca haber estado dominada por la vergüenza; busca al mismo tiempo justificaciones a su conducta: la falta de orientación de sus padres le impidió "saber pensar"; la carencia de una educación, a la que ella no accedió por la pobreza. De otro modo, asegura, se hubiera encarrilado en una forma diferente de vivir. Su comportamiento de aquel entonces fue sin duda reprobable, según sus propios valores y los de su medio.

Ella sabía que los vecinos y vecinas la marginaban con el juicio moral; Lucila no se conducía como se esperaba de una madre de

familia convencional y su figura resultaba amenazadora para el orden del barrio. Cuando comenzó a participar en la organización vecinal, aparentemente superó el obstáculo de la falta de educación que tanto la había excluido, e inició el proceso de integración al grupo. La organización vecinal, en sus palabras, le dio la guía que le faltaba y "le enseñó a pensar"; estaba ocupando el lugar de cierta escuela ausente. Parte de su tiempo lo comenzó a dedicar a las tareas de la organización; sus amistades, sus temas de conversación, giraban en torno a este nuevo interés. Lo que antes había aparecido como sospechoso ante la suspicacia de los vecinos, de pronto se hizo público con la carga de expiación que tienen las buenas acciones y el servicio a la comunidad. La experiencia comunal contribuía a transformar los valores que los pobladores asignaban a las mujeres; se abría la posibilidad de ampliar su espectro de acción, de relaciones sociales y de rango moral. Esto permitió a Lucila cambiar su imagen ante ella misma y los pobladores. Por esta misma época consiguió formalizar un segundo "compromiso".

Al conseguir una pareja, Lucila parecía haber resuelto su problema de inestabilidad familiar, ya que recuperaba el estatus de señora casada. Esto funcionó como un factor complementario que la protegió socialmente, apuntalando su legitimidad para ingresar al espacio más amplio de la organización vecinal. Con la cobertura de la organización, se sentía ya en condiciones de enfrentarse a los ataques de los vecinos.

"Claro, en la organización vecinal empiezo a participar pero a partir de ahí empiezo a ver que es necesario que las mujeres participemos. Yo he tenido hasta volantes muy feos contra mi persona que han sacado. Y tenía que demostrarles que estaban equivocadas, con hechos concretos". (Lucila).

Rosa, ayacuchana de 36 años, llegó a Lima a los doce, traída por una tía para que estudie; ésta in cumplió su promesa y la puso a trabajar como empleada doméstica en su propia casa. Al cabo de cinco años, luego de mucho rogar, consiguió volver a su tierra. Allá se "enredó" con un amigo, y la familia la obligó a casarse cuando

salió embarazada. En los años siguientes transcurrió por esa secuencia de obstáculos acumulados, que constituye el relato frecuente de las mujeres provincianas pobres que desean progresar. Si verdaderamente regresó a Lima porque se escapó o porque el marido la abandonó, no viene demasiado al caso. El hecho es que sin estudios, sin marido y con un hijo, cuenta haber llegado a la casa de su hermano en Vitarte. Este hermano también la recibió como empleada doméstica, pero pagándole su primera remuneración, lo que le permitió ahorrar un pequeño fondo. Cuando se enteró que en VES estaban repartiendo lotes, decidió probar suerte. Inició con su hijo la experiencia de pobladora; abrió su pequeño kiosko de comida, trabajó en negocios de artesanos y fue poco a poco instalándose en el barrio. Mientras tanto, gracias a la iniciativa demostrada, fue elegida dirigente de su Manzana. A los pocos años mataron a otro de sus hermanos en Ayacucho, y entonces partió hacia allá para ayudar a su madre (una campesina del interior) en el litigio para determinar la responsabilidad del asesinato. En ese momento se dio cuenta...

"...a mi mamá no le habían tomado atención. Yo tenía que ponerme fuerte y me valió un poco las participaciones de aquí, más que nada de Villa, porque sabía llevar una asamblea, había visto cómo se hablaba.

Yo fui a Ayacucho y yo misma me sentí un poco más, ¿no?, porque como era Secretaria de Salud del Grupo Residencial, entonces sabía, había participado ya en asambleas, y eso me valió un poco. Yo dije, '¡ah, qué tal raza!. Estos no saben lo que yo se. Ellos tendrán su profesión pero yo tengo otro conocimiento', o sea que yo misma me di ese valor, ¿no?; porque yo dije, '¡qué tal gracioso!'. Y bueno, eso me valió más para poder hablar un poco. No tenía miedo, porque eso me hacía sentir que yo sabía mejor que ellos".

En un medio burocrático de provincia, esta mujer se desenvolvió con la seguridad y autoestima suficientes para exigir las sanciones del caso. Aún sabiendo que llevaba las de perder, como ella dice, allí se dio cuenta que había aprendido a hablar, lo que significó

hacer consciente su situación desventajosa, pasar por encima y tener el atrevimiento de defenderse y denunciar la injusticia. En este proceso de cambios, repara también en los rasgos de comportamiento de jueces y autoridades:

"... la justicia para mí no vale nada. Porque a pesar que era verídicamente que a mi hermano lo habían asesinado, a veces el que pesa más sale ganando. Por eso es que yo pienso que para un pobre, la vida no vale nada. Llegué en un momento a sacar mi conclusión de que no, justicia, no hay verdaderamente justicia".

Quedó profundamente resentida con la justicia pública, pero tenía la certeza de no estar sola; en apariencia, también había obtenido de la organización vecinal el recurso de la sumatoria de esfuerzos y el apoyo solidario. Así, se identificó como parte de una colectividad, reconociéndose en una organización que la capacitó para defenderse, e incluso le mostró otras vías de movilidad social. Al igual que Lucila, consiguió un marido y reorientó su vida con nuevas expectativas. La aspiración a la educación fue suplida con el arraigo, la construcción familiar, y el reconocimiento de los vecinos. De esa manera se fue involucrando en las organizaciones como dirigente.

Insertas en un contexto urbano nuevo pero proviniendo de experiencias familiares cerradas y opresivas, tanto Lucila como Rosa fueron desarrollando una nueva concepción del significado de "ser personas" y ciudadanas con deberes y derechos civiles. La organización vecinal contribuyó significativamente a este cambio, al reforzar los valores que iban tiñendo su práctica cotidiana de otra significación.

La historia que relata Pilar, muestra cómo un sector de las mujeres del barrio foguedas en las asambleas de Manzana, deciden intervenir directamente en la fiscalización y el cambio de su directiva.

Como dirigente de educación, Pilar reunía semanalmente a las familias de su Manzana para discutir en asamblea los problemas que

se presentaban. La asistencia a las reuniones se volvió regular, y en una oportunidad, cuando los dirigentes estaban siendo cuestionados por malos manejos de fondos y por inactividad para tramitar sus pedidos, las mujeres decidieron pedirles cuentas y exigir una asamblea extraordinaria para informar al conjunto. Las autoridades en cuestión no lo aceptaron, y como el control del local comunal estaba en sus manos, trataron de impedir la realización de la polémica asamblea.

"Las mujeres somos las que hemos 'bajado' esa directiva central, planteando que así no podía ser, discutiéndoles que eso de no aclarar las cuentas y no trabajar como dirigentes cabales no es posible, que no podía darse. Nos reuníamos de tres, de cuatro, a veces de diez, no nos daban la llave, o sea no querían que las mujeres hagamos asamblea, la hicimos en el parque y tomamos la directiva central, nos la 'bajamos' "..

Pilar y las mujeres de su Manzana detectaron un problema, y no se detuvieron hasta modificar su lado más visible. Desarrollaron la iniciativa y la capacidad de acción sobre un punto que iba más allá de la consecución de servicios o alimentos; superaron lo inmediato de la construcción de un local o la defensa del lote. No actuaron solamente con el apoyo o la presión, sino que se rigieron por una ética de pobladores, que sentían traicionada por sus dirigentes. Su desconfianza articuló la rebeldía. Salieron fortalecidas de esta experiencia, y se dieron cuenta que podían influenciar, apoyar y cambiar aspectos de la realidad local que las afectaba. Su trayectoria de pobladoras les daba el derecho a fiscalizar y controlar a sus dirigentes. Emergía así de manera incipiente la posibilidad de ejercer acciones de "democracia directa", acordes con un nuevo concepto de igualdad social desarrollado en la práctica vecinal.

6. Jóvenes: la pelota, la guitarra y los partidos

Las mujeres mayores aprendían una serie de nuevos valores en la práctica organizativa; las jóvenes, en cambio, pasaron desde niñas por una variedad de escenarios de socialización que formaban parte de la experiencia de la invasión. Como se vio en el capítulo I, ade-

más de los colegios, los Círculos de Cultura, el Centro de Comunicación Popular y la parroquia, congregaron a cientos de jóvenes dispuestos a participar en su comunidad. Una característica central de esta experiencia juvenil en VES, fue la cercanía con las organizaciones políticas de izquierda. Estas agrupaciones ejercieron una influencia importante en la formación de los jóvenes pobladores, especialmente en los últimos años de la década del 70.

Las jóvenes de aquellos setentas hoy tienen 30 y 40 años; ellas se acercaron sin mayores tropiezos a los partidos políticos y a las instituciones del Estado, porque el lápiz, la pelota, la guitarra y el partido llegaron juntos a su generación. La influencia de Azcueta, y los maestros que con él trabajaban; el Centro de Comunicación Popular y la parroquia, jugaron un papel determinante en su formación política integral. Como dice Francisca:

"Allí había trabajos culturales, de promoción, deportes. Había ligas deportivas, todo a nivel de Villa. Y eso ayudó para que los jóvenes, bueno, complementemos el trabajo deportivo con el trabajo cultural y el trabajo político y dirigencial".

Francisca era la quinta de una familia de siete hermanos, sus padres provenían de Mala, al Sur de Lima. Para ella vivir sus diez primeros años en Barranco y luego trasladarse a VES, significó un cambio tremendo. Entre sus expectativas de mejorar estaban una casa construida y un barrio levantado. Su sorpresa fue total cuando se dio cuenta que no había nada, que todo lo tendrían que hacer ellos.

"No había televisión, ni fiestas, ni siquiera electricidad para escuchar música, lo único que hacíamos era jugar pelota y tocar guitarra. Se armaban unos partidazos de vóley y nos pasábamos todo el día ahí". (Patricia).

Patricia llegó a VES en el año 71 con su madre y sus hermanos; venían de Huaraz como damnificados por ese terremoto de 1970 que destruyó la ciudad. Entre todos se distribuyeron la responsabilidad

del nuevo orden familiar; a Patricia le tocó reemplazar a su madre en las Asambleas de Manzana, y de esa manera fue vinculándose a la organización vecinal. A los pocos años se integró al Centro de Comunicación Popular.

El placer de Patricia es explícito al recordar la época en la que entró en contacto con otros jóvenes, y debutó en actividades culturales y políticas absolutamente novedosas.

"Hacíamos teatro, analizábamos, nos creíamos pues la verdad, ¿no?, grandes pensadores y que hacíamos las cosas, teatralizábamos el problema del agua, porque luego pusieron un pilón en cada grupo residencial para dar agua a los vecinos. Entonces hacían grandes colas y peleas entre vecinos porque cada uno quería llenar primero su balde. Entonces discutíamos entre todos los muchachos, quién va a hacer cada papel. Y la gente iba, traíamos latas de leche vacías, hacíamos bulla y caminábamos invitando: venga vecino, vamos a estar en el parque, venga".

La tradición organizativa en VES sirvió a las jóvenes también como un punto de referencia para encontrar pautas y emprender nuevas búsquedas colectivas.

"Entonces los jóvenes participábamos en las asambleas, aunque no hablábamos; pero ahora no hay eso. ¿Adónde van los jóvenes, adónde se les puede prender el foquito para interesarse por algo, si no escuchan ellos ni asisten a las reuniones?" (Francisca).

Pero a diferencia de lo que ocurrió con las mayores, la experiencia de participación de estas muchachas pronto se tradujo en una adhesión partidaria a las alternativas de izquierda.

Una experiencia ilustrativa de este tránsito fue la que vivieron Francisca y Patricia. Ambas formaban parte del Grupo de Teatro del Centro de Comunicación. Cuenta Patricia que un día llegaron

unos jóvenes universitarios de Lima para conversar. Volvieron y se contactaron con ellos de manera regular para estudiar y reflexionar:

"Ellos tuvieron mucho que ver con nosotros porque tenían lo que se dice una mística, una disciplina que a mí me gusta, ¿no? porque participaban y se analizaba la realidad y además de eso eran personas bien humanas...".
(Patricia).

Las reuniones eran todos los domingos. Los jóvenes militantes de Bandera Roja se mostraban pacientes, atendían sus dudas, inculcaban valores como la mística y la disciplina, creaban un ambiente de afecto y consideración.

Esta situación continuó por unos meses hasta que el gobierno de Morales Bermúdez convocó a la Asamblea Constituyente. En ese momento surgieron las discrepancias. Los responsables del partido Bandera Roja no querían participar, mientras que los muchachos de Villa El Salvador sí se mostraban curiosos e interesados en un proceso electoral totalmente desconocido para ellos.

"Luego ellos agarraron y dijeron que se iban al campo, yo creo que los que están ahora en Sendero Luminoso son ellos porque nos plantearon y éramos pues bastantes, ¿no?, de los cuales tres se fueron. Dijeron 'quiénes se quieren ir, es el momento de tomar las armas y de hacer la lucha porque no se puede hacerle el juego a la burguesía'. Entonces algunos se fueron, pero la mayoría nos quedamos...

Habíamos aprendido bastante de esos chicos que vinieron y decíamos, 'qué vamos a hacer, ¿no?', ellos ya se fueron, ya no vienen y ya no nos podemos quedar así', yo sentía que tenía algo adentro".

Esta experiencia terminó con el distanciamiento entre los jóvenes y los militantes; sin embargo, a los primeros les sirvió para contactarse con una visión de la política más racional que la domi-

nante en la generación de sus padres. En consecuencia, sus opciones posteriores estarían también influenciadas por valoraciones de programas e ideologías, antes que por personas o conveniencias circunstanciales.

"Luego yo ingresé a una organización política cuando se fueron los de Bandera, claro que ellos nunca nos dijeron 'ustedes son ya del partido', ¿no?, nunca; ellos venían y hacían la escuela de formación, nada más, pero luego me contacté con Lourdes, cómo te digo, y ella era de un movimiento que se llamaba Movimiento de Acción Proletaria. Me acuerdo que en ese tiempo se vivía la época de la dictadura militar y acá era bien bravo porque habían cosas que reclamar y nadie podía hacer ninguna movilización porque los metían presos. Varias compañeras fueron detenidas. Entonces creo que era la época la que nos obligaba a estar ahí, reuniéndonos y buscando llegar a planteamientos unitarios". (Patricia).

En esos momentos el SUTEP iniciaba una huelga con las tomas de locales escolares. Los jóvenes participaron desde sus colegios, y a través de los grupos de teatro y canto.

"...empezó la huelga del SUTEP en el año 79, yo estaba ya en ese tiempo participando en el Centro de Comunicación, yo fui porque me gusta mucho la música, me gusta cantar. Entonces ya cuando vino la huelga, como se hicieron tomas de colegios en general, entonces empezábamos por el colegio de acá y terminábamos la vuelta todos los colegios de Villa El Salvador, a veces nos daba pues las dos de la mañana visitando todos los colegios, en el colegio que ya nos daba la noche, ahí nos quedábamos. Hemos trabajado bastante en esa época, ¿ah?, porque cada uno hasta dejaba su casa, se salían, nos íbamos y bueno, como mi hermano es profesor, también estaba pues en la huelga y nos apoyaba bastante". (Patricia).

Los jóvenes aprendieron muchas cosas en el vínculo con las or-

ganizaciones radicales, aún cuando existieran abandonos y fracasos. No contaba todavía el éxito, el estatus del cargo directivo, el prestigio, o el sueldo. Valoraban más en ese momento su identidad de generación y de grupo organizado.

Cuando la dirigencia de la CUAVES se enfrascó en las pugnas entre "velasquistas" y "clasistas", estas jóvenes desplegaron un intenso trabajo político:

"Bueno, se participaba pues en todo el quehacer de Villa El Salvador porque si había una convención de dirigentes, todos participábamos y la tarea era pues como se dice mover cada uno a su Grupo, a su Manzana, a su base, para llevar a los dirigentes ahí a la convención; y bueno pues, decirles, orientarles, qué es lo que ellos debían ver, debían votar, qué cosas debían plantear, eso era lo que se hacía. Nunca aparecíamos como partido, nunca hemos aparecido como partido. Siempre aparecíamos como frente, porque en ese tiempo existía la UDP". (Patricia).

La valoración positiva de los partidos no significó para ellas una adhesión masiva ni incondicional a sus prácticas. La distancia básica que ponían era frente a lo que percibían como un discurso intelectualizado en exceso. Las discusiones las confundían o las aburrían; sin embargo, pesaba más la idea de "pertenencia", el sentirse parte de un esfuerzo colectivo capaz de lograr cambios radicales en la sociedad. Porque creían en la necesidad de vivir con un proyecto y un derrotero.

"O sea que yo poco a poco comencé a entender por qué algunos compañeros decían que la sociedad es así, daban un planteamiento, otros decían que era así, y para mí, yo sentía que no había mucha contradicción. Yo seguía porque, te diré que me sentía bien, y porque como todos, creíamos en un cambio de esta sociedad injusta, ¿no?, más que nada con la gente de acá de Villa. El trato personal, en el trato de trabajo, nos comprendíamos y teníamos aspectos comunes de ver las cosas".

Marcada por una socialización urbana y política abiertamente distinta a la de sus padres, esta generación buscó antes que autonomía, disciplina y orden. La ampliación de las fronteras sociales e ideológicas de la década de los 70, les mostraba una realidad confusa y compleja en la que aprendieron a moverse, aunque sin tener lugares donde ir. La ciudad era supuestamente suya, pero no los acogía. Por eso su pelea por cambiar el orden establecido y hacer la revolución, tuvo mucho de reacción contra la marginación social, para buscar la integración. Sin embargo la crisis económica ya mostraba su ánimo devastador; y mientras estas jóvenes soñaban con terminar la universidad al mismo tiempo que construían un país diferente, la desocupación y el alza del costo de vida fueron minando sus caminos de realización.

CAPITULO III

Viveres y mujeres: el comienzo de una larga historia

“Nosotras las mujeres siempre nos juntamos por algo, para recibir, para aprender; no hay tiempo que perder, pues...”

1. Crisis y asistencialismo: la feminización de la pobreza

Los últimos años del gobierno militar estuvieron marcados por una intensa agitación social como reacción a las medidas económicas adoptadas por Morales Bermúdez. Las organizaciones sociales populares, antes promovidas por los funcionarios velasquistas, mostraron de múltiples formas su rechazo a un régimen que prevalecía en un contexto de progresiva descomposición económica.²⁰ Al descontento social y económico se añadió el malestar frente a la situación política del momento. El gobierno de Morales Bermúdez había convocado a elecciones para la Asamblea Constituyente como una válvula de escape; sin embargo un clima represivo y antipopular impedía el debate y obstaculizaba las diferentes expresiones de los grupos sociales y políticos en juego. La izquierda, por su lado, se encontraba ante la disyuntiva de mantenerse al margen de la apertura democrática o participar de las elecciones, para lo cual debía replantear su discurso sectario e incorporar las demandas de nuevos sectores de la sociedad (barriales, desempleados, ambulantes), sin una representación política definida. El país se preparaba para reiniciar un período democrático después de doce años de dictadura militar, en un escenario marcado por la protesta social, la crisis económica y la incertidumbre política.

En Lima, el alza creciente del costo de vida y el aumento del

20. Para obtener información ver los trabajos de Julio Cotler y Rosemary Thorp en el volumen compilado por McClintock y Lowenthal, 1985.

desempleo y del subempleo, mostraban sus efectos dramáticos entre las familias pobres. Las madres de familia vieron recortarse los ingresos del presupuesto doméstico, con la consecuente alteración de sus hábitos de consumo y comportamientos familiares. Para la mayoría de las mujeres populares escaseaba el trabajo debido a problemas de calificación, así como por el estrechamiento del mercado laboral.²¹ Los jóvenes también vieron afectadas sus expectativas; muchos abandonaron sus estudios o se vieron obligados a compartidos con empleos que les reportaran ingresos para la economía del grupo familiar.²²

Mientras el Estado se alejaba cada vez más de los sectores populares, otras instituciones aparecían en la escena popular. En 1979 el gobierno norteamericano estableció un convenio con el gobierno peruano para enviar como víveres sus excedentes agrícolas, a manera de ayuda a uno de sus "países amigos". CARITAS (católica) y OFASA (Obras Filantrópicas de Asistencia Social Adventista), agencias filantrópicas de la Iglesia, y la Oficina Nacional de Apoyo Alimentario (ONAA) del Ministerio de Agricultura, tomaron a su cargo la distribución de las donaciones. (Barrig, 1986) El efecto de este convenio fue inmediato en los barrios populares. Bajo la figura de la organización popular surgieron en los pueblos jóvenes una serie de grupos de trabajo "voluntario" femenino, que realizaban diversas tareas, desde construir locales hasta tejer o leer la biblia a cambio de víveres. Clubes de Madres, desayunos y "lonches" infantiles, Grupos de Alfabetización y de Construcción Comunal, Comedores y Cocinas Populares y Comités del Vaso de Leche, serían las expresiones más significativas de este movimiento en los años siguientes.²³

Se iniciaba así un nuevo fenómeno social con la presencia de organizaciones estrictamente femeninas, alrededor de una agenda fundamentalmente doméstica. Cómo solucionar la urgencia de la ali-

21. Sobre el incremento de la pobreza y el trabajo femenino ver, Barrig, 1989; y Paredes y Tello, 1988.

22. Ver Montero, 1985; y Fernández y Montero, 1982b.

23. Sobre el fenómeno de la organización femenina de la década del 80 ver entre otros, Barrig y Riofrío (1982), Sara-Lafosse (1984), Huamán (1985), Barrig y Fort (1987), B10ndet y Montero (1989), Boggio (1989), Córdova y Gorriti (1989) entre otros.

mentación familiar sería el problema central de estas organizaciones, sin antecedente en la historia del país. Nuevos actores sociales y nuevos temas aparecían en la escena pública, pero había que ver si iban a ser incorporados por las organizaciones políticas existentes.

Las organizaciones receptoras de víveres desde un inicio pusieron de manifiesto la contradicción implícita en su constitución, así como los límites para su desarrollo. A la vez que otorgaban a las mujeres un estatus específico y un escenario propio de acción, al reconocer su asociación fuera del conjunto de organizaciones vecinales, las aislaban de la participación como pobladoras. Por otro lado, se estaba restringiendo a las mujeres a prácticas asistencialistas que limitaban sus posibilidades de presionar para contribuir al ingreso familiar por la vía de la incorporación al mercado. Por último, la identificación de estas reivindicaciones como propias de las mujeres, nuevamente reforzaba la tradicional división sexual del trabajo.

Las dificultades del momento y la ausencia de alternativa llevaron a las mujeres a participar en esta oferta, y paralelamente se vio surgir el interés de otros sectores sociales; feministas,²⁴ Iglesia, partidos políticos y centros de promoción y desarrollo popular (ONGs), se hicieron presentes ofreciendo cursos y capacitación a las beneficiarias de los programas asistenciales. Buscaban potenciar este tipo de organización hacia el desarrollo de una conciencia de género, de ciudadanía o directamente política, según la perspectiva de cada cual. En palabras de Barrig (1986), "la agudización de la crisis económica, por un lado, y la multiplicación de agentes proveedores y motivadores de servicios de auto prestación y emergencia, del otro, pautean en la actualidad algunas características de las organizaciones femeninas barriales" (p.170).

De acuerdo al trabajo de Ruiz Bravo (1990), el número de ONGs que trabajan con mujeres, tuvo una variación significativa en-

24. Grupos activistas de mujeres de clase media que se institucionalizan a partir de 1979 formando centros de promoción e investigación en la línea feminista. (Barrig, 1986) Entre los más importantes con presencia feminista en VES se encuentran Flora Tristán, Manuela Ramos y Perú Mujer .

tre mediados de la década del 70 y la década del 80. Mientras antes de 1975 existían sólo ocho ONGs y 32 proyectos, entre 1980 y 1983, el número se incrementó a 19 ONGs y 185 proyectos de promoción, capacitación y/o asesoría, subiendo la cifra de proyectos hasta 298 entre 1984-86, no así el número de ONGs, que disminuyó a doce en ese bienio.²⁵ Esta presencia numerosa de entidades externas de distinto tipo en los barrios, jugó un rol determinante en la conformación de las diferentes organizaciones femeninas, contribuyendo a su desarrollo y consolidación, pero ampliando por lo general la dependencia de los subsidios a otras formas de atadura; las asesorías, la capacitación o el apoyo económico para realizar actividades de promoción, formaron parte del ámbito de influencia y acción de estas entidades externas. La preocupación por atender, respaldar, e incluso por resolver con eficiencia los serios problemas de las mujeres, llevaron a que estas entidades reemplazaran tanto al Estado como a las dirigencias en la formulación de la agenda reivindicativa. A la par que fomentaban la auto-ayuda, las redes de solidaridad y la cooperación interna para atender a la urgencia de sus demandas, (como decía una dirigente, "pedir al gobierno era como mirar al cielo y esperar que nos caiga el pan"), muchas de las organizaciones femeninas populares fueron desarrollando una fuerte tendencia hacia la autogestión, antes que la capacidad de negociación con otras instituciones de la sociedad y con el Estado. Ambos fenómenos, la suplantación de funciones y la auto-exclusión del escenario político, paradójicamente reforzaron la dependencia de las organizaciones femeninas con sus instituciones asesoras y promotoras, dificultando el proceso de institucionalización autónoma del movimiento femenino popular.

2. Marginación y auto-exclusión; nuestras organizaciones son muy aparte

Las organizaciones femeninas barriales por lo general nacieron y crecieron al margen de la organización vecinal y de otras organizaciones sociales. Un especial sentido de "autonomía" se traducía en

25. Un análisis exhaustivo sobre los proyectos de promoción a la mujer se encuentra en Backhaus, 1988.

la defensa de su ámbito como expresión exclusiva de sus demandas, y en la preservación del liderazgo del asedio de los dirigentes varones del barrio o de los partidos. Esta fue la razón por la cual estos grupos femeninos se fueron articulando al margen de las otras organizaciones. A conclusiones similares llegaron Barrig y Fort (1987) para el caso de El Agustino, y Blondet y Montero (1989) en Chorrillos. Backhaus (1988) lo resume "por un lado, [como] el temor frente a intentos de manipulación y cooptación por intereses políticos ajenos a la organización y el no querer enfrentarse al "poder masculino" en instancias mixtas, lo que ha llevado a un entendimiento de la autonomía en términos de "autoprotección", de "autodefensa" y de "automarginación"; por el otro, la incapacidad de la vieja organización vecinal de integrar las nuevas prácticas sociales de las organizaciones llamadas "funcionales".

Villa El Salvador no escapó del todo a esta realidad pues sus organizaciones femeninas nacieron en efecto, al margen de la CUAVES. La dinámica organizativa precedente fue insuficiente para propiciar niveles más efectivos de integración de las organizaciones femeninas con la central vecinal, repitiendo lo que sucediera en otros asentamientos populares. Pero la historia particular de este pueblo joven otorgó una configuración también especial al movimiento de sus mujeres, en términos de la relación con las entidades externas, en la constitución de nuevos tipos de liderazgo, y en el fenómeno de centralización territorial que se desarrolló durante los primeros años de la década del 80.

Cuando en 1983 el pueblo joven se convirtió en distrito, el nuevo municipio legitimó a las organizaciones femeninas recientemente centralizadas en la Federación Popular de Mujeres de Villa El Salvador (FEPOMUVES). Esto confirió un lugar destacado a las organizaciones femeninas, en términos de poder incidir en el nivel de toma de decisiones, compensando hasta cierto punto su aislamiento de la CUAVES.

Hacia fines de los 70

La existencia de una CUAVES integrada a la vida cotidiana de los

pobladores, y la participación en la organización vecinal de la Manzana y de su Grupo Residencial, fueron factores determinantes en el aprendizaje de nuevos valores y hábitos entre el sector femenino popular. Sin embargo esta relación que había nacido fluida, se interrumpió con la crisis y la multiplicación de la oferta asistencialista.

Los graves problemas que las familias populares estaban enfrentando por la crisis, se atenuaban con la recepción de los víveres por parte del Estado a las mujeres de los sectores más afectados, asociándose de esta forma prácticas asistencialistas con la labor de los grupos femeninos. Ante esa realidad, la CUAVES no se interesó por incorporar estas iniciativas a su estructura, ni por integrar el problema de la alimentación familiar a la agenda organizativa. Los conflictos entre los "velasquistas" y los "clasistas", y la concepción tradicional de los dirigentes (hombres en su totalidad), contribuyeron a excluir las demandas de las amas de casa del ámbito de la CUAVES, impidieron un comportamiento integrador de este nuevo fenómeno social, y dejaron el "problema de las mujeres" como responsabilidad exclusiva de sus organizaciones, al margen del movimiento vecinal.

Este fenómeno fue nuevo ya que en 1972, cuando el párroco de VES fundó un primer Club de Madres, y en 1974 al intentar OFASA hacer lo mismo, los dirigentes de la CUAVES descalificaron las dos propuestas por considerar que atentaban contra el trabajo voluntario de auto-construcción comunal que se había realizado desde el inicio, sin recibir otra cosa a cambio. Pocos años después, la actitud de la CUAVES y de las mujeres se mostraba diferente.

La escasa visión de los dirigentes de la CUAVES para enfrentar el problema del consumo familiar, las reducidas alternativas de las mujeres para insertarse en el mercado de trabajo, y la oferta estatal y privada de alimentos, son elementos que explican la masiva organización femenina en VES durante la década del 80. Como diría una dirigente al explicar el surgimiento de las primeras organizaciones,

"Se organizan las mujeres, por la misma necesidad que había en Villa, por la misma distancia de VES, porque las

señoras no podían ir a trabajar a Lima, entonces sus hijos no tenían tampoco qué comer, muchas mujeres no tenían esposo y las que tenían estaban sin trabajos. La base primordial de la organización de las mujeres se ha iniciado por la misma necesidad de la situación donde que estaban viviendo muy aisladas de Lima que ya no podían trabajar, entonces tenían que ocuparse para mantener los hijos. Empiezan a sembrar plantitas, en barrer la calle para adquirir los víveres, por ese medio es que se organizaban las mujeres." (Santosa).

De otro lado, las agencias filantrópicas de la Iglesia y las ONGs, de distinta manera contribuyeron a desarrollar el fenómeno, elaborando planteamientos acerca de la importancia de la participación y organización femenina para atender sus problemas y los de su familia.

Desde 1979, el reparto de alimentos se caracterizó por la entrega de raciones individuales de víveres a las participantes de los programas de alfabetización y arborización, ejecutados por agencias internacionales privadas y nacionales gubernamentales. En julio de 1980 se firmó el convenio entre CUAVES/OFASA/CARE (Cooperativa Americana de Remesas al Exterior) y dos agencias gubernamentales (ONAA y la Dirección Forestal y de Fauna del Ministerio de Agricultura). A partir de 1981 surgieron otras modalidades de organización promovidas fundamentalmente por los programas de asistencia de la Iglesia Católica, a través de CARITAS y la parroquia. Estas consistirían en la entrega de raciones a grupos organizados de mujeres reunidas para cocinar colectivamente; de esta manera surgieron los primeros comedores populares en VES.²⁶

Paralelamente a estas acciones asistenciales, organismos internacionales como UNICEF y el Programa Mundial de Alimentos de

26. Esta forma organizativa, como se verá adelante, se generalizó e incluso fue adoptada por los programas asistenciales gubernamentales del gobierno de Belaunde, con las "cocinas comunales de la señora Violeta", como se les conoció y posteriormente, en el régimen de Alan García, con el Programa de Apoyo Directo. Para mayor información ver Córdova y Gorriti, 1989.

las Naciones Unidas, entablaron relación con la CUAVES para desarrollar diversos programas de apoyo en salud y educación para las mujeres. Si bien la CUAVES respaldaba a las pobladoras en la firma de los convenios, las organizaciones femeninas que surgían mantenían su independencia frente a la organización vecinal y ésta, a su vez, no mostraba ningún interés por articularse con ellas.

Las nuevas agrupaciones con el apoyo de la Iglesia y las instituciones filantrópicas, fueron desplazando a la organización vecinal en algunas de sus funciones iniciales. Al principio, la organización de la Manzana lo era todo. Proyección de la familia para quienes no la tuvieron, era orden, justicia, fuerza; incluso canalizaba la posibilidad de expresarse y actuar sobre problemas que no podían ser resueltos dentro de los hogares. Conforme surgían las nuevas organizaciones femeninas, las funciones de la organización vecinal se fueron haciendo más específicas; las nuevas asociaciones suponían un estadio diferente en relación a las reivindicaciones de los servicios básicos. Pero este proceso de crecimiento no siempre armonizó con los intereses de la organización vecinal, creándose a menudo situaciones de superposición y conflicto. Sobre esto se ampliará en el siguiente capítulo.

La capacitación, llave maestra de las relaciones externas

Las improvisadas lecciones de liderazgo y práctica participativa, pronto tuvieron un espacio propiamente femenino y la orientación adecuada para su desarrollo. Las instituciones donantes y/o de asesoría, la parroquia, las ONGs y quien llegara con víveres, hicieron de la capacitación una de las actividades más importantes de sus programas de promoción. Ruiz Bravo (1990) encontró al respecto, que sobre un total de 60 centros entrevistados, 54 tenían como actividad central la capacitación de las mujeres populares.

En estos programas las "beneficiarias" recibieron herramientas y conocimientos para desarrollar sus actividades. No obstante, el aprendizaje y los resultados fueron variando, dependiendo del énfasis que cada institución ponía en su oferta. Las ONGs feministas intentaban desarrollar la conciencia de opresión de género, incendien-

do en el desarrollo de la mujer como persona frente al varón; las políticas levantaban el tema de la subordinación de clase, poniendo de relieve la conciencia colectiva de ser parte de los explotados. Si era la parroquia quien convocaba, se enfatizaba entonces el sentido de la solidaridad popular frente a la explotación, y el autoservicio de los pobres como eje de su liberación. Asimismo, se desarrollaron tipos de liderazgo más o menos igualitarios, dependiendo de la institución que ofrecía el servicio.

La confluencia de los factores externos señalados, sumados a las experiencias organizativas iniciales de las mujeres, configuraron en VES un escenario singular, en el cual ser pobladoras y haber participado como dirigentas vecinales de la Manzana, les confirió la posibilidad de negociar con las entidades de fuera, logrando mayores márgenes de autonomía que sus similares en otros asentamientos populares de Lima.

3. Caudillas o coordinadoras, distintos estilos de liderazgo

Así como en la relación con las entidades externas la pertenencia a VES otorgaba carácter e identidad particulares, en la constitución de liderazgos y en su prevalencia, la historia y la intensa organización juvenil del barrio determinaron que las prácticas de dirección predominantes fueran democráticas. Sin embargo, coexistieron en este proceso, las dirigentas "caudillas" con las coordinadoras.

Un elemento que influyó notablemente en la definición de uno u otro estilo de liderazgo, fue sin duda la historia familiar de las mujeres. Pero más allá del caso personal, la diversidad de comportamientos ponía en evidencia la heterogénea composición social y cultural de la población popular femenina. De diferentes lugares de procedencia, andinas, costeñas, del Norte, Centro o Sur, de comunidades o de ciudades del interior; de edades y niveles educativos dispares, las dirigentas de las organizaciones femeninas desarrollaron comportamientos diferenciados.

En este marco heterogéneo y múltiple, algunos criterios básicos permitirán explicar los distinguos en los tipos de liderazgo, y la pre-

eminencia de unos sobre otros. Numerosos estudios²⁷ han enfatizado el papel de la educación como uno de los factores explicativos determinantes. En el caso de VES, se añadiría la experiencia y socialización política, que por lo general vivió de manera distinta cada grupo generacional; que establecería, a su vez, patrones de comportamiento dirigencial diferenciables entre sí.

Una primera asociación, en ese sentido, se encuentra en las mujeres mayores, migrantes, que participaron en la invasión o llegaron en los primeros tiempos, que serían proclives a desarrollar comportamientos caudillescos y personalistas, fundados en el asistencialismo y el clientelismo. Este último rasgo aparecería claramente reproducido en la relación con las agencias externas. Las dirigentas más jóvenes, limeñas en su mayoría y con altos niveles educativos, mostrarían por el contrario una tendencia hacia prácticas de coordinación y diferenciación de funciones, en la búsqueda de consensos con las bases y en la negociación con las instituciones externas. El tercer grupo, dirigentes intermedias entre 31 y 40 años, presentaría una combinación de ambos tipos de comportamiento y características sociales, concentrando la explicación de los diferentes comportamientos en el aspecto de la socialización política, la educación y la procedencia más que en la edad propiamente. La generación de las jóvenes del 70, que se crió en Lima, intensamente politizada y con expectativas y oportunidades diferentes a la de las mujeres mayores, sería el conductor del movimiento social de mujeres populares de VES dándole un matiz más democrático y estableciendo el vínculo con las organizaciones políticas.

Nada les fue fácil ni gratuito, debieron trabajar incesantemente para superar las deficiencias de su formación, y la marginación social y política; no obstante, en la práctica de cada día fueron aprendiendo paso a paso; venciendo dificultades y topándose con los límites políticos de su proyecto. En las siguientes páginas del capítulo se relatarán los problemas que enfrentaron dos mujeres de edades similares (hoy tienen ambas 35 años) pero de trayectorias diferentes

27. Ver, por ejemplo, Barrig y Fort, 1987; Boggio y otros, 1987; Backhaus, 1988.

vinculadas al programa de OFASA, en su formación como dirigentes, y cómo se definieron las tensiones entre la dependencia y la autonomía de una organización femenina de comedores populares con la Iglesia que los patrocinaba, y con el poder local. Se verá la alteración del patrón de dependencia, generalizable a las otras organizaciones femeninas con similares características.

4. Premio y no caridad: las organizaciones de alfabetización y construcción comunal

En 1979 OFASA creó los primeros comedores infantiles para niños en edad pre-escolar, como parte de un programa de emergencia de apoyo a los pueblos jóvenes de Lima. Los beneficiarios eran niños de 1 a 6 años, y madres gestantes y lactantes, que recibían una capacitación por parte de las nutricionistas del programa, para elaborar menús balanceados. Los supervisores de OFASA nombraban a las señoras de la Junta Directiva que administraba el comedor, y les enseñaban las normas de funcionamiento definidas por la propia institución filantrópica.

A fines del mismo año, OFASA formó los Centros de Educación Familiar y los grupos de trabajo comunal, conocidos por las mujeres como los Clubes de Madres, en los que recibían capacitación en salud, alfabetización, tejido, costura, bordado y repostería. Como parte del convenio, las mujeres debían participar además en jornadas de trabajo comunal construyendo aulas escolares. A cambio de su participación, recibirían víveres. La dinámica organizativa de estos centros era impuesta por los promotores de OFASA, al igual que la de los comedores infantiles. Ellos nombraban a la presidenta y formaban la Junta Directiva que tendría a su cargo el control de las socias y el reparto de los víveres. Su finalidad, como la formulaba un promotor de OFASA era, "ayudar a los sectores más necesitados pero sin que esto se vea como una caridad sino como un premio al esfuerzo desplegado" (Entrevista, julio 1989).

Una característica central en la actitud de OFASA fue su verticalidad en el trato con las organizaciones, en lo referente a la asignación de funciones y roles, y en el establecimiento de normas y pro-

cedimientos para regular el vínculo con las pobladoras. Las indicaciones sobre cómo organizarse y actuar venían "desde arriba". La dirigente del grupo era por lo general escogida por los promotores o ratificada por haber sido la encargada de contactarse con ellos y reunir a "su" grupo de señoras; esa mujer tenía la responsabilidad de hacer cumplir esos lineamientos, tal como ilustra Rosa:

"...por ejemplo, yo me enteraba de oídas que había un programa que tenía víveres y entonces buscaba al señor de la oficina, a veces me tenía que ir hasta Lima para encontrarlo y le decía que yo quería sacar un programa. Ya pues, me decía, si eso es lo que tú quieres, reúne a tus 60 mujeres y avísame. Yo iba por mi Grupo, quién quiere víveres, quién viene a mi Club de Madres. Entonces como yo era de fiar porque cuando prometía cumplía, las señoras decían, con ella sí sale y formábamos el Club".

Pilar, que en ese momento estaba cursando su primer año de estudios magisteriales en la Universidad La Cantuta, cuenta:

"Conocí al programador de alfabetización, un día que subí al curso de la Industria del Vestido. Entonces, dijo, '¿no quieres alfabetizar?'. ¿Alfabetizar? bueno, pues, dije. Me invitó a la capacitación, me capacité y era la única en mi Grupo Residencial y empecé a alfabetizar. Como yo ya conocía a la gente, al menos sabía quién era iletrada, las invitaba y venían".

Para los promotores era importante contactar mujeres con experiencia previa y sobre todo, conocidas por el resto del grupo; ellas mismas se encargarían de hacer el trabajo, que consistía en reunir el número suficiente de participantes, dar el curso y distribuir los víveres. Por su parte, para Pilar y Rosa la oferta era interesante pues se trataba de vincularse con una nueva institución, lo que les representaba adquirir experiencia y ampliar su ámbito de relaciones externas. Si bien el compromiso no convenía un pago para las presidentas del grupo, el hecho de controlar el reparto de víveres se con-

vertía en sí mismo en una ventaja, por el rango de prestigio y diferenciación que podía conllevar.

Pero mientras Pilar encontraba la oportunidad en su camino, Rosa tuvo que buscarla incluso "viajando hasta Lima", como ella dice. La trayectoria educativa, la socialización urbana en la capital, y una destacada experiencia como dirigente de educación de su Manzana, distinguieron a Pilar del conjunto de mujeres, facilitando su promoción como dirigente. Rosa, en cambio, tenía estudios primarios en un pueblo alejado de Ayacucho, estaba marcada por las diferencias culturales de lengua y por una socialización eminentemente rural. No ostentaba una capacitación suficiente como dirigente vecinal, pues obligada por asuntos familiares, tuvo que viajar a la sierra y abandonar por un tiempo el barrio. Ella tenía conciencia de su situación desventajosa, como lo expresa en este testimonio:

"Las compañeras que estaban trabajando junto conmigo se habían capacitado en el primer sector y ahora son promotoras de salud tituladas. Yo no pude capacitarme porque pedí permiso y renuncié al cargo... pero me gustaba ser dirigente".

Para recuperar su posición, a su retorno tuvo que esforzarse, activar su iniciativa y buscar instituciones que le permitieran asumir nuevamente responsabilidades de dirección.

Los estilos de relación con OFASA y con sus bases fueron también diferentes en cada caso. En su curso de alfabetización, Pilar enseñaba a leer en un aula del salón comunal, mientras conversaba con las señoras sobre su situación. De esta manera las aconsejó y les dio confianza para que se soltaran, hablaran, y participaran, a la vez que fue creando un grupo de referencia en donde ella se convirtió en liderazgo indiscutible. Esta etapa reforzó su autoestima y su seguridad.

En términos de prestigio, indudablemente era mejor valorada la alfabetización que las tareas de limpieza y construcción comunal. Pero si Pilar alfabetizaba, Rosa no estaba preparada para hacerlo. La alternativa para culminar su objetivo de ser dirigente, por lo tan-

to, pasaba por entrar a un programa más simple, de construcción de locales comunales, y poco a poco ir elaborando su liderazgo. A ella le tocó realizar codo a codo las faenas con las demás mujeres del grupo.

"...nos dedicamos a limpiar toditito el Grupo Residencial. Las calles, limpiábamos las calles por tres meses. Yo era la presidenta, pero también trabajaba, enseñaba. 'Vamos a barrer así, así'. Hacía huecos porque pensaba que yo debía trabajar para que ellas trabajen, o sea, como quien dice que yo debo demostrar. Después de ahí había repartos".

Con dificultades Rosa fue convirtiéndose en dirigente, pero su actitud en relación al resto de mujeres de su grupo no lograba ser tan fluida como la de Pilar. Rosa aspiraba al cargo que según ella "la haría diferente del resto", pero era más ansiosa, y vivía temerosa de perder la oportunidad de permanecer como presidenta. Este sentimiento de inseguridad la obligó a asumir comportamientos rígidos y autoritarios. Con su actitud reproducía el esquema vertical que le transmitía la institución promotora. Es posible que este mecanismo partiera también de una estructura de pensamiento y comportamiento jerárquica propia de su cultura de origen. (Harvey, 1990) Cuando tuvo alguna autoridad, Rosa asumió el comportamiento de "capataz".

"... porque OFASA siempre nos daba una ley sin comprensión. Por decirte, tres faltas o tres tardanzas son fuera, despedido están, entonces a veces la gente no estaban acostumbrados a una regla, ¿no?, y entonces uno como jefe actuaba lo que decía OFASA, el director 'señora, usted está despedida, tres días' y era feo. Yo misma me daba cuenta que era autoritaria, claro pero no sabía bien tampoco.

Quería la hora exacta, los días exactos, a veces ellas pedían permiso y yo decía no, decía así, ¿no?, tenía mi carácter. Decía que teníamos que cumplir las órdenes, lo que decía el supervisor. Pero también en el grupo a la

gente se les conocía, a veces no querían venir, y a la hora del reparto decían 'yo quiero mi ración completo', ¿no?, y entonces había conflictos".

Rosa exigía el cumplimiento de las órdenes aunque fuera arbitrariamente; se daba cuenta de la necesidad de una norma pues había mujeres que sin acudir a trabajar, exigían la ración completa, y eso le parecía una injusticia intolerable. Parecía para ella haber una relación causal entre la verticalidad de la ley y reconocida como norma, y la indisciplina de las bases que se resistían a aceptar una estructura que para ella era correcta. No todas las mujeres asumían como "natural" la norma impuesta por OFASA, Rosa sí. Este comportamiento iría variando considerablemente, al punto de modificar sus relaciones con la institución externa y con las mujeres de base, como se verá más adelante.

La naturaleza impositiva de programas como los de OFASA desarrolló comportamientos pasivos y subordinados entre las participantes de base. Correlativamente surgieron modelos caudillescos y personalistas entre las dirigentas, como el de Rosa, frente a los cuales Pilar aparece como un caso excepcional.

En tanto las dirigentas eran el único contacto de las pobladoras con la agencia donante, ellas controlaban la relación, las entregas, y especialmente, la información relativa al comportamiento de las participantes; sabían por lo tanto todo lo referente a su "remuneración" en víveres.

Este control otorgó a las dirigentas la capacidad de manipular sus bases sociales; algunas de ellas aprovecharon de estas oportunidades para su estricto beneficio personal, por ejemplo, cuando acaparaban las donaciones. Daban más a sus "incondicionales" y no a las "reclamonas", o les daban menos, desarrollando su influencia sobre la base de lealtades totales ganadas con alimentos.²⁸

28. Comportamientos similares se observaron en un estudio sobre el Vaso de Leche y el Programa de Apoyo Directo en un pueblo joven de Chorrillos (Blondet y Montero, 1989).

Esta comprobación irritaba a las más jóvenes de la Manzana, sobre todo a quienes tenían una relación con organizaciones distintas (la parroquia o el Centro de Comunicación Popular), en las que el ejercicio democrático era la práctica aceptada. Al respecto se comenta ahora:

"Con referencia a los grupos estos de OFASA, prácticamente al final se había hecho mafia. Unas cuantas participaban, las que dirigían y las demás quedaban al margen sin poder sacar sus programas. Porque era una señora la dirigente que conocía los tejes y manejes, y ella beneficiaba a su gente y punto, ¿no? Habían señoras con casas de dos pisos y todo chévere en el programa de OFASA, que eran las dueñas del reparto, mientras otras, trabajaban duro y hacían de tripas corazón, sin nada". (Soledad).

Este punto de vista con el que la generación más joven observaba el proceso, estaba expresando posiciones críticas que se plasmarían en un nuevo tipo de liderazgo y de relación con los agentes externos. Por la historia de VES, la práctica autoritaria de OFASA determinó que poco a poco las organizaciones se fueran sustituyendo por otro tipo de prácticas de participación femenina.

5. Estamos abriendo nuestro comedor, ¿usted no quisiera participar?

La intervención de la parroquia abrió un nuevo espacio de actividades vinculadas al bienestar de la comunidad y la organización femenina.

Hacia fines de la década del 70, los religiosos y agentes pastorales que continuaban trabajando con los jóvenes en los clubes, iniciaron las acciones de catequesis²⁹ con las mujeres adultas, ampliando así su acción social y comunal dentro de este sector. En con-

29. Las catequesis eran modalidades de trabajo de las comunidades eclesiales de base.

traste con los grupos asistenciales, la parroquia creó espacios de reflexión y debate acerca de las identidades personales y barriales, así como la definición de criterios para salir del círculo estrecho de los apremios cotidianos. En su labor inculcaba el concepto del servicio a los demás, reforzaba valores de solidaridad, y proporcionaba elementos para que las mujeres se ubiquen a sí mismas y a sus vecinos en el contexto global de los problemas de la sociedad.

Sin embargo, estas propuestas frecuentemente entraron en conflicto con el Estado y los partidos, limitando así la incorporación de las mujeres a la vida política. Este límite de la acción parroquial desencadenó conflictos y cuestionamientos por parte de las mujeres organizadas.

Las primeras organizaciones de comedores populares se promovieron en 1978 por acción del párroco de VES, con el apoyo de CARITAS; el atractivo inicial eran los víveres enviados por parroquianos norteamericanos del estado de Wisconsin. Pero esta iniciativa se circunscribió al Primer Sector, en la zona más cercana a la parroquia. El fenómeno de la organización de comedores populares cobraría un fuerte impulso a partir de 1982, cuando se diversificaron las instituciones externas de apoyo asistencial. El Estado, la Iglesia Católica, y otras agencias filantrópicas protestantes, ampliaron su cobertura a las organizaciones de comedores, determinando que las modalidades de relación con las organizaciones de base se fueran modificando.³⁰ La influencia exclusiva de las parroquias fue cediendo paso a otras agrupaciones como AFEDEPROM,³¹ que con el

30. Según el estudio de Córdova y Gorriti recientemente publicado por el Centro SUMBL, la iniciativa de formación de comedores populares la tuvieron las parroquias de los barrios marginales, quienes con el apoyo de CARITAS-Lima, diseñaron esta nueva forma de participación. En el período comprendido entre 1979 y 1982 surgieron aproximadamente 100 comedores. Posteriormente, con la influencia del programa de cocinas familiares impulsado por el gobierno de Belaunde (Acción Popular) y del programa municipal de FOVIDA (Fomento de la Vida) llevado a cabo por el gobierno municipal de Barrantes (Izquierda Unida), surgieron nuevas organizaciones del tipo de los comedores populares. Una tercera etapa la constituyeron los Comedores del Pueblo, creados en 1985 bajo el Programa de Asistencia Directa impulsado por el gobierno de Alan García.

31. Agrupación Femenina en Defensa y Promoción de la Mujer, formada en 1979, en el distrito de Comas con apoyo de la Iglesia, a través de la parroquia del

apoyo de CARITAS y de instituciones como FOVIDA (surgidas durante el gobierno municipal de Alfonso Barrantes), crecieron en un marco más amplio de acción que el que mostraron los primeros comedores parroquiales.

Los comedores populares serían la expresión más lograda de la acción pastoral de la Iglesia en su relación con las mujeres. Su influencia en la vida popular urbana ha sido considerable, especialmente en el período de agudización de la crisis, permitiendo resolver problemas domésticos mediante la realización colectiva de algunas de las tareas del hogar. De esta manera lograban ahorrar costos y contar con un tiempo disponible para trabajar y obtener ingresos.

Este tipo de organizaciones planteó nuevos problemas vinculados directamente a la vida privada familiar, que no había sido atendida por la organización vecinal. Fue en el desarrollo de este proceso que la parroquia y los agentes pastorales se preocuparon por formar nuevos liderazgos, al mismo tiempo que las mujeres aprendieron a decidir sus posiciones en relación con las instituciones externas.

Nuevamente el caso de Rosa es ilustrativo. Mientras estaba capeando las dificultades que OFASA le presentaba por no saber cómo dirigir a su grupo de socias, ni qué objetivo proponerse para continuar, decidió entrar a la catequesis. Un sacerdote la convocó porque ya era conocida entre los vecinos, cuando la Iglesia comenzó a impulsar los comedores.

Para Rosa ésta era una oportunidad de integrarse como dirigente de una institución segura y poderosa; con ello su rol de dirigente y su rango de "notable" serían mayores y ella, por lo tanto, más reconocida. En contraste con su anterior experiencia, marcada por haber tenido que buscar sus propios contactos, ahora era el cura quien la convocaba a sus reuniones.

sector y contando luego con apoyo de la Comisión Episcopal de Acción Social CEAS y de CARITAS-Lima. En 1983 en Villa El Salvador, en el Tercer Sector, se forman los primeros comedores de dicha agrupación.

Recordando los primeros contactos Rosa relata:

"En esos mismos meses hubo inundaciones en Piura, mucha lluvia y todos reflexionábamos en la parroquia; hablábamos de algo grande, o sea que no mirábamos nuestro lado, sino que mirábamos lejos. Pero también decíamos 'cómo en Piura hay inundación, en Puno hay sequía y nosotros no podemos hacer nada, podemos hacer una colaboración o podemos hacer alguna bolsa para mandar', decíamos, ¿no?".

Hablando precisamente de la dramática situación nacional se fue introduciendo la idea de organizar los comedores populares. Pero las mujeres no comprendían bien la propuesta:

"Cuando escuchábamos de esos lugares decíamos, pero cómo vamos a hacer esas cosas, de ayudarles allá, sin mirar aquí nuestro grupo; en nuestro grupo tenemos personas que ni comen, ¿no? Entonces la parroquia decidió hacer comedores. Yo decía, cómo será eso, no sabía nada". (Rosa).

La parroquia proponía una nueva forma de organización. En el caso de Rosa, no era únicamente la necesidad de juntarse para reducir gastos o socializar sus problemas lo que la llevaba a pensar en formar comedores; no se trataba sólo de satisfacer demandas puntuales. Lo que motivó con mayor intensidad a las dirigentas, fue la iniciativa de la parroquia de conformar un nuevo tipo de organización. Esta era una respuesta preventiva al deterioro de las condiciones de vida popular, en la que las mujeres con experiencia desempeñarían el rol de dirigentas. Se crearon así las condiciones para que ellas destaquen en su zona, respaldadas por la institución eclesial, que aseguraba el envío regular de víveres a sus agrupaciones.

Lucha, la norteña de la Asociación de Padres de Familia, también participaba de la catequesis; ella concebía la parroquia como la extensión de su vida familiar:

"Bueno, te digo, trabajaba en el equipo pastoral, era guía de la catequesis familiar, me reunía una vez por semana en la parroquia con las demás guías y después acá en nuestro grupo con todos. Tenía mis hijas que habían entrado también a la parroquia y eran animadoras de los niños. Formamos un grupo de solidaridad acá en el grupo, que hasta ahora existe. En ese grupo de solidaridad trabajábamos, por ejemplo, haciendo picarones, ayudándonos entre los que más necesitaban, ahí fue pues que comenzamos con el comedor".

Todas participaban en las actividades propuestas ocupando buena parte de su tiempo libre. Pero para mantener el grupo no eran suficientes la compañía, la solidaridad y la reflexión. Como dice Blanca, otra dirigente,

"Nosotras las mujeres siempre nos juntamos por algo, para recibir, para aprender. No hay tiempo que perder, pues...".

Las signaba una conciencia práctica del tiempo, pues habían aprendido que para conseguir sus objetivos tenían que juntarse y actuar antes que esperar que "alguien" se los resolviera. Rosa apunta:

"Yo ya había aprendido a leer la Biblia, pero si no había otro trabajo ya íbamos a quedar en nada. Entonces, bueno, como primero dijo el padre de los comedores y como vino la gente de los comedores de Comas [distrito popular del Cono Norte], cada uno concurrimos a nuestro grupo y hemos abierto comedores".

No había tiempo para el reposo. La emoción de constituir un nuevo tipo de organización basada en la solidaridad, aunada a la posibilidad de recibir una donación de víveres, tocó de cerca los sentimientos de estas mujeres y motivó adhesiones más estables y comprometidas. Reducir los gastos familiares colectiva y solidariamente, impulsar talleres para generar ingresos, todo bajo el amparo de una

institución protectora como la Iglesia, movió sensiblemente su capacidad de acción.

"Nos dijeron que había pan, que comían con 50 intis, que tenían leche, sus víveres, su taller, que esto que el otro, entonces dijimos que... bueno. Y como también me gustaba las reuniones y ya no quería sacar otro OFASA, comencé a buscar gente, hicimos nuestra asamblea y nos elegimos". (Rosa).

Con ese entusiasmo inauguraron los primeros comedores y se dispusieron a enfrentar los problemas que implicaba construir una organización. En este caso, la idea era atractiva en la medida en que tocaba un punto crítico de sus responsabilidades como amas de casa: la preparación de alimentos. Sin embargo, esa misma razón creaba complicaciones, pues se comenzaba a romper el estereotipo de la familia como grupo aislado y esfera exclusiva de lo privado, concepción que se había enraizado fuertemente en la consolidación de VES.

Al igual que en otras experiencias de fundación de asentamientos humanos, luego de una primera etapa de confluencia e intercambio abierto entre los pobladores, los espacios se fueron cerrando y privatizando. Cuando se hizo posible levantar con ladrillo las paredes de las casas y abandonar las esteras, la reacción inmediata de las familias pobladoras buscó recuperar su intimidad expuesta públicamente en el primer momento (Degregori y otros, 1986). De esta forma se planteaban los nuevos límites entre lo privado y lo público, reservando en la medida de lo posible para el interior del espacio doméstico, las acciones correspondientes a la reproducción familiar. La experiencia de los comedores trastocaba puntos claves de la organización familiar; con la colectivización de la comida se estaba desnudando la intimidad familiar, sin que estuvieran fijados los nuevos límites entre el ámbito público y el privado, entre la acción individual y la colectiva.

De otro lado, la unidad doméstica parecía presentarse como el lugar de expresión de las particularidades propias de cada familia.

Si éstas se ponían de lado para articularse en la organización vecinal, el hogar podía quedar como uno de los pocos espacios de manifestación cultural cotidiana. En el ámbito doméstico y familiar se continuaban desplegando las maneras tradicionales de preparar la comida, de hacer y escuchar música y en general, de estar juntos. Sin embargo, la crisis económica comenzaba a atentar contra estos principios de la vida privada:

"Era primer comedor que era un terror, nadie quería participar. '¡Ay, qué vergüenza!', decían. Tocábamos las puertas: 'Señora, estamos abriendo nuestro comedor, ¿usted no quisiera participar?'. '¡Ay!, ¿qué es eso?, no, no, mi esposo no quiere', y nos tiraba la puerta". (Rosa).

La resistencia fue intensa, pero ante la gravedad de la situación económica la oferta resultaba demasiado atractiva; sin alternativa, muchas mujeres decidieron que era cosa de acostumbrarse. A pesar del miedo y la vergüenza iniciales, las participantes continuaron asistiendo e intercambiando experiencias. Afirmaron aquellos sentimientos de orgullo y dignidad que la propuesta había puesto inicialmente en cuestión. Resolvieron aspectos técnicos y operativos, y aprendieron a distribuir colectivamente las tareas que antes se hacían entre las cuatro paredes de la unidad doméstica.

A pesar de los problemas, encontramos nuestro sufrimiento común

El proceso fue lento y a menudo conflictivo. Como dice Teodora, otra activa participante de la primera experiencia:

"... a veces era bien aburrido, mucho problema con las señoras. Fue difícil hacer el grupo. A veces servíamos la comida y faltaba, teníamos que sacar de cada olla para echar. Después, salía quemado. ¡Ay, era una cosa, era un trabajo!"

Muchos fueron los problemas entre las socias. Tenían que ponerse de acuerdo para comprar, para hacer los menús, fijar la cuota, cocinar, servir, repartir las raciones, todo ello con responsabilidades

delimitadas minuciosamente. La tarea era exigente: no existían antecedentes de una organización de este tipo y había que vencer hábitos y estilos de convivencia arraigados; la cocina colectiva venía a homogenizar esta variedad cultural de cada familia en una literal gran "olla de sancochado". En corto tiempo una experiencia nueva tenía que superar relaciones cargadas con frecuencia de connotaciones emocionales. Este fue uno de los aspectos más difíciles de procesar.

"Otras veces venían, '¡Ay, esto nomás me han dado de comida, qué poquito!', entonces la que servía decía: 'qué cosa vienes a reclamar acá, en la asamblea vas a reclamar tú'. Y a veces no se hablaban de eso no más, se sacaban otras cosas, se agarraban bien feo, o a veces porque la otra le reclamó ya no quería seguir participando en el comedor, decían: '¡Ay, no!, ya me está reclamando, mejor me retiro', esas cosas". (Teodora).

Celos, competencia, chismes y cansancio amenazaban con arruinar el programa, al lado de una gran cantidad de resistencias para asumir responsabilidades:

"A veces también no querían ser dirigentes, nadie quería ser tesorera, nadie quería ser Secretaria de Actas, porque decían que ellas no sabían: '¡Ay, yo no sé!, cómo voy a hacer para Secretaria de Actas, yo no puedo'". (Rosa).

A pesar de todo, continuaron. Un factor que ayuda a entender esta persistencia fue el efecto de abaratamiento de los costos de alimentación; pero igual de importante fue contar con el respaldo de la parroquia que acompañó este proceso, y propició la creación de procedimientos y rutinas que ordenaron el aprendizaje. Como dice Rosa:

"Hay mucha diferencia entre los comedores y OFASA, porque en OFASA no hay eso, porque lo único simplemente que venías y entrabas a tu hora y te dedicabas a sentarte y echar tierra a las zanjás, no te construías, éra-

mos como un robot que las veredas, los colegios puedes levantar pues, ¿no? y queda ahí un monumento más, ¿no? pero la mujer no se construía, no se promovía y no participaba, ¿no?"

La parroquia ofrecía cobertura y seguridad, incluso en aspectos que iban más allá de la administración colectiva de la cocina diaria. Cuando comenzaron a languidecer los primeros comedores, apareció la "madre" Lizi, una religiosa que imprimió una nueva dinámica al momento. Se preocupó por animar y reconfortar a las señoras en lo que consideraba una "cruzada de organizaciones para la vida". Les hablaba de una institución mayor que les podría donar alimentos si cumplían con determinados requisitos, y esta promesa salvó el proyecto. Introdujo por primera vez la posibilidad de contar con un apoyo alimentario regular. Entonces, decía Rosa:

"Comenzamos a hacer nuestras gestiones, los del comedor Santa Bárbara y Santa Resignación. Fuimos a CARITAS primero, fuimos a Comas y en Comas nos dieron una caja de aceite, trigo, leche, avena y toda clase de cosas en préstamo. Nos dijeron, 'ésto estamos prestándoles a ustedes para que hagan su fondo y se compren sus ollas, sus cocinas y cuando ustedes tengan víveres, prestan para otro comedor'".

Los alimentos fueron el estímulo que necesitaban para recuperar el sentido festivo de la organización, siempre y cuando se siguiera garantizando el éxito de su objetivo.

"... esas cosas ya les gustó ya, tener pan a ocho soles, diez soles. Entonces nosotros también comenzamos a hacer actividades, picarones, parrilladas, frejolada para comprar nuestra cocina, nuestras ollas, todas esas cosas".

En el corto tiempo, esta nueva situación derivó en una organización en cadena, con prácticas reglamentadas de vida institucional; con horarios y procedimientos que fueron disciplinando lo que hasta entonces había funcionado cimentado en la intuición y las bue-

nas intenciones. Semanales primero y quincenales después, se fijaron las reuniones en las casas de las presidentas o coordinadoras, donde también funcionaban los comedores. En estas sesiones las mujeres se interrelacionaban, se conocían más e incluso se permitían competir entre ellas:

"Ellas informaban, 'tantas cosas tenemos'; nosotros también informábamos, 'tantas ollas tenemos, esta semana ya somos cinco socias', así".

Este sistema de asambleas de comedores fue socializando los problemas de cada grupo.

"Veíamos que ellas tenían problemas, nosotros también teníamos problemas y comenzamos a mirar que no éramos las mujeres de acá nomás que teníamos problemas, sino que allá en Comas ellas también tenían".

Y poco a poco, rompiendo el aislamiento, primero familiar y luego de cada grupo, estas organizaciones se comenzaron a multiplicar, identificando los problemas comunes y creando procedimientos y espacios para atenderlos. Inicialmente fueron cuatro comedores, a los pocos meses ya eran 15 y al año, en 1983, el número había ascendido a más de 50 en VES, con una atención que cubría entre 20 y 40 familias por cada uno.

"Hicimos nuestros reglamentos y entonces con ese conocimiento, nosotras mismas comenzamos a formar otros comedores y formamos una comisión con comité electoral y asamblea para formar una directiva central de todos los comedores". (Rosa).

La presencia de la religiosa fue determinante, tanto porque ofreció los víveres y la manera de obtenerlos, como por la vinculación que propició con comedores de otros pueblos jóvenes. Como dice Rosa, "encontramos nuestro sufrimiento común". Fue directamente con la ayuda de la "madre" Lizi que las mujeres comenzaron a dinamizar las nuevas organizaciones, elaborando reglamentos y normas

que facilitaban su funcionamiento. A diferencia de los primeros meses, cuando había que improvisar cada paso, el nuevo orden instaurado alivió las tensiones, favoreciendo el trabajo de las socias.

A raíz de estos primeros comedores las dirigentas salieron de la Manzana e incluso de su barrio, y a través de la parroquia asistieron a reuniones en Comas y Collique donde funcionaban organizaciones similares, apoyadas también por la Iglesia Católica y formaron parte de una Central de Comedores.³² Su estatus como dirigentas cambió considerablemente; por primera vez asumían la representación de VES en eventos interdistritales.

Si bien esta inagotable actividad las conectó con otras experiencias de organización en los distritos de Lima, su carácter comunitario de alguna manera las aisló del contexto político del momento. El Estado en un primer momento se desdibujó como interlocutor, sin embargo en los últimos años volvería a recuperar su presencia, como se verá más adelante.

No obstante la automarginación y la falta de claridad en la definición de los límites de estas organizaciones en relación al conjunto social, la práctica en los comedores contribuyó decididamente al aprendizaje de vida pública de las mujeres. "Democratizó" la convivencia entre las participantes; ellas elegían, se asignaban respon-

32. Para Córdova y Gorriti, la centralización ocurre una vez que se logra un grado óptimo de organización interna y por la agudización de la crisis económica. Los criterios de centralización pueden ser: las características comunes, la gestión de los asesores, la territorialidad o la confluencia de éstos.

La AFEDEPROM fue una de las primeras centrales de comedores en Lima. En 1982 centralizaba a más de 40 comedores a los que se sumarían desde 1983 alrededor de 50 comedores de VES. Existen coordinadoras de comedores en distintos barrios y distritos populares que no reúnen a todos los comedores del lugar, existen además centrales, que aglutinan a un mayor número de organizaciones y tienen delegación y representación común. Actualmente, la instancia más importante de centralización es la Comisión Nacional de Comedores que en 1988 reunía a 800 comedores autogestionarios y parroquiales a nivel de Lima Metropolitana y hacia fines de 1990 por efecto del Programa de Ajuste aplicado por el gobierno de Fujimori, se calculan aproximadamente 4,000 los comedores autogestionarios en Lima Metropolitana. A esta cifra se suman otros 3,000 comedores apoyados por el Programa de Asistencia Directa e innumerables ollas comunes en los diferentes asentamientos populares.

sabilidades, buscaban acuerdos y propiciaban el diálogo. Afirmaron la convicción adquirida en las asambleas vecinales, acerca de la necesidad de elaborar reglamentos y normas internas de funcionamiento para asegurar la continuidad de la organización. De otro lado, contribuyó a que las dirigentas perdieran el miedo a relacionarse con otras instituciones, aun cuando se circunscribieran al ámbito femenino. En la práctica amplió el espacio de acción de estas mujeres como dirigentas, constituyéndose en el inicio de una incipiente identidad de género alrededor de los "sufrimientos comunes", aunque ello después no figurara ni mucho menos se desarrollara entre los objetivos explícitos de sus promotoras.

6. El combate por la autonomía y los víveres

A diferencia de la organización vecinal que aparecía más bien como un escenario de aprendizaje desarrollado en la práctica misma; por contraste con los grupos comunales de OFASA, que daban lineamientos y órdenes verticalmente, la parroquia propuso la formación de organizaciones femeninas y guió su proceso de constitución y desarrollo. Era una institución "externa" que acompañaría la redefinición de los espacios privado y doméstico, público y colectivo en la vida de estas mujeres populares.

Las nuevas dirigentas vecinales, sin mucha trayectoria en este campo, debieron aprender observando y probando sus fuerzas y experiencias. La Iglesia Católica, los centros de educación popular y las organizaciones feministas, fueron las instituciones que se ocuparon directamente de capacitarlas.

En este sentido, el proceso de afirmación de Rosa como dirigente expresa la importancia de la asesoría de la parroquia. Ella con mucho esfuerzo había construido sólidamente su liderazgo. Si bien como fundadora del primer comedor había conseguido la ayuda del párroco y de la religiosa Lizi, valoraba altamente su propio esfuerzo y el de sus compañeras. No se habían contentado con cumplir órdenes, recibir víveres y repetir las ideas de los asesores; antes bien, habían trabajado con mucho esfuerzo. Su dedicación y empeño estaban dando frutos visibles en la constitución de muchos otros co-

medores, que se centralizarían luego con los surgidos en diferentes distritos. Así, el reconocimiento de los asesores no las ablandaba al punto de desconocer complacientemente su propia actuación.

Pero algunos miembros de la parroquia tenían otra percepción de lo que estaba ocurriendo. Fue ella quien las había propuesto inicialmente, les había dado los víveres y la asesoría y por lo tanto, parecía natural que las organizaciones aceptaran requerimientos sobre cómo actuar social y políticamente, hasta dónde y con quién vincularse. Esta diferencia de óptica entre los asesores y las dirigentas pronto se convirtió en conflicto.

El gobierno de Belaunde, en 1983 consideró que los pueblos jóvenes eran cuna de senderistas y para combatir el terrorismo, inició redadas nocturnas en diferentes barrios populares de Lima. Durante una fiesta de jóvenes en el Centro de Comunicación Popular, un destacamento de la Guardia Civil entró a maltratar a los muchachos; se dijo incluso que les habían robado sus pertenencias. Quienes se pusieron verdaderamente furiosas fueron las madres. Con la experiencia que habían adquirido recurrieron a su organización, a los comedores y a la central AFEDEPROM, para exigir al alcalde organizar una marcha de protesta contra el gobierno. Hicieron una movilización multitudinaria, y se logró hacer valer los derechos ciudadanos y alertar al gobierno sobre la capacidad de los pobladores para responder a estas asonadas de violencia.

Por primera vez la organización había desbordado su objetivo inicial, asumiendo una función política. Las socias se dieron cuenta que a través de AFEDEPROM podían ejercer mayor presión y ser más efectivas en sus reclamos, que si hubieran asumido el problema sólo en su condición de madres de familia.

Sin embargo, esta iniciativa fue aprovechada por un sector de la parroquia, que venía observado con fastidio lo que interpretaba como liberalidad de la directiva para tomar decisiones propias y, sobre todo, para exponerse en episodios de carácter político.

Las dirigentas que habían participado en la coordinación de la

marcha fueron censuradas por el párroco, quien intentó quitarles el derecho a seguir recibiendo víveres por haberse metido en política. Como cuenta Rosa:

"Un día estábamos en la casa de una profesora y nos vio todas decaídas. '¿Qué es lo que está pasando?', nos comentó ella, 'Vengan a la casa, vamos a hacer una evaluación aquí'. Es que hemos hecho una marcha por la paz y la justicia acá en Villa, y cada comedor, como son casi veinte, treinta mujeres por cada comedor, habían salido como quinientas mujeres o más, de AFEDEPROM. Entonces como el párroco no estaba de acuerdo, había ido donde Monseñor X X y a Caritas diciendo que nosotros estábamos utilizando todas las mujeres y que era falso que iban a poner estado de emergencia en Villa El Salvador".

Pero las mujeres se dieron cuenta que no estaban solas; la profesora mencionada las acogió y las escuchó.

"Nosotras queríamos paz y justicia en Villa, ¿no? Porque en esos días en el Centro de Comunicación habían reuniones de chicos, nuestros hijos, hijos de las señoras y de las vecinas, que habían hecho una fiesta y los policías se habían metido y les habían pegado a los chicos, les habían robado sus relojes. De acá, a muchos hijos los habían llevado a la comisaría. Nosotras no sabíamos cómo hacer nuestra protesta, ¿no? Entonces dijimos, vamos a hacer una marcha a nivel de Villa El Salvador porque esto está pasando y le planteamos al alcalde. Muchas madres mismas en las asambleas de base manifestaron que a sus casas se habían metido y les habían rebuscado sus cosas, ¿no?, entonces no era justo, a madres humildes no tenían por qué rebuscar y en algunos casos se habían llevado hasta sus cosas, cómo pues no habíamos de participar".

Aunque el móvil aparecía siempre vinculado a la motivación doméstica, la propia realidad iba radicalizando las opciones de las

pobladoras, llevándolas crecientemente al plano político. A partir del objetivo inicial concreto, las mujeres se fueron relacionando con instituciones como el municipio, al que consideraron como el canal adecuado para protestar ante el Estado por los abusos de la represión.

Si la movilización era justa y prácticamente la habían convocado ellas, no se explicaban por qué el "padre" las amenazaba con quitarles los víveres. Ellas, a su juicio, no habían cometido ninguna falta que justificara esa medida. Decían: "¿cómo, pues, no íbamos a participar?"; era parte de su deber de madres velar por la seguridad de sus hijos. Los víveres no los percibían ya como una mera donación ante la cual debían estar reconocidas. Ellas los habían conseguido; es verdad que con la ayuda de los asesores, pero sobre todo a través del trabajo organizado, de los trámites y las gestiones que tuvieron que realizar. Se trataba de un derecho adquirido con esfuerzo y trabajo. De otro lado, parte del acuerdo con la parroquia había sido enseñar y compartir su experiencia con otras señoras, lo que se volvió evidente cuando los comedores se empezaron a multiplicar. La situación resultaba entonces muy confusa para las dirigentas.

Pero el problema no se presentaba sólo con el párroco, algunas dirigentas de comedores habían decidido apoyar a éste contra sus compañeras. Aceptaron la acusación, se disculparon y respaldaron al sacerdote en su decisión de recortar los víveres a las que no dieran marcha atrás. Con esto imaginaban preservar el vínculo con la institución y asegurarse la dotación de alimentos. Si bien esta reacción de sus compañeras la afectaba, Rosa parecía comprenderla. Tanto la reacción de quienes se adhirieron al párroco como la suya, mostraban una manera de procesar el incidente que es muy propia de la vida popular, en la que se toleran las deserciones si éstas parecen motivadas por la amenaza de perder algo útil o de importancia para la vida familiar. Se admite como normal que el hambre o la precariedad puedan hacer claudicar a algunas personas de sus lealtades. Sin embargo, al plantear que la pérdida de los víveres podría significar el desmoronamiento de los vínculos conseguidos, también se ponían en evidencia los límites de la organización popular.

"Muchas señoras, todas las del II Sector se quedaron con el padre porque ellas han vivido con el padre, porque es bueno, y además han tenido confianza en el padre porque es la Iglesia. AFEDEPROM era diferente, no era iglesia, entonces pensaron que en cualquier momento se quedaban sin nada casi como lo que iba a pasar. Yo decía, nosotros somos independientes, nosotros no somos iglesia. Está bien que estamos haciendo cosas; está bien que nosotras estemos haciendo las cosas del evangelio, estamos evangelizando a la gente, pero no somos de la Iglesia, no es parroquial". (Rosa).

Otras dirigentes mostraban una visión distinta. La organización que había crecido bajo el manto de la Iglesia, en tanto se autocalificaba como autónoma comenzaba a cumplir otras funciones más allá de la alimentación. Esto pasaba a ser tan importante como continuar con las tareas originales. La ampliación del ámbito de la acción organizada exigía preservar la autonomía y ejercerla para presionar, exigir y movilizarse cuando así lo creyeran conveniente. El énfasis en decir: "nosotras no somos de la Iglesia", estaba afirmando de manera rotunda su espacio de acción independiente.

En ese sentido, la convicción de justeza de su movilización les otorgó seguridad para enfrentar y defender su posición, tanto individual como colectivamente. Los temores de las primeras épocas sobre cómo actuar y relacionarse con los directivos, se fueron superando por la experiencia, el conocimiento y el manejo de la organización que ahora demostraban tener. Por eso se atrevieron a afirmar categóricamente su autonomía y se dieron cuenta del manejo que el sacerdote estaba imprimiendo a la situación:

"O sea que la comunidad cristiana quería formar comedores aparte de la organización de AFEDEPROM para que todos estos víveres pasen ahí y a nosotros dejamos sin nada. Entonces nosotros no queríamos eso". (Rosa).

Emplazaron al padre para que se explique:

"Díganos, ¿qué cosa no le gusta? 'Me gusta todo', contestó. Total al final de cuentas dijo, que a él le gustaba que las mujeres participen, que sean dirigentes, que participen en las asambleas, que compartan, que vean casos sociales..., ¡pero eso es lo que estamos haciendo! Entonces, a total de cuentas, ¿qué es lo que quiere? ¿que AFEDEPROM cambie sus estatutos y se vuelva de la parroquia y entonces usted nos dirige? No entendemos, ¿qué quiere padre?...

Entonces él dijo: 'no, está bien, a mí me gusta todo el trabajo de AFEDEPROM, pero simplemente no me gusta que cuando ustedes tengan marchas lleven a las mujeres'. '¿Qué cosa quiere que hagamos, que los comedores se conviertan en qué? ¿Por qué no podemos ir a hacer la marcha cuando es la necesidad de nuestro pueblo, de nosotros mismos, además no vamos a obligar a las mujeres que vayan, pero es importante que el pueblo se manifieste y, ¿por qué no van a salir los comedores? Nosotros no hemos dicho en ningún momento que ustedes (los sacerdotes) no van a comer, no van a vivir, no van a tomar, ustedes pueden y hacen lo que quieren. Nosotras, además, somos autónomas en nuestra organización, ¡usted no puede meterse de esa manera!'" (Rosa).

Algo estaba a punto de estallar. Las mujeres se sintieron muy heridas en su autoestima y en su capacidad para actuar públicamente. ¿Por qué alguien *que no* fuera su asesora tenía que venir a decirles cómo era la organización? Al mismo tiempo que reclamaban ante el cura, comprendían que para continuar con su programa de comedores tenían que desarrollar una estrategia alternativa. La autonomía reconocida formalmente, en la práctica se contradecía con la dependencia real a los alimentos que hasta ese momento controlaba la parroquia. Y continuaron:

"Bueno, al final de cuentas hicimos un documento y fuimos a CARITAS. Ahí nos dijeron primero: '¿Qué AFEDEPROM, qué AFEDEPROM?, tonterías, usted cuando

venga otro día diga que es el comedor nada más'. Ahí nos calentamos, vuelta dijimos: '¡No puede ser! nosotros somos una organización, somos federados, tiene que respetarnos como tal'. De ahí, hemos formado una comisión, fuimos a CARITAS de todo AFEDEPROM, de Comas, de Collique y de Villa; las tres zonas, de la central de centrales tenemos una directiva, ellos han ido con nosotras a plantear. Llevamos nuestro documento, le hicimos firmar al cura de aquí abajo diciendo que estoy de acuerdo con esto, con esto y respaldando la firma del cura y de la comunidad cristiana. Eso lo tengo hasta ahora ahí, uno lo hemos llevado al párroco, otro a Monseñor X X, otro a CARITAS, yo lo tengo acá firmado por ellos. Desde ese día, no nos molestan hasta ahora. Así nos hemos liberado de la parroquia". (Rosa).

Las mujeres habían adquirido conocimiento suficiente de las instancias a las que podían acudir, de cómo presionar con eficacia, así como de las formalidades necesarias para exigir sus derechos. Además, la existencia de una "central de centrales", como ellas la llamaban, las protegía y les daba cobertura. No estaban solas, eran parte de una organización que comenzaba a ser funcional en la tarea de obtener alimentos, o para algunas dirigentas, un escenario de desempeño como "personalidades notables". Todo ello conformaba una plataforma favorable para catapultar sus reclamos como socias, pobladoras y ciudadanas.

Fue muy importante la convicción de haber conquistado el derecho a recibir alimentos, frente a actitudes suyas de otros momentos marcadas por el sello de la dependencia de méritos, ruegos o súplicas como condición para ser beneficiarias. Una creciente percepción ciudadana las fue alejando lentamente de ese tipo de dependencia.

"Entonces nos hicieron llamar acá. O sea que el párroco estaba haciendo que pasen todititos los comedores, los víveres pasen a la comunidad cristiana. Entonces nos pusimos a llorar todas, dijimos, '¡cómo va a ser eso!'. No sa-

bíamos qué hacer. Y parece mentira. Está bien, las mujeres no se dejan... a veces la gente cuando a veces no saben ahí mismo rápido se dejan apagar, ¿no?". (Rosa).

Finalmente, el conflicto fue superado a través de un nuevo paso de la organización hacia su autonomía. Desde 1987 las mujeres organizadas de AFEDEPROM cuentan con un terreno que comienzan a construir ellas mismas.

"(El 'padre')... nos mandó una carta que ya no nos va a permitir que sigamos haciendo asambleas en la parroquia. A raíz de eso nos hemos comprado nuestro terreno acá en el grupo 24, como nosotros teníamos ganancia porque vendemos el pan, hemos ahorrado 22 millones y con eso hemos pagado. Ahora el terreno es de propiedad de AFEDEPROM de Villa. Las señoras están de acuerdo. También tenemos una comisión encargada de cuyes. Tenemos 80 cuyes y rotamos para cuidarlos". (Rosa).

Esas mujeres que se acercaron, temerosas y dispuestas a aceptar los planteamientos que les formulara una institución externa, terminaron discutiendo los problemas de representación, y luego abordando temas de gestión y de generación de ingresos. En este caso, la reacción al declive del asistencialismo, amplió los márgenes de la autonomía.

Es cierto que la labor de las parroquias estableció las primeras reglas y contenidos del trabajo. Sin embargo, las mujeres desbordaron el cauce inicialmente previsto, concientes de las posibilidades que les otorgaban los nuevos márgenes de poder.

7. Con la política sí, porque somos politiqueras, pero partidariamente no

Los partidos buscaron intervenir en este proceso que se desarrollaba al margen de su influencia, caracterizado por un tono netamente local y comunitario. Estas organizaciones políticas actuarían utilizando

distintas estrategias: la captación de sus dirigentas y la búsqueda del apoyo de las participantes; la instrumentación del movimiento femenino en los conflictos internos o los que mantenían con otras organizaciones; o bien, interviniendo con un propósito más general de expandir su influencia, ganando nuevos militantes y adhesiones.

Frente a estos intentos de cooptación, la respuesta de las dirigentas fue de distancia y recelo, con los mismos matices observados en el despliegue de estrategias de relación con las otras instituciones externas. De hecho no todas las mujeres reaccionaron igual al asistencialismo y la búsqueda de apoyo.

Una primera diferencia se encontraría en la reacción de las dirigentas y de las bases.

Las bases en general desarrollaron un comportamiento adicto a los ofrecimientos asistenciales. Les importaba ante todo el "qué me van a dar". A nivel dirigenal se observaría en cambio, un comportamiento diferenciado entre las dirigentas mayores, "las fundadoras", aquellas que pertenecían a la generación intermedia, y las más jóvenes.

Mientras las organizaciones promovidas por influencia gubernamental sugerían un comportamiento clientelista, las dirigentas de las organizaciones promovidas por la Iglesia y las ONGs, desarrollaron una actitud distinta:

"Con la política sí, porque todas somos politiqueras, pero partidariamente no. Nosotros, si el APRA hace el bien del pueblo, para su organización, estamos para convivir con él y para apoyado. Si la izquierda está haciendo muy bien, también estamos con ellos, porque lo que queremos es el bien para nuestro pueblo, ¿no?, y para apoyarnos también más que nada, ¿no?, no vamos a estar adorándolo sólo a un partido". (Concho).

Esta cita expresa con claridad la opinión de un importante sector de las mujeres organizadas, acerca de la política y la relación

con los partidos, actitud similar a la esgrimida frente a la Iglesia cuando se planteaba con ella el tema de la autonomía.

El término *política* tenía para ellas connotaciones muy ambiguas: por una intensa participación en la organización vecinal, era una palabra de uso generalizado, a la vez que se le rechazaba por estar connotada de una cierta tradición partidaria. Ello determinó que muchas dirigentas vieran con distancia a los partidos, o decidieran alejarse abiertamente de ellos.

El pragmatismo y el concepto de relación instrumental, expresados en "el bien para nuestro pueblo", no era un objetivo de largo plazo. Significaba mejorar el nivel de bienestar, o simplemente poder comer y sobrevivir. En esta perspectiva, cualquier ayuda y cualquier partido servían como donantes, y las mujeres participaron en las manifestaciones políticas sin comprometer la posibilidad de recibir de unos y otros.

En este punto también emergió la resistencia sobre todo de las dirigentas mayores para asumir los riesgos de una opción política en organizaciones con una prédica revolucionaria. Su discurso las atraía y atemorizaba al mismo tiempo, porque ponía en cuestión su impulso a luchar más bien por cuestiones como el arraigo y la estabilidad; por vivir mejor, con más comodidades y menos complicaciones. Este "oportunismo" popular se enfrentaba directamente a la opción militante de las propuestas ideológicas totales.

Hay que señalar que la actitud recelosa de estas mujeres frente a los partidos, se cimenta también en la sensación de manipulación y falta de respeto que mostraban hacia el trabajo impulsado por ellas

"Como todo el mundo sabe, lo de la participación de la mujer, también lo han comprendido los partidos. Se meten a las organizaciones que van a ser gremiales y vienen a ofrecer cosas, ofrecer víveres, ofrecer trabajo y organizan aparte a las mujeres. Entonces hay un choque, pues las dirigentas se han esforzado en organizarse como or-

ganización sin ningún partido político y viene el partido político y las participantes se van para el otro lado porque ahí les van a dar las cosas. Viene el choque entre las mismas vecinas, ¿no?, y las vecinas empiezan a decirle a la dirigente: no queremos saber nada con usted, porque usted no ha hecho nada por el grupo". (Rosa).

El conflicto se planteaba menos en el terreno ideológico que en el plano organizativo. La competencia con el partido se agudizaba cuando la organización perdía espacio y participantes, es decir, cuando se veía afectada su dinámica interna de operación. Por otro lado, las mujeres temían integrarse a una maquinaria en la que ellas no tuvieran posibilidades de influir. Preferían un trabajo más directo entre los vecinos, menos condicionado a imposiciones político-ideológicas que no entendían claramente. Ponían distancia a consignas que percibían como restrictivas de su autonomía, poco transparentes y hasta engañosas.

No parecía ser un rechazo a la política sino más bien la necesidad de distinguir entre organización social, comunal y partidaria, para evitar la expropiación de su trabajo, o para sortear los riesgos de someterse a una institución y así perder el apoyo del resto.

¡Qué! Si el partido somos nosotras

En el caso de las dirigentes más jóvenes, la mayoría inició su experiencia partidaria antes de ser madres y miembros de las organizaciones femeninas. En VES, el cambio de la década supuso también el paso de la generación de los grupos juveniles y políticos de los 70, a una nueva dimensión del trabajo político distrital y nacional en los 80. La transición a la democracia y la agudización de la crisis económica, coincidieron con la maternidad en el caso de las mujeres, y en los varones, con las nuevas responsabilidades dentro del Concejo Municipal y de la CUAVES.

Hombres y mujeres jóvenes asumieron nuevas obligaciones, unos en el ámbito público, las otras en el privado. Hasta ese momento, la militancia política igualaba en la práctica a varones y mu-

chachas. Es probable que dentro de los partidos desempeñaran roles diferenciados, pero parecería que en VES, a diferencia de otras células distritales de trabajo político, la discriminación de responsabilidades por sexo no había sido tan significativa. La maternidad sí alteró en cambio la disponibilidad de tiempo y dedicación a la vida política de las mujeres, en el mismo momento en que los jóvenes comenzaban a desempeñar roles de dirigencia distrital y a asumir los cargos públicos.

Este bloqueo que experimentarían las jóvenes en su desempeño público encontraría una forma de resolución a través de las organizaciones femeninas, imprimiéndoles un nuevo carácter a muchas de ellas y en particular a la FEPOMUVES.

La lucidez de estas nuevas dirigentas se plasmó en la capacidad de entender los engranajes políticos con los que funcionaban los partidos, y comprender que era necesario preservar la independencia de las organizaciones femeninas para que éstas sean eficaces en sus objetivos concretos. El tema de la acción política pasaba a un segundo plano. Tenían los conocimientos necesarios para desarrollar una estrategia en esta dirección. Sin renegar de sus convicciones, reconocieron y mantuvieron las diferencias entre la organización funcional y la política, haciendo crecer a ambas en los aspectos de la democratización interna y la construcción institucional. Esta constituyó una nueva manera de articular el vínculo entre las organizaciones y los partidos. Un estilo inédito de participación influyó por igual a ambos tipos de escalones sociales.

Cuando las jóvenes madres con trayectoria militante ingresaron a las organizaciones femeninas, comenzaron a aplicar sus prácticas y rutinas de la experiencia anterior a las reuniones de las mujeres. En consecuencia, éstas se tornaron más disciplinadas, se llevaban a cabo con agenda previa, brindando así oportunidades más favorables para la discusión, la capacitación y la formación de las participantes. Se entablaron relaciones menos instrumentales porque se buscó ampliar la escena de acción local y los márgenes de conciencia social de las bases. Las tareas se distribuyeron más ordenadamente, con límites a las responsabilidades y turnos, facilitando la participación

activa de un número más significativo de mujeres en tareas de mayor significado.

Este efecto no fue sólo privilegio de la formación obtenida como exmilitantes o dirigentas de partido, también la experiencia de grupos juveniles liderados por la parroquia reforzó un estilo de participación, característico de las dirigentas de VES.

CAPITULO IV

Alientos y sinsabores en la
construcción de una institución:
la Federación Popular de
Mujeres de Villa El Salvador

1. La oficialización del asistencialismo

Los primeros años de la década del 80 fueron particularmente intensos en programas de asistencia social, propiciando una diversidad de estrategias populares de defensa frente a la crisis en las zonas pobres de la ciudad. En VES aparecieron nuevos proyectos de este tipo, que se sumaron a los convenios existentes entre la CUAVES, los organismos nacionales e internacionales, y las agencias filantrópicas, desarrollados entre 1979 y 1981. La política liberal ensayada por Belaúnde³³ trajo consigo el reforzamiento de la acción asistencial, que se expresó en una serie de nuevos acuerdos suscritos con Cooperación Popular COOPOP, la oficina de acción social de gobierno que canalizaba el apoyo entre las agencias internacionales y las organizaciones populares de base.

En este marco, en marzo de 1982 se crearon las "cocinas comunales de la señora Violeta", como se conoció a las nuevas organizaciones femeninas impulsadas por el gobierno. Estas, recogiendo la experiencia de los comedores populares impulsados por la Iglesia, buscaron crecer con el reconocimiento y la cobertura del Estado, que les ofrecía líneas directas de subsidios. De esta manera surgieron las organizaciones de construcción de locales escolares con participación vecinal, los talleres de trabajo femenino con fondos de UNICEF y de OIT, y nuevos convenios de arborización. La oferta

33. Sobre este punto ver Cotler, 1988; Grompone, 1989.

se articulaba nuevamente en la dotación de víveres a cambio de trabajo comunal.

En esta tensión entre democracia y crisis, se ampliaba el abanico de las instituciones asistenciales inicialmente promovidas por las agencias filantrópicas de la Iglesia que tenían a la ONAA como contraparte nacional. Lo nuevo aparecía bajo la forma de un partido de gobierno que intervenía directamente a través de su sector asistencial, con lo cual la organización femenina de sobrevivencia adquiriría una cierta legitimidad en el ámbito público. La existencia de las cocinas familiares no aseguró sin embargo el reconocimiento de todas las organizaciones femeninas, sino únicamente de aquellas formadas por COOPOP y circunscritas a sus reglamentos.³⁴

El mecanismo de acción social que inauguraba el gobierno, otorgaba un estatus nuevo a la organización femenina como canal de participación popular, de presión y reivindicación frente a la crisis.

Pero no sólo el Estado o el partido de gobierno advertían los alcances e implicancias de la organización femenina en el desarrollo de esta base social que aspiraba a ubicarse de diferente manera frente al escenario de acción política. En el nuevo marco democrático, los partidos de izquierda también se acercaron a las dirigencias femeninas, y consiguieron entablar relaciones con ellas. En algunos casos los vínculos surgieron de contactos individuales, en otros de una perspectiva institucional que buscaba la cooptación.

La relación entre estos partidos y las organizaciones sociales seguía siendo tan estrecha, que una buena parte de los dirigentes populares eran a la vez militantes partidarios o representantes políticos elegidos ante el parlamento o el municipio. Esta duplicación de funciones políticas, por un lado, favorecía la canalización de sus intereses pero por otro, en el largo plazo, se convertiría en un grave problema para la organización popular, en la medida en que se fusionaban los intereses de ambas, en desmedro de la autonomía de

34. Para mayor información sobre estas organizaciones, ver Córdova y Gorriti, 1989.

las agrupaciones sociales. Si bien se intuía el problema, la situación no ofrecía alternativa para éstas, ya que no contaban con dirigencias intermedias que ocuparan los cargos dejados vacantes por los ahora funcionarios. De ahí que los eventos y manifestaciones populares aparecieran como la expresión del trabajo de los partidos de izquierda o de la pugna entre ellos por su hegemonía antes que como la fuerza de las agrupaciones sociales.

En este contexto, en octubre de 1982, la recientemente formada Secretaría de la Mujer de la Federación Departamental de Pueblos Jóvenes del Perú FEDEPJUP, organizó el Primer Encuentro de Mujeres de Barrios Populares. Todo indicaba el reconocimiento a la importancia del fenómeno organizativo femenino en los pueblos jóvenes. Sin duda esto no reflejaba el interés de la jerarquía gremial y política, siempre renuente a integrar a su agenda las reivindicaciones de las nuevas organizaciones femeninas. Era expresión más bien de la fuerza de un nuevo sector de mujeres dirigentas y militantes que habían luchado intensamente por ser aceptadas. Irrumpía un nuevo movimiento social de mujeres populares, aunque sus posibilidades de representación política eran todavía muy inciertas. La fragmentación de intereses sociales de sus participantes, sumada a la diversidad de orientación de sus promotoras, dificultaron la elaboración de una agenda política que articulara la heterogeneidad y diera al movimiento una representación política integrada. Las características de esta etapa fueron la improvisación de delegaciones y representaciones, así como la pugna de las militantes con sus partidos para que éstos reconozcan la importancia del fenómeno, y se muestren dispuestos a incorporar las propuestas femeninas a sus planes y programas.

En el ámbito vecinal no se perfilaba todavía un sector de mujeres que representara a las organizaciones existentes. Antes bien, su dispersión, su excesiva localización y aislamiento, dificultaban la relación con otras instancias de participación popular e instituciones político-partidarias. Por este motivo al Encuentro asistieron las dirigentas femeninas y barriales que se encontraban de alguna manera ligadas a los partidos de izquierda. Acudieron como militantes o simpatizantes, antes que como delegadas de grupos de mujeres. No obstante, la participación de algunas pobladoras de VES en sus se-

siones, constituyó un hito clave en la posterior conformación del movimiento femenino del distrito.

El contacto con dirigentes de otros barrios populares y partidos resultó de capital importancia para ellas, pues les amplió su marco de referencia político y social. Las participantes volvieron al barrio con nuevas ideas y ambiciones, intuyendo las posibilidades que surgían para las mujeres de aglutinarse en torno a otros temas, mas allá del problema doméstico concreto. Comenzaron por reunirse con las dirigentes de las otras organizaciones y de los partidos, en procura de mejorar su formación política.

2. Primeros intentos de centralización

"En la época de la arborización, los primeros que trabajaron por las mujeres han sido los del Centro de Comunicación. Ellas convocaron a un primer encuentro de las mujeres que trabajaban en los comités de arborización en el Centro de Comunicación Popular, de ahí las mujeres empezaron a discutir y decir por qué tienen que ser utilizadas por OFASA y por ONAA, por qué les imponían cosas, por qué ellos les decían quién tenía que ser dirigente y quién no. Entre estas mujeres estaba también Lucila, estaban las señoras del primer sector, y otras más". (Francisca).

"Se creó entonces el grupo '23 de abril' al cual yo pertenecía, Micaela Bastidas, y otros cinco o seis grupos de mujeres donde nos reuníamos una vez por semana para dialogar sobre nuestra situación". (Pilar).

En efecto, el Centro de Comunicación, por iniciativa de maestras y de liderezas vecinales vinculadas a la UDP, fue el primer lugar de encuentro de mujeres dirigentes de distintos grupos femeninos, con la idea de discutir acerca de las condiciones de su organización y las relaciones con las instituciones externas.

Ya en abril de 1982, las dirigentes del Centro con las promo-

toras de una institución feminista, habían llevado a cabo un cursillo dirigido a las mujeres que participaban en los programas asistenciales. Sus objetivos habían sido promover la toma de conciencia sobre la relación de dependencia con las instituciones, y la manipulación de que eran objeto en la recepción de los víveres. A estas primeras iniciativas se sumó el interés de quienes habían participado en el Encuentro, y en pocos meses se montaron una serie de grupos de trabajo y discusión de mujeres con dirigentes políticos, en los que también se incluyeron algunas instituciones asesoras. Se perfilaba un movimiento importante y la cuestión del liderazgo y la "hegemonía" no tardaron en aparecer.

Las dirigentas de la UDP estaban interesadas en vincular la problemática de las organizaciones femeninas al movimiento vecinal y barrial, para lo cual debían ir convocando al conjunto de organizaciones femeninas en torno a temas políticos. Otras dirigentas del frente UNIR, lideradas por Lucila Contreras, buscaron impulsar una Central de Mujeres con la finalidad de "...organizar a las mujeres para recibir víveres y evitar la manipulación de las agencias donantes". En este proyecto, el sector femenino aparecería necesariamente organizado al margen de la CUAVES, y la medida más inmediata y de mayor trascendencia era el apoyo a Contreras para representar a VES ante la FEDEPJUP. Esto convenía tanto a la dirigente en su carrera política, como al UNIR, y en particular a Patria Roja, partido del cual su esposo era militante. Intereses personales, familiares y políticos coincidían en este caso para definir el futuro de la organización femenina de VES.

Lucila, la primera

Hacia mediados de 1983, Lucila Contreras fue elegida por los pobladores como una de sus representantes ante la Agencia Municipal de VES en Villa María del Triunfo, oficina interina que se creó para velar por los intereses de los vecinos de VES, mientras se constituyera el municipio.³⁵

35. Los mismos pobladores habían solicitado esta instancia pues precisamente durante la transferencia de funciones al nuevo municipio, estaban siendo objeto de

Lucila participó inicialmente en las reuniones del Centro de Comunicación Popular, pero a sugerencia de su marido decidió continuar por su lado:

"...entonces mi esposo me dice: 'sería bueno un movimiento de mujeres porque así ustedes pueden participar solas y nadie les va prohibir'. Entonces nosotras hemos dicho, para qué pues vamos a esperar tanto, mejor es que en cada Grupo Residencial formemos un club". (Lucila).

Gracias a su estatus de concejal, Lucila se permitía movilizar a las mujeres de los Grupos Residenciales agrupándolas en comités de limpieza y grupos de trabajo comunal promovidos por OFASA, en virtud de una gestión anterior. Luego las convocaría a una organización más grande. Recuerda una compañera de Lucila la reunión a la que asistió en aquellos días:

"Me acuerdo a una cantidad enorme de mujeres que se aglomeraron ahí, ¡más de cinco mil mujeres! Yo realmente me sorprendí bastante, pero esas mujeres venían con algo que las ha motivado venir, ¿cuál es el objeto de toda esta organización? ¿qué se van a llevar, qué es lo que van a dar? decía yo. La líder era Lucila Contreras y ella decía, aparte de los alimentos, nosotras todas tenemos un trabajo que nos espera —que era el barrido de calles— porque de alguna manera el alcalde, que es Michel, de Izquierda Unida, nos va a dar un apoyo, un trabajo". (Ernestina).

Con la promesa del trabajo estable y la defensa de los víveres, Lucila despertó inmensas expectativas en gran cantidad de mujeres del distrito que nunca antes habían sido convocadas masivamente. Hasta ese momento sus experiencias se había circunscrito a intervenir en grupos reducidos y aislados entre sí, salvo la organización de comedores, que en aquel momento (mediados de 1983) era aún

cobros indebidos de rentas y tributos por parte de las autoridades municipales de Villa María del Triunfo.

incipiente. Por primera vez se encontraban miles de mujeres juntas, alrededor de puntos vitales para ellas: alimentación y trabajo asalariado; la sensación de fuerza y capacidad de presión, rememoraban momentos anteriores de acción colectiva durante los primeros años de la fundación. Ello fue determinante para definir las adhesiones. De otro lado, en su ofrecimiento Lucila estaba comprometiéndose al nuevo alcalde, que era un conocido dirigente de la UDP. De incumplir, la responsabilidad también recaería sobre él, su gestión y el frente político al que representaba.

El éxito de la primera gran reunión la fue animando para continuar, ahora con el objetivo de formar una Federación de Mujeres. Diseñó una estructura orgánica sobre la base de los Comités de Limpieza y algunos grupos de arborización de los Grupos Residenciales más cercanos al suyo. Con ellos en la base se conformarían los Clubes de Mujeres, células básicas de la Federación. Ante una considerable segmentación de las organizaciones femeninas, resultaba medular la centralización alrededor de dos puntos únicos.

El primer inconveniente se presentó cuando en la convocatoria para formar la Federación de Mujeres, Lucila prescindió de las integrantes de grupos que no fueran los de limpieza y arborización, sobre los cuales tenía directa influencia. Este hecho alertó a las dirigentas del Centro de Comunicación y de las otras organizaciones, cuando supieron que no habían sido notificadas para asistir a la asamblea propuesta por Contreras. ¿Cómo era ésto de pensar en una Federación cuando no existían bases articuladas entre sí, acuerdos previos sobre la organización y su dinámica, ni una convocatoria unitaria?

Las dudas comenzaron a crear un clima de suspicacias alrededor del nuevo proyecto. Muchas dirigentas coincidieron en que el objetivo que guiaba a Lucila y a su marido, era aglutinar nuevas bases de apoyo para el frente UNIR.

"Yo quiero decir que lo de la Federación nace por Patria, o sea, no nace por una iniciativa de las mujeres de Villa El Salvador, sino del partido político Patria Roja. Si bien es cierto que existían los Clubes de Madres y otras or-

ganizaciones, no fueron convocados para la Convención, o sea, no se rescató lo que ya existía de organización. Lo que interesó a Patria Roja fue captar a las mujeres de Villa El Salvador. Sabían que eran fácilmente convocadas en torno a los víveres; uno con víveres podía convocar cualquier cantidad de mujeres; entonces eso rescató Patria para utilizarlas, tratando de centralizar el movimiento femenino. Para esto, ¿qué hacen? Lucila llama: 'te conozco, oye María ven pa'cá, ¿quieres trabajar? ¿quieres víveres? ¡ya!, júntame veinte mujeres, tú las comandas a esas veinte mujeres y yo te doy víveres'. Y así fue. Entonces la otra mujer, su vecina, se enteraba y armaba otro grupo".

Las suspicacias podían tener bases reales porque la UDP en ese momento ya tenía hegemonía en la CUAVES, Azcueta había ganado las elecciones municipales, y sus jóvenes copaban la dirigencia del Centro de Comunicación Popular. Pero aparte del interés partidario o la presión conyugal, en Lucila se jugaban otras motivaciones personales, que la llevaron a continuar con su propósito de construir una federación.

Haciendo lo posible, entramos adentro

En diciembre de 1983 en el local del cine Madrid tuvo lugar la Primera Convención de la Federación de Mujeres de VES convocada por Lucila. Aun cuando no tuvieran muy clara la importancia de una Federación, todas las dirigentes de las diferentes organizaciones femeninas del distrito pugnaron por participar. El cine se convirtió en el escenario de una batalla campal entre las invitadas y las advenedizas que se sentían con la legitimidad de asistir por su rango de dirigentes. Si ya se estaba creando la Federación, mejor era tratar de entrar a como diera lugar.

Por su parte, Lucila trató de excluir a quienes podían hacerle oposición o competencia, a juzgar por el recuerdo de una dirigente inicialmente marginada:

"Cuando llegamos al cine Madrid, no nos dejaban pasar,

salía Lucila afuera y señalaba con el dedo: 'tú ven, tú ven, tú ven...' era una cosa terrible. Lo que hicimos es hacer nuestra cola porque había una cola muy larga y entonces comenzamos a empujar la puerta. Así, haciendo lo posible entramos adentro" (Pocha).

Lucila utilizaba todo tipo de recursos para mantener cohesionadas a sus partidarias alrededor de su propuesta:

"Lucila previamente les había dicho que nosotras le íbamos a quitar sus puestos en la limpieza, entonces las señoras eran capaces de matarnos y de lincharnos, hasta hubieron golpes. Era gente que había ido por víveres. Cuando tú le tocas los víveres a las señoras, son capaces de matarte y de degollarte, yo tengo experiencia, acá en mi estómago está mi propio león..." (Soledad).

La mayoría de delegadas plenas fueron las invitadas de Lucila; sólo un pequeño grupo que había logrado entrar por la fuerza, representó a otras tendencias políticas, entre las que se identificaban las del Centro de Comunicación y las de AFEDEPROM.

Con una correlación de fuerzas favorable a Lucila, y sin discutir los estatutos ni la mecánica de la participación y representación de las bases, se eligió la Junta Directiva. Lucila por mayoría quedó como presidenta de la recién fundada Federación de Mujeres de Villa El Salvador. En el recuerdo de una joven dirigente de la tendencia UDP, los hechos desplegaron todo el patrimonialismo del estilo de Contreras, que arrastraba la sumisión de otras mujeres:

"El evento en sí, para la formación de las señoras, fue una cosa muy degradante, figúrate que era un cine, tú sabes como son los asientos. Por supuesto, Lucila todo lo decía todo junto, y después se leían los estatutos, así fue haciéndose muy tarde. Queríamos cambiar la fecha y que se hiciera en un colegio donde pudiéramos tener espacio, un ambiente donde ir para trabajar las comisiones, porque tenemos experiencias de las convenciones de la CUAVES

yo me imaginaba que así tenía que ser: comisión tal, a tal sitio para debatir, para conversar; comisión cual, lo mismo. Bueno, al final logramos que se cambiara de fecha, y ellas, rabiando, decían: 'nos han boicoteado, nos quieren fregar'. La siguiente vez fue igual, la apretadera de gente, la sudadera de gente, y gente sin ninguna preparación previa, nada, ninguna discusión de comisiones. O sea, ella leía tal acuerdo, aprobado, y así. Me acuerdo mucho que había una señora morenita, gordita frente a mi, con su novela y leía. Cuando Lucila preguntaba: 'compañeras, aprobado o no', ella sin saber de qué hablaba, tranquilamente levantaba la mano aprobando. Otra vez Lucila leía, y la señora su novelita otra vez, era una cosa terrible. Después aprobaron ya, luego vino la elección de la directiva, que ya estaba también acordado" (Soledad).

La Junta Directiva estuvo conformada por 17 dirigentas, de las cuales una no pertenecía al grupo de Lucila por provenir de la UDP. El resto militaba en el UNIR o seguía las indicaciones de la presidenta.

En la formación de la Federación de Mujeres se comenzaban a perfilar dos posiciones muy distintas frente a la organización política femenina, que tardaban en ponerse en juego. La improvisación y el apuro de Lucila y su partido por poner en marcha la nueva organización, no habían dejado espacio para la explicitación de otra propuesta que no fuera la suya. Las militantes de la UDP se habían visto obligadas a entrar a la fuerza en este proyecto; su idea, aún imprecisa, era intentar articular progresivamente las organizaciones femeninas a la CUAVES. Es decir, romper el aislamiento de estas organizaciones de estructura cerrada y de corte clientelista, sometiéndolas a las reglas de la organización vecinal. Por su parte, Patria Roja no tenía una propuesta específica frente a los grupos femeninos y su relación con la organización vecinal; por el contrario, veía en las mujeres organizadas únicamente la posibilidad de controlar una nueva base social de apoyo. En ese sentido, le convenía que se constituyeran al margen de la CUAVES para imponer sus propios intereses.

Primaba el lenguaje radical propio de la época en el llamado a las mujeres: "hay que organizarse para defendernos de la explotación y arrancarle al gobierno nuestras reivindicaciones". Se imponía en esta etapa el protagonismo de un partido con pretensiones clientelistas, y el deseo de una caudilla de tener su propio gran club de madres, sus socias leales, y de ser la gran dirigente de VES reconocida por todos. Una mezcla de prácticas radicales y anhelos patrimoniales engendró la primera Federación de Mujeres de Villa El Salvador. En adelante, mientras la nueva directiva ensayaba su propuesta, las dirigentas de la UDP desarrollarían la suya, iniciándose así una confrontación intensa que se expandiría a lo largo de los siguientes años.

3. Si les tocas los víveres a las mujeres, son capaces de matarte, de degollarte

La estructura de la Federación fue desde el inicio, eminentemente centralizada alrededor de la persona de la presidenta. No sólo no existían procedimientos sino que ella dirigía a su criterio a todas las demás dirigentas, y operaba como la única representante oficial. Esta conformación vertical y arbitraria no fue cuestionada en principio por sus colegas en la dirección, ni por sus bases, porque la lealtad se basaba en un "pacto de subordinación" de las socias. En este sentido, el vínculo de sometimiento podía funcionar siempre que la dirigente contara con recursos para distribuir, bien fuera asignando empleos estables, o repartiendo regularmente los víveres. Todo perennizaba el sentido pragmático de dependencia característico de muchas de las mujeres de base.

Sin embargo, la creación de una organización sin bases sólidas y anclada en las promesas inciertas de una jefa, fue la fuente de sus grandes dificultades posteriores. Un primer inconveniente ya se había presentado con la convocatoria discriminante que hiciera Lucila en ocasión del evento de fundación. El segundo problema surgió con la nominación de las dirigentas representantes de la Federación en los clubes de mujeres. En este caso, el asunto competía ya no únicamente a las dirigentas sino a las mujeres de base, que observaban con interés los procedimientos utilizados.

Por sus experiencias anteriores en la organización vecinal, dos aspectos eran centrales para reconocer la calidad del liderazgo: la legitimidad del cargo, adquirida por elección en asamblea, y la independencia política de la dirigente. Sin tener en cuenta estos principios, Lucila procedió a su manera:

"...sucede que llega ella (Lucila), un día a mi grupo y nos nombra así sin permiso de nadie: 'Josefa y Amanda van a ser coordinadoras del sector'. Qué íbamos a coordinar, no sabíamos. Es así que nosotros como éramos un comité de arborización, sin prioridad de políticas, nada, comenzamos a asistir. Nos invitaron para una asamblea el Día de la Mujer que iba haber en el Grupo 5 del segundo sector, en el colegio. Nosotras no nos dábamos cuenta por qué nos estaban invitando, creíamos que en verdad por el Día de la Mujer e incluso habíamos hecho nuestras pancartas para llevar unos lemas alusivos a la organización, pero cuál fue nuestra sorpresa que en un periódico decía: 'UNIR invita a compañeras de la Federación'. En ese momento nosotras dijimos, acá no vamos a dar rreleño, ¿por qué ella no nos dice la verdad? soy de UNIR, soy del partido y vengan a esta reunión, ¿no? Nos convocó como mujeres nada más, como se dice nos quedamos heladas". (Josefa).

El nombramiento "a dedo" fue aceptado, pero la utilización en beneficio de un partido político resultó intolerable. Este problema se repitió con frecuencia y fue gravemente sancionado.

Continúa Francisca:

"...convocaba las reuniones de la Federación y luego hablaba de UNIR, todas las mujeres iban a la asamblea (yo también en ese tiempo no era militante de ningún partido); yo iba a la asamblea de la Federación y hablaban de UNIR: 'estas son las compañeras de UNIR', y nos daba charlas, orientación política, y todavía nadie sabía de los partidos políticos. Era abruptamente que te convocaban

a una organización y luego tú ibas a una asamblea de una organización y era una asamblea de un partido político, eso era en el fondo y ese fue su fracaso. Su idea no era hacer un trabajo político, porque todo el mundo hace un trabajo político, era encubrir su trabajo con la organización".

La subordinación de la organización social por la organización I política comenzó a generar una gran desconfianza entre las mujeres de base, que se mostraban ambivalentes con los partidos. Pero este sentimiento tomó cuerpo cuando las promesas y los ofrecimientos no se concretaron.

El ofrecimiento de trabajo falló cuando se instaló el nuevo Concejo Distrital en 1984, porque la falta de recursos impidió contratar personal, al punto que los primeros trabajadores municipales tuvieron que ser voluntarios. Esta imposibilidad de dar empleo, prefiguró la primera frustración de las mujeres en relación con la nueva organización.

Pero el problema se agravó al fallar los envíos de víveres, pues la Federación no había logrado canalizar de manera institucional las donaciones de las agencias filantrópicas ni las del Estado, y estaba fuera de discusión que contara con recursos propios. En la medida que la organicidad de sus bases dependía estrictamente del reparto de los alimentos, el incumplimiento hacía tambalear las bases mismas de la institución. Por ejemplo, los Comités de Limpieza esperaban los víveres, pero no se había firmado el convenio con la agencia gubernamental donante, y sin firma no procedía la donación. La demora irritó a muchas mujeres, que ya se sentían engañadas, y exigieron sus raciones violentamente. Por la inminencia de la situación, la Federación tuvo que recurrir al alcalde Azcueta para obtener una partida de alimentos. Cuenta una dirigente de la Federación de aquel momento:

"Sacamos un poco de víveres después de haber luchado y peleado, de haber hecho una marcha, cuando nos reunimos con el compañero Michel y él nos dió su apoyo.

Recién ahí, él intercede por nosotros, y por él lo sacamos. Pero lamentablemente no se podía sacar la cantidad de víveres que necesitaba para todas las señoras". (Marucha).

Esta situación ponía en evidencia la precariedad de la Federación y su absoluta dependencia a los subsidios; mostraba a la vez la interferencia de los partidos en la organización de la vida institucional. Por la gestión del alcalde se consiguió resolver parcialmente el problema, gracias a la transferencia de una donación de la Cooperativa Americana de Remesas al Exterior (CARE), que había llegado al distrito por un convenio firmado entre la CUAVES y COOPOP.

Los víveres fueron repartidos a todos los Comités de Limpieza, utilizando como canales a la propia Lucila y a Juana, una de las dirigentas de la minoritaria UDP. La manera como cada grupo entregó estos donativos fue sintomática de las diferentes actitudes que una tendencia y la otra irían asumiendo con las bases. Lucila distribuyó personalmente los víveres, sin la participación de las dirigentas de su directiva, entre quienes ella decidiera. No se tomó en cuenta si la beneficiaria había trabajado o no en la tarea colectiva de limpieza.

"No fueron repartidos los víveres a las señoras que trabajaron, sino a señoras que prometían salir a organizarse y con el fin de obtener de esas señoras su apoyo, a ella no le importó darles víveres y no reconocer a las que verdaderamente habían trabajado. Incluso en mi grupo, hubo muchas señoras que habían cogido hongos, se habían peleado con sus maridos y bueno, un montón de problemas y nunca recibieron nada". (Norma).

En cambio Juana y su grupo aprovecharon del reparto para empadronar y repartir públicamente los víveres entre las mujeres que habían venido participando en los Comités. De esta manera fueron ganando legitimidad y creando sus propias bases de apoyo bajo otras reglas de juego. Una dirigente cuenta cómo se vinculó con esta tendencia:

"Mira, yo siempre he sido una persona que me gusta observar. A mi grupo residencial bajó Lucila y armó un grupito. Yo veía que daban víveres, lo primero que me gocé fue una casa de una señora que se llamaba Teresa, llenecita de víveres, yo no sabía qué cosa era lo que estaban dando, primera vez veía, y pregunté por qué eran las razones que daban víveres, era porque la gente hacía limpieza.

Nunca me voy a olvidar, en noviembre del 83 me quise apuntar con Lucila y parece que yo a la pata no le caí en carisma porque al toque me eliminaron, no me inscribieron, la misma presidenta de limpieza del 19 ya me había lenteado, me tenía bronca, entonces al toque me marginaron, y ya no entré con ellas. A las cuatro de la mañana veía a las mujeres cuando salían a trabajar.

En ese lapso de tiempo me encontré con Juanita. A Juana le informan que yo más o menos estaba ya en la onda, entonces ahí me sacaron a mí a relucir. Yo salí con Juana con veinte señoras a trabajar. Un poquito que me avergonzaba barrer las calles, los muladares, los perros muertos, esa cosa, ¿no?, ya la preocupación me obligó a hacerlo. Después llegué al cabo más bravo, ahí donde es el municipio ahora, era toda una cochinateda, llena de cacana, todo. Teníamos que limpiar eso para pintar para el famoso alcalde, pa'l alcalde. Yo estaba metida en la limpieza, pero un poquito con recelo. Aunque yo estaba lenteando todo, cómo la gente mandaba, quién tenía, cómo se iba haciendo todo, ¿no?

Yo lo que quiero decir es que, para mí, Juana fue el motor, porque ella nos ha manejado a nosotras, o sea, todas, en todos los grupos residenciales, ella ha tenido carisma, ella bajaba a los grupos residenciales y la gente por ley se le pegaba, salía la gente, no era como el trabajo de Lucila, personalista, ¡no, no! algo tenía Juana que jalaba gente. Ella bajaba, las llevaba a charlas al Centro de Comunicación, les hablaba, las reunía, así..." (Cora).

En la medida en que no habían antecedentes de cómo debería ser una organización femenina, las mujeres de base estaban llanas a recibir las orientaciones de las dirigentas. Sin embargo, el terreno no era virgen, el referente institucional de la organización vecinal determinó el modelo que muchas de las mujeres escogerían. El rol de la dirigente como "educadora" resultó clave para incidir en una u otra dirección de las bases. Cora desde su Grupo Residencial miraba las distintas formas de actuar de ambas dirigentas y optó por Juana, motivada por un contacto empático con ella. Luego la eligió porque tenía "carisma", lo que implicaba una valorización de la disposición a orientar y enseñar los procedimientos y objetivos de la participación femenina, siguiendo la tradición practicada desde el inicio de VES.

Los límites de la dirigente caudilla

La concentración de cargos y funciones en Lucila fue una característica fundante, frente a la cual no reaccionaron las otras dirigentas de la Federación ni las propias bases, hasta que empezaron a faltar los víveres. Al mismo tiempo, hizo su aparición la otra tendencia de liderazgo y organización que se venía gestando. La consecuencia fue que las dirigentas, incluso las más fieles a Lucila, comenzaron a in-subordinarse.

"Estamos hablando del caudillismo de Lucila Contreras, el mal manejo que tuvo dentro de la organización, porque indudablemente ella quería tener todo, ella quería manejar todo, entonces usted sabe que en una organización no puede manejar una sola, tienen que haber varias personas que estén a su lado, compartiendo el trabajo. Y ese fue el gran error de ella. Por eso, más que nada, yo me fui." (Norma).

"El peor defecto de Lucila para que ella misma fracasase en todo esto, ha sido la forma anárca de trabajar, la forma absolutista y lamentablemente, de querer manejar a las compañeras. Ella llamaba a ciertas señoras y les decía: 'les apoyo y les doy esto, después Uds. me pagan'". (Cora).

La concepción de la dirección como instancia patrimonial, estaba tocando sus límites.

"En las asambleas, las plenarias, con la asistencia de las presidentas de los clubes, nosotros pedíamos que se armara una agenda, que se dieran a conocer los informes por medio de las diferentes secretarías y no había nada de eso; 'ya vienes a fastidiar a la asamblea, ya, olvídete de tus ideas', decía, o sea era una cosa... y así nos las pasamos muchísimo tiempo, casi todo el año con esta cosa, de que era Lucila la que movía todo, que hacía todo, recibía todo...". (Soledad).

La aceptación duró mientras se ponía a prueba la capacidad de cumplimiento de la presidenta. La evidencia de la evasión de sus responsabilidades y la frustración de las promesas, confluyeron con el surgimiento de otro estilo de organización, menos caudillesco y acaparador de funciones. Muchas de las dirigentas que la habían acompañado pusieron freno a su autoridad a través del enfrentamiento abierto, o desconociendo en la práctica sus directivas, para disponerse a coordinar con las representantes de la UDP.

4. Cuando yo comencé a formarme mi idea.

El avance de la minoría

El Programa del Vaso de Leche brindó una buena oportunidad para que muchas dirigentas de la Federación de Mujeres encontraran otros mecanismos de participación y de liderazgo distintos de los convencionales. La emergencia de este programa abría nuevos canales de relación con una institución que ofrecía alimentos, en este caso el Estado a través del gobierno local, desplazando a la presidenta de su condición de exclusiva negociadora de las donaciones para las mujeres de VES. Esta oportunidad se daba en el marco de nuevas instituciones que se presentaban con un perfil diferente al filantrópico al que ellas estaban habituadas.

Considerado como un complemento nutricional dirigido a la población infantil, madres gestantes y lactantes, el Programa del Va-

so de Leche fue inaugurado en abril de 1984, como parte de la política municipal de la Izquierda Unida en la alcaldía de Lima. Su estructura orgánica reposaba originalmente en el ámbito territorial de la organización vecinal de cada asentamiento popular, los llamados Comités del Vaso de Leche. Cada Comité agrupaba entre 20 y 30 mujeres, una por cada familia, encargadas de la preparación y reparto alimentario, así como de la evaluación del Programa. Las participantes elegían el Comité Directivo en asamblea, compuesto por tres delegadas responsables, y de la representación de las socias ante las instancias superiores de decisión: los Comités Distritales y la Coordinadora Metropolitana.³⁶

En VES la aplicación de este diseño obligó a establecer algunas particularidades; a diferencia de los otros distritos, y por gestión especial de la presidenta, el Programa inicialmente había sido ofrecido por Barrantes a Lucila y la Federación. Al momento de su puesta en práctica, se formó una comisión tripartita en la que participaron una representante de la Federación, una del municipio y una de la CUAVES. Varios elementos intervinieron en esta determinación. De un lado, el municipio, como nueva institución distrital requería de un mecanismo que le diera presencia masiva entre los pobladores, a la vez que fortalecía el nexo con la Municipalidad de Lima Metropolitana; el Programa del Vaso de Leche parecía ser una forma adecuada de ejercer su representación y lograr este objetivo. De otro, durante el primer año de vida de la Federación, los conflictos habían superado a los avances. La Central femenina no tenía aún una representación a nivel de los Grupos Residenciales y por lo tanto, no reunía las condiciones orgánicas mínimas que el Programa requería.

A través de la fórmula tripartita el municipio intentaba equilibrar la representación de las diferentes tendencias de la organización femenina en el Programa. La estrategia contemplaba no beneficiar directamente a ninguna, sino propiciar la integración.

36. Para mayor información sobre la organización y el funcionamiento del Programa del Vaso de Leche, ver: Blondet y Montero, 1989; Córdova y Gorriti, 1989; Barrig, 1990.

La "correlación de fuerzas" entre las delegadas fue desde el inicio desfavorable a Lucila. Participaban en la negociación con el Programa dos dirigentas de la UDP, representando respectivamente al municipio y a la CUAVES, mientras que por la Federación había una sola delegada. Tal como estaban las relaciones internas entre las dirigentas de la Federación, los problemas aflorarían solos, y comenzaron precisamente entre Lucila y su directiva.

Controlar el reparto de la leche era muy importante para Lucila, pues favorecía la constitución de los núcleos orgánicos básicos de la Federación en todo el distrito, que estaba empeñada en formar. Perderlo podría significar ceder a la otra tendencia la oportunidad de construir territorialmente la Federación, es decir, diluir su hegemonía. Si en el momento de la fundación de la Federación Lucila pudo fácilmente imponerse como presidenta, en esta oportunidad debía confrontar su poder con las dirigentas de la UDP, que habían desarrollado con las bases una propuesta diferente.

Lucila tuvo que delegar en una de sus compañeras de la Federación y el partido la tarea de participar en la comisión de negociación. Pero como no tenía ya ninguna confianza en sus dirigentas, volvió a recurrir al engaño para lograr la adhesión de su directiva. "Las de la UDP, apoyadas por su alcalde Michel quieren destruir la Federación y quitarnos el Programa del Vaso de Leche".

Ante tal amenaza, la delegada debía pelearse con las otras delegadas y defender incondicionalmente a Lucila. Pero las cosas habían cambiado, las dirigentas estaban aprendiendo a negociar, a detectar qué les convenía más; a escoger entre diferentes posiciones. Las condiciones de sometimiento y subordinación se ponían en duda, y por lo tanto no tenían porqué ofrecerle incondicionalidad a Lucila, que como dirigente máxima, les estaba fallando. Cuando la delegada de Lucila comenzó a coordinar con las otras dirigentas se dio cuenta que la situación no era tal como Lucila se la había mostrado:

"Yo tenía entendido que mi participación en la Comisión del Vaso de Leche como asistenta social de la Federa-

ción, tenía que ser en coordinación con el Municipio y con la CUAVES, como se había firmado el convenio, y no por el partido. Pero Lucila me estaba mandando por ella y quería que yo me vaya a pelear con la señora Juanita. Entonces cuando yo comencé a formarme mi idea, Lucila desconfió de mi persona y empezó a decir que yo venía trabajando para la UDP, por el hecho que coordinaba con ellas. La bronca, creo que ellas la tenían personal y de partidos, y querían que en esa bronca yo fuera. Al principio yo lo hice compañeras, yo lo hice y fui a la bronca. Yo creí que el Municipio y la CUAVES me cerraban el paso y no me dejaban que baje a las organizaciones. Después me di cuenta y yo dije, '¡no, ese camino está mal hecho!, mejor coordino con ellas y bajo con ellas a las bases'. Así fue, pero eso fue tomado a mal por Lucila y el partido". (Norma).

La disposición de Norma a coordinar fue tomada por Lucila como traición; en los hechos su posición como presidenta quedaba públicamente debilitada, pues ni sus mismas compañeras de directiva la respaldaron en su frustrada pelea.

En efecto, los clubes de mujeres, concebidos por Lucila como las unidades base de la Federación, fueron la instancia organizativa designada para distribuir el vaso de leche. La diferencia estaba ahora en la forma en que se organizarían estos comités, y en quiénes tendrían la responsabilidad de convocados. Estas personas terminaron siendo designadas por la Comisión Coordinadora y no más por Lucila Contreras.

Fue con el reparto regular de la leche del Programa que se inició una etapa de gran actividad para la Federación. Las dos tendencias continuaron trabajando en la organización, compitiendo por la dirección. Pero las condiciones para una y otra eran ya diferentes. Lucila había perdido legitimidad entre sus allegadas y las bases, pues al centralizar todas las funciones en su persona, se terminó aislando del conjunto. No tenía equipo de trabajo, ni las dirigentas se sentían parte de su organización; paralelamente la otra tendencia

iba ganando posiciones entre las bases, reforzada por la incesante labor desplegada en los Grupos Residenciales.

Dentro de la UDP había una discrepancia entre quienes querían fortalecer la Federación y quienes se inclinaban por retomar con el vaso de leche, el antiguo proyecto de integrar la organización femenina a la CUAVES. Muchas de las dirigentas ya habían visto las ventajas de formar parte de una organización "independiente", y se opusieron a la sugerencia de integración. En una reunión las mujeres votaron por fortalecer y unificar la Federación existente.

El trabajo de este nuevo bloque se centró en el objetivo de unificar ambas tendencias a nivel de los clubes de mujeres, tarea que se llevó a cabo de manera intensa y fructífera, "bajando" sistemáticamente a las bases y reorganizando las actividades de cada núcleo de la Federación. La regularidad en el reparto de la leche fue un factor importante para que las mujeres asistan a la convocatoria y recuperen la confianza en la organización.

Lucila se dio cuenta de su progresiva pérdida de poder e intentó descalificar y expulsar a las dirigentas de su directiva que aparentemente "se le habían volteado". Al no confiar en nadie, su única forma de mantener un control que se le escapaba de las manos, fue recurrir a la expulsión, la manipulación, las amenazas y las nuevas promesas. Pero la estrategia no le dio resultado pues las bases de la Federación y el municipio desconocieron su desempeño.

Por su parte, el núcleo activo de la Federación, junto con las otras dirigentas de la tendencia de la UDP, se reunieron en el Centro de Comunicación para evaluar la situación, convocar a una asamblea y formar una Comisión Reorganizadora de la Federación, que llamaría a una segunda convención.

Pero Lucila no se dio por vencida, ella también convocó a una reunión de reorganización, con el apoyo de una parte de la CUAVES que en ese momento ya controlaba el frente UNIR, del que Patria Roja era mayoría. A este evento invitó a las organizaciones

nuevas, pero su convocatoria tampoco tuvo acogida, y terminó retirándose momentáneamente de la escena.

La Comisión Reorganizadora programó para fines de ese mismo año (1984) la II Convención de la Federación Popular de Mujeres. Todas las organizaciones femeninas del distrito fueron invitadas a participar, y se recibieron solicitudes de inscripción de 1,500 delegadas plenas y "fraternas".

Nuevamente se presentó la discusión sobre si valía la pena fortalecer a la Federación, teniendo en cuenta la imagen desvalorizada que tendría ante las mujeres de base; o si convenía más retomar la organización femenina por la CUAVES. A pesar de todo, se optó nuevamente por la primera posibilidad.

5. El fin de Lucila

La II Convención, realizada en Diciembre de 1984, marcó el fin del período de gobierno de Lucila, e inició una nueva etapa en la vida de la Federación. El evento había sido preparado con anticipación por la Comisión Reorganizadora, que convocó a todas las organizaciones existentes en ese momento. Se entregaron credenciales para acreditar a las delegadas, y se estableció el trabajo por comisiones a fin de discutir un nuevo plan de acción.

Lucila no se había dado por aludida con la convocatoria, en consecuencia desconoció el evento. El mismo día, cuando ya estaban las mujeres reunidas se presentó con un grupo de sus compañeras armadas de palos, con evidente ánimo de boicot. Las participantes se encargaron de excluirla y con esta acción quedó públicamente de manifiesto el rechazo de la mayoría de las mujeres organizadas a su gestión y estilo dirigencial. Por su parte, la dirigente se replegó temporalmente, denunciando que se trataba de una trampa, desconociendo la legitimidad de la reunión y de todas las conclusiones que de ella salieran.

Mientras se sucedían estos acontecimientos, en el local del colegio el evento se desarrollaba fluidamente, y concluyó en la elección

de una nueva directiva presidida por Francisca, la dirigente de la tendencia de la UDP que había participado en la primera Junta Directiva de la Federación.

Francisca tenía en ese momento 24 años y un nutrido curriculum: además de la experiencia adquirida durante la gestión pasada, desarrollando un trabajo intenso de relación con las bases de la Federación, había participado como dirigente de los jóvenes de la parroquia en la década anterior. También había encabezado a las Animadoras de Educación Inicial durante la huelga de los maestros en 1979. Esta trayectoria la presentaba como una joven comprometida con los problemas de la comunidad, conocedora de la organización, y sobre todo, trabajadora. Francisca sabía relacionarse con las mujeres, e invirtió tiempo y esfuerzo en promover la organización, especialmente cuando se comenzó a aplicar el Programa del Vaso de Leche en VES.

Adicionalmente Francisca contó con el apoyo de un grupo de "asesoras", conformado por compañeras de militancia en el Partido Unido Mariateguista (PUM),³⁷ quienes respaldaron su candidatura y se comprometieron a trabajar con ella en el diseño y ejecución del nuevo plan de trabajo. Este grupo resultó de particular importancia pues hizo las veces de puente entre la dirección de la Federación y el partido político. En la medida en que sus integrantes habían seguido de cerca los acontecimientos de la etapa anterior de la Federación, se cuidaron de no aparecer públicamente como partido, tratando de distinguir a cada paso entre la organización social y la organización política. Su presencia tenía por ello la cobertura de la "asesoría", menos que la de dirigencia pública de la Federación.

Este rol de apuntadoras de la presidenta reportó grandes beneficios a la gestión de la nueva Junta Directiva: fue una instancia de evaluación permanente de la situación local y nacional, decidiendo

37. A mediados de 1984 dos de los partidos de la UDP: VR y el MIR se unieron atrayendo a su vez a otros partidos más pequeños en el Partido Unificado Mariateguista (PUM).

do las acciones a seguir; ejerció como mecanismo de control de la Directiva, buscando desarrollar y llevar a la práctica la propuesta de dirección coordinada y por tanto, transformando en trabajo de equipo las formas de dirección caudillescas y personalistas. De otro lado, en la relación con el partido, sirvió para filtrar los aspectos positivos del vínculo: la visión macro social de su acción, la posibilidad de sentirse parte de una organización que tenía objetivos precisos sobre la sociedad, la política, los pobres y el destino del país; la cobertura y el apoyo de los dirigentes del partido para impulsar las acciones de la Federación y con ello, la seguridad personal para arriesgar sabiendo que no estaban solas. Al mismo tiempo, consientes de la necesidad de despartidarizar la Federación, frenaban cualquier intento de cooptación que tuvieran los dirigentes militantes.

La experiencia anterior les había dado tiempo para observar el devenir de los problemas y desarrollar una propuesta de organización más articulada. La relación con su partido, que era el mismo del alcalde Azcueta y de los dirigentes del Centro de Comunicación, resultó muy provechosa para impulsar la nueva imagen de la Federación y proponer un Plan de Trabajo.

Las dirigentas que conformaron la Junta Directiva con Francisca, tenían edades promedio entre los 25 y 35 años. Muchas traían la experiencia de las organizaciones juveniles y vecinales. Ellas fueron elegidas una a una por la Asamblea de Delegadas en la II Convención, para ocupar los cargos de las distintas secretarías. Provenían de cargos dirigenciales en los comedores de AFEDEPROM, en los Clubes de Madres del VI Sector, en los Comedores Independientes del II Sector, y entre las Animadoras de Educación Inicial de VES (JAVESDEI). En esos momentos, la población femenina organizada llegaba aproximadamente a las 4,000 mujeres en todo el distrito.

No obstante la aparente representación de la mayoría de las organizaciones existentes en la Junta Directiva, en la práctica se trató predominantemente de una elección de personalidades. Estas organizaciones no funcionaban aun como instancias intermedias de ar-

ticulación sino como organizaciones independientes entre sí o a lo sumo, congregaban a un conjunto limitado de organizaciones similares. Este fue el caso de los Clubes de Madres del 6to. Sector, o de los comedores independientes del 2do. Sector. Ambos lograban reunir otras agrupaciones de base, pero sin canales ni procedimientos establecidos para elegir a sus representantes. La única organización que ya había adquirido cierta representatividad fue AFEDEPROM; la Federación de Comedores sí contaba con una estructura orgánica interna que integraba a varios comedores en un mismo sistema, y tenía una dirigencia representativa del conjunto.

Se trataba entonces de una Junta Directiva compuesta por dirigentas con distinto peso de representación, antes que una Federación de organizaciones; más precisamente, de una federación de dirigentas que convinieron en formar parte de la directiva, dispuestas a trabajar bajo principios comunes. Como se analizará, esto constituyó un serio obstáculo para desarrollar las propuestas de transformación de la Federación.

En estas condiciones, el trabajo de la nueva dirección se concentró alrededor de tres objetivos centrales: primero, reconocer que las mujeres se organizaban para recibir algo a cambio, y por tanto, asegurar la dotación de víveres. Segundo, teniendo en cuenta la diversidad y fragmentación de las organizaciones femeninas, fomentar la centralización intermedia para hacer más eficaz la presión y la presencia en el distrito; y tercero, frente al aislamiento de las mujeres, crear conciencia del valor de estar organizadas para lograr la satisfacción de sus principales necesidades. El trabajo se perfilaba como algo muy complejo, pues había que continuar con la reconstrucción de la Federación iniciada en los últimos meses del período de Lucila, a la vez que se recomponían los lazos de confianza de las mujeres de base. Para ello era necesario crear los canales de relación horizontal entre las organizaciones miembros y la directiva. En otras palabras, se trataba de levantar una gran organización, sobre bases muy frágiles.

6. La reorganización interna de la Federación: los problemas de representación

A diferencia de la Junta Directiva anterior, la nueva dirección decidió distribuir responsabilidades específicas a cada dirigente, y reunirse periódicamente para informarse y tomar decisiones en forma colectiva.

Si bien existía la conciencia de que destituir al prebendario y al prebendario, con el que Lucila controlaba a sus dirigentes y éstas a su vez a sus propios núcleos, todos aislados entre sí, debía cambiar, la tarea no era sencilla pues las nuevas dirigentes de la Junta carecían de experiencia para asumir sus funciones con toda legitimidad. De otro lado, las organizaciones de base no les reconocían la autoridad para promover modificaciones.

Crear nuevos canales de relación implicó un trabajo lento y constante. Había que establecer nuevas reglas de juego claras entre las dirigentes de la Junta Directiva y con las dirigentes y las bases del conjunto de organizaciones que componían la Federación.

Inicialmente la presidenta se vio obligada a intervenir en un sinnúmero de problemas, a pedido de las socias. Debía asegurar la vigencia de la Federación, al mismo tiempo que cuidar de no copar todas las funciones públicas. Los intentos de ampliar el marco de representación de la Federación a toda la Directiva se encontraron con el desconcierto inicial de las propias dirigentes, por lo que el peso de la responsabilidad continuó por un buen tiempo en la persona de la presidenta, mientras las dirigentes cobraban seguridad en la autoridad recibida. Reflexionando sobre el tema, Francisca observa:

"Por eso mismo es que yo he tenido que bajar en actividad, al principio tenía que hacer casi todo pero sin embargo he tenido que bajar, ¿para qué? para que las compañeras de la Directiva puedan asumir. Se equivocan, ya pues, luego van avanzando, si no, ¿cómo avanzan? Si uno copa todo no avanzan, entonces ahí se va generando más y más el caudillismo, que a veces no es generado por el

gusto de la persona misma, sino es generado por el conjunto de gente que le rodea y se recuesta en esa persona."

Las integrantes de la Junta Directiva no sabían ser dirigentas de una Federación sino a niveles de base; sus nuevos cargos exigían asumir y compartir funciones más amplias que las anteriores. Con el tiempo, la concentración y el absolutismo fueron cediendo paso a la delegación de funciones en los otros miembros de la Directiva. Esta fue una manera de comenzar a quebrar el sistema precedente. En ese sentido comenta Francisca:

"Tú no ves ahora que yo bajo sola a los grupos, ahora están bajando todas las compañeras, y la gente pide: 'que venga la presidenta', y las compañeras: '¡no, señor! nosotros también somos de la Federación'. Ya hasta se tiran contra mí, claro, para que se vayan perfilando nuevas dirigentas y el objetivo de ahora es perfilar nuevas dirigentas".

Pero no fue un proceso sencillo ni sus resultados automáticos. Esta tensión entre la necesidad de distribuir las funciones, implicaba el riesgo de perder eficiencia mientras las nuevas dirigentas aprendieran. Se debía también encarar otro polo de resistencia dentro de las mujeres de base, para reconocer una diversidad de liderazgos y autoridades además de la presidencia. Subsistían la segmentación y la escasa articulación de las organizaciones femeninas entre sí y con la directiva, con el consecuente efecto en la representación en las instancias de dirección más elevadas.

El vínculo de las bases con la Federación debió desarrollarse formalmente a través de los Clubes de Mujeres, que centralizarían a todas las organizaciones femeninas de la zona, y a su vez elegirían a sus representantes a la Directiva. Pero esta estructura no se había plasmado en la realidad. Antes bien, los Clubes de Mujeres terminaron siendo los Comités del Vaso de Leche, y las organizaciones se fueron distribuyendo menos por criterios territoriales que por iniciativa de la entidad asesora.

La relación entre estas organizaciones con la Federación se lograba generalmente a través del vínculo personal, amical o político de la dirigente con la Directiva, y no de manera institucional. Por su parte, las bases retenían la lealtad con su dirigente inmediata y sólo por su intermediación parecían sentirse integradas al organismo mayor. Si su dirigente no formaba parte de la Directiva o no tenía una relación cercana con alguno de sus miembros, las bases se mantenían distantes. Podía ocurrir que se identificaran con la Federación por lealtad a la presidenta, sin aceptar otra autoridad que no fuera la suya.

A pesar de los esfuerzos para articular los diversos intereses de sus asociadas, la idea de construir la Federación como un conjunto de organizaciones agrupadas alrededor de objetivos comunes, sólo estaba clara para un sector reducido de dirigentas. Los conflictos ponían de manifiesto la dificultad de crear una institución de representación de intereses, sobre una base de organizaciones heterogéneas que tenían niveles distintos de agremiación, y en muchos casos, en competencia por los mismos recursos.

La autoridad y las lealtades en la mayoría de los casos se cimentaban en las personas y no en los cargos; se presentaban otra vez fenómenos derivados de la ausencia de una "burocracia" impersonal y plural, que fuera legitimada por un sistema de representación y reconocimiento en las bases. La coexistencia entre prácticas democráticas y estilos tradicionales de acción clientelista, fue una constante en la Federación Popular de Mujeres. En este núcleo de tensiones, la organización máxima de mujeres de VES se ocupó incesantemente de crear una capa de dirigentas intermedias, así como los canales de relación entre las cúpulas y las bases. Se proponía articular mecanismos de fiscalización y control de la autoridad, que democratizaran el poder de la dirección.

La nueva Directiva tuvo que afrontar una serie de dificultades para diluir el personalismo en favor de una identidad que se asentara en los objetivos de la Federación. En palabras de Francisca:

"Lo que sí falta es que hay muchas señoras que dicen, 'yo

quiero a la Federación, yo las quiero a ellas', pero identifican a la Federación con nosotras o sea como que ellas nos quieren a nosotras, las dirigentas que ellas ya conocen. Lo que nosotras ahora tratamos de hacerles entender es que ellas son de la Federación y la Federación no es sólo nosotras. Estamos tratando de crear mística, y por eso una de nuestras prioridades en este plan de trabajo es la formación, la educación, la creación de la mística de las mujeres frente a la Federación."

No obstante, en esta segunda etapa se sucedieron cambios significativos, aunque no se lograran superar del todo las fórmulas personalistas y clientelares. Por ejemplo, el recurso de "la maña", la manipulación y el engaño a los que a menudo tuvo que recurrir Lucila para retener el poder, fueron sustituidos por otro tipo de estilo de relación. La existencia de un Plan de Trabajo con objetivos más allá de la consecución de víveres, es otro logro significativo de esta gestión, y fue muy importante también la intención de constituir un equipo de dirigentas que trabajaran coordinadamente.

Se estaban creando en el camino nuevas reglas de juego para la Central de Organizaciones. Los problemas de la nueva Junta Directiva se plantearían menos por el autoritarismo de su presidenta, que por la dificultad para cambiar prácticas en extremo clientelistas y tradicionales presentes en gran parte de las dirigentas y mujeres de base. Instituir nuevas y modernas formas de concebir la organización fue lo que imprimió la tónica de los próximos años.

7. Hoy eres mi amor, mañana no te conozco:³⁸ las relaciones externas de la Federación

En relación al período de Lucila Contreras, sin duda hubo cambios importantes respecto a las relaciones con las instituciones externas. La Federación avanzó definiendo ámbitos de acción con las agencias de cooperación internacional y las entidades asistenciales naciona-

38. Frase con la que las dirigentas reunidas en la II Convención del Vaso de Leche (setiembre 1990) definieron su relación con las agencias e instituciones.

les, con las organizaciones no gubernamentales (ONGs) y con los partidos políticos. Este fue también un proceso lento y costoso.

La naturaleza eminentemente asistencialista de la organización femenina había impuesto un primer límite a la capacidad de decisión autónoma de la Federación; su dependencia respecto a las instituciones asistenciales y políticas parecía inevitable. Se trataba ahora de delimitar sus ámbitos de acción, bajo reglas de juego explícitas, y favorables para ambas partes. Ello suponía un nivel de cohesión interna que permitiera articular los intereses de todas las organizaciones miembros de la Federación, y de esta manera constituirse en una instancia de presión para negociar en las mismas condiciones frente al Estado y a las instituciones.

La dependencia habitual y la carencia de canales internos de relación, limitaron las posibilidades de hacer valer los intereses de la Federación de Mujeres como tal. Sin embargo, a pesar de la tradición que se cargaba, se consiguieron importantes avances.

Con las entidades donantes de víveres se produjo una secuencia interesante. En la primera época, la presidenta había pretendido controlar y centralizar los vínculos con las instituciones externas, pero la fuerza de su convocatoria inicial fue también su debilidad. En la medida en que se fueron diversificando las ofertas, su capacidad para manipularlas se iba reduciendo; al abrirse el abanico, se ganaba en recursos pero surgían nuevas y severas condiciones de fiscalización de las instituciones sobre el aspecto administrativo.

La nueva Junta Directiva, en cambio, pudo alterar la compleja negociación con las fuerzas de afuera, gracias a que concibió el trabajo de dirección como una coordinación entre el conjunto de dirigentas. La "vara", la "palanca" y las conexiones personales, fueron perdiendo peso y dejaron el espacio al poder de transacción que mostraban las jóvenes dirigentas más calificadas. En los años siguientes, tanto la Federación Popular de Mujeres de VES como la Coordinadora Metropolitana del Vaso de Leche y de Comedores Populares, lograron definir ciertos procedimientos de presentación de demandas, obtención de beneficios y adopción de acuerdos, que

incidían en la superación del clientelismo. Se desarrolló una dinámica entre las centrales femeninas y la contraparte institucional en la que ambas fueron modificando sus posiciones y redefiniendo los espacios de negociación.

La relación con las Organizaciones No Gubernamentales (ONGs) constituyó un proceso más confuso. La interdependencia articulada en la asesoría y la capacitación, más que en la oferta de víveres, a menudo desarrolló en un primer momento, situaciones de superposición, competencia y conflicto. La ausencia de reglamentos y la débil experiencia de intercambio, con frecuencia terminaron perjudicando a la Federación en beneficio de las ONGs.

El caso de las "Hormiguitas Laboriosas" fue elocuente. Con la perspectiva de desarrollar proyectos de generación de ingresos para las socias, la Federación llegó a un acuerdo con una ONG para conformar grupos de producción textil a domicilio, en los que dicha institución capacitaría a las participantes en gestión y producción artesanal. Para la Federación esto significaría contar con una serie de talleres para producir y vender en los mercados metropolitano y externo. Para la ONG se abría la posibilidad de llevar adelante uno de sus proyectos de promoción que ya estaba financiado.

Se inició la experiencia con tan buenos resultados, que la ONG decidió crear una red propia de centros de producción artesanal, fuera de la Federación y junto con otros formados por ella misma en distintos barrios de Lima. El rédito a todas luces iba a ser para la ONG, ya que ante su financiera ofrecería resultados fácilmente refinanciables.

Por su lado, las mujeres capacitadas no tenían problema en separarse de la Federación y formar una nueva asociación. Con esto se ponía de manifiesto la fragilidad institucional ante la acción de los organismos externos, así como la confusión entre las mujeres de base en relación a los objetivos de su organización. Sus lealtades eran unidireccionales y se establecían con quien asegurara trabajo e ingresos. No se veía el peso de la identidad de ser parte de una federación, independientemente de los beneficios que ésta ofreciera a sus socias.

Algo similar ocurrió con otra ONG, que a cambio del aval de la Federación para la capacitación de mujeres populares, se comprometió a formar una red de promotoras legales de la organización. El beneficio para ésta sería contar en el futuro con dicha red, susceptible de ser ampliada permanentemente a través de un sistema de cursillos. Al igual que en el caso anterior, parecería que los resultados fueron tan fructíferos que al cabo de un tiempo, a sugerencia de la ONG, las interesadas decidieron salir de la Federación e integrarse a la organización gestora.

Las instituciones externas ofrecían nuevas posibilidades de capacitación y trabajo pero no aseguraban estabilidad ni protección, y exigían lealtad incondicional. Este modelo combinaba relaciones en esencia tradicionales, con un discurso de apariencia democratizante y promotor de desarrollo de opciones individuales. En esta contradicción quedaron atrapadas por igual la Federación y las ONGs. A aquélla le convenía no romper la relación con éstas, pues sus actividades tenían mucha acogida entre las bases.

Sin embargo, en la confrontación de intereses recíprocos, no quedaba otra alternativa que aprender a ponerse de acuerdo respetando al otro. En el caso de las participantes en la capacitación, por ejemplo, muchas de las que se habían retirado, volvieron a integrarse a sus organizaciones. La Federación se perfilaba como la central femenina más fuerte del distrito y en tal sentido, comenzaba a constituirse en un referente para las mujeres. Si su existencia se veía amenazada por los intereses de otro organismo, las mujeres ensayaban formas de reforzarla sin necesariamente tener que romper con la otra opción. En última instancia, era la Federación la que gravitaba como organización importante en el escenario en el que las mujeres se movían cotidianamente. Luego de vivido el conflicto, las dirigentas de la Directiva llegaron a un acuerdo con las ONGs y reestablecieron los vínculos sobre nuevos términos.

A partir de estas experiencias, las dirigentas comenzaron a repensar sus espacios de interacción. Las ONGs por su parte, debieron también modificar sus parámetros de acción, sustituyendo las exigencias de exclusividad y competencia por planteamientos de

complementariedad, respeto y reconocimiento a la dimensión organizativa. Aquellas que no se mostraron capaces de revisar sus prácticas quedaron fuera del escenario.

La relación con los partidos también se dinamizó en similares términos, tanto en los vínculos institucionales como en la esfera personal de las militantes. La experiencia con Lucila había dado lecciones de dependencia e identificación. El producto se vio en el rechazo y la desconfianza de las bases hacia ese tipo de organización política. Se estaba claro en el diagnóstico; mas no en el camino a seguir. Las experiencias como militantes de muchas mujeres de la Directiva, las hacía intuir la importancia de mantenerse vinculadas a los partidos. El problema era cómo hacerlo. De otro lado, para afirmar la organización, todas las dirigentas coincidieron en la urgencia de "despartidarizar" la Federación. Así como el núcleo asesor de la UDP y en particular del PUM se cuidaba de no aparecer públicamente ante las bases, las dirigentas vinculadas a este frente fueron cautas para no identificarse con una militancia excluyente.

"En cuanto a la presencia de los políticos, que por un lado el UNIR y por el otro lado el UDP ahí fuimos muy claras las mujeres de que nosotras íbamos a decidir lo que iba a ser de nosotras.

... y ellos (los dirigentes) tuvieron un intento de ver quiénes entraban y cómo se podían negociar los sitios, y ahí nos acercamos las mujeres que estábamos organizando y dijimos que no, que no se iba a cometer ese error y que la gente que llegaría a la Directiva sería por su trabajo o por la presencia de la organización que va a representar y así se hizo, por eso es que se tiene a AFEDEPROM y todas las organizaciones fuertes están ahí en la Directiva, gente que tiene representatividad, legitimidad en su trabajo de sus bases". (Soledad).

Las mujeres pudieron plantear nuevas condiciones de relación con los partidos en la medida en que la Federación se iba fortaleciendo. Al incrementarse el número de mujeres que esta organi-

zación movilizaba, la relación resultaba más interesante para los partidos, ya que ellas podrían constituirse en nuevas bases de apoyo social. La Federación, por su parte, calculaba el aporte de los partidos en la capacidad de presión y mediación de sus demandas ante el Estado, pero se preguntaba por la forma de acercarse a ellos sin perder los márgenes de autonomía conquistados en los últimos años.

En estas circunstancias, las dirigentas optaron por buscar relaciones con los políticos; no hay que olvidar que en su mayoría eran jóvenes que habían pasado por la escuela del barrio, los círculos de cultura, la parroquia y de allí a las células partidarias. Su participación en diversas instituciones sociales y políticas las afirmaba en la importancia de articular unas con otras para ser atendidas en sus demandas. El ingreso de esta generación al ámbito dirigencial femenino, ensanchó los márgenes puntuales de acción de las organizaciones, al mismo tiempo que iban modificando su vínculo orgánico con los partidos.

Mientras fueron jóvenes constituyeron una pieza más del engranaje partidario, cumpliendo consignas y recibiendo indicaciones para desarrollar su trabajo en la organización vecinal. Con la maternidad, al tiempo que sus congéneres varones comenzaron a asumir cargos en la CUAVES, ellas orientaron su militancia hacia las organizaciones femeninas. Cuando asumieron la dirigencia de la FEPOMUVES, fueron adquiriendo nuevas responsabilidades que implicaban definir los términos de la acción partidaria. El movimiento barrial de VES se fortalecía con la presencia femenina organizada, y la Federación se constituía en la pieza clave de un nuevo protagonismo como base de apoyo social.

En esa medida las mujeres fueron creando poder y las dirigentas dándose cuenta del potencial que adquirirían; la CUAVES y el Municipio sin su concurso, perdían buena parte de su capacidad de convocatoria y presión, pues las mujeres de base de la FEPOMUVES participaban en las movilizaciones siempre que fueran convocadas por sus líderes. Ello constituía la garantía para no ser manipuladas y que las agendas de la movilización tuvieran relación con sus reivindicaciones: mejores condiciones de vida familiar y mejores

precios para los productos de primera necesidad. También se expresaban contra la violencia cotidiana que las iba atrapando entre dos fuegos, el terrorismo y la represión estatal.

En esas nuevas condiciones, su ubicación en los partidos se fue modificando. Conocedoras del juego institucional desde dentro, ahora estaban en capacidad de obtener algunas condiciones, evaluando su propio poder y considerando las demandas de la base social a la que representaban. Por lo pronto, se constituyeron "células de trabajo político femenino" que cobraron particular relevancia por el carácter masivo de su convocatoria.

Una expresión de este replanteo de relaciones, se vio en la negociación entre las dirigentas de la célula femenina del PUM y ese Partido, para la denominación de los candidatos municipales. En las elecciones de 1983 se había incluido "simbólicamente" —como ambas partes reconocieron— a una mujer como miembro de la lista de IU. Los siguientes tres años fueron intensos en el crecimiento de la organización femenina en la Federación, en gran medida por el trabajo de esta célula femenina, y hay que recordar que la propia presidenta militaba en el PUM. Cuando el Frente de Izquierda Unida (IV) debió designar sus candidatos para las elecciones municipales de 1986, los partidos se repartieron los cupos y a su vez, iniciaron internamente las acciones para designar a sus propios candidatos. Fue en ese momento que las mujeres de la célula femenina impusieron nuevas condiciones:

"Pero esta vez, nosotros como célula femenina hemos protestado. Hemos dicho en un acuerdo, que no vamos a aceptar que en la dirigencia no se tome en cuenta al organismo femenino. Si total somos el organismo que más trabajamos y que más gente movilizamos. Porque armar el movimiento de mujeres no es cosa fácil, cómo hacer que las mujeres participen es bien duro, bien difícil porque hay que tener en cuenta que las mujeres tienen, ¡uh! múltiples ocupaciones, cuidar a los hijos, el colegio, la comida, trabajar, que convengan a los maridos y todo lo demás. No se valora eso, entonces nosotros dijimos que no,

que tienen que tener en cuenta nuestro organismo para designar en buen lugar aunque sea a una mujer y además pedimos que la elección de los concejales candidatos del partido fueran elegidos por votación y no a dedo por los dirigentes. Pues fue así que en una plenaria del PUM las mujeres exigimos eso y no sólo para las mujeres sino para todos, nada de escogidos". (Patricia).

La argumentación desarrollada por las mujeres fue más allá de la reivindicación de un cargo. Exigieron la designación de una mujer entre los primeros puestos, pero imponiendo el voto de los militantes como un procedimiento general para elegir a los candidatos de la lista, alterando las reglas de juego tácitas operantes hasta entonces. "No más designaciones desde lo alto", dijeron.

"Si no hubiéramos dicho nada, ellos tampoco hubieran dicho nada, ¿no? Y bien gracias, hubiesen seguido ellos normados poniéndose como querían. Nosotros dijimos no, hicimos como se dice cuestión de estado, dijimos nosotros no vamos a ir a ninguna reunión más y si quieren pues desconózanos a nosotras pero no vamos a aceptar este tipo de elecciones." (Patricia).

Su seguridad era tal, que estaban dispuestas a renunciar a la militancia si no se les tomaba en cuenta. Podían ya medir su grado de influencia para llegar a presionar hasta ese punto. Todo indicaba una nueva percepción de la vida partidaria y el trabajo político. En las dirigentas se flexibilizó la relación con el partido y, sobre todo, se transformó la manera de evaluar el comportamiento de los otros militantes. Parecería que la necesidad de enfrentar la pobreza con una mirada pragmática y tolerante, desarrolló en ellas la capacidad de matizar el esquema de entrega total o traición que el partido imponía. Tal vez con esta perseverancia en el privilegio de la paciencia y la atención a lo concreto, se pusieron las barreras para distanciarse de Sendero Luminoso; las propuestas totales y rupturistas como las de este movimiento, iban contra la disposición de las mujeres de VES a no embarcarse en empresas de apuesta ingobernable.

En términos generales, se podría afirmar que durante esta segunda etapa en la vida de la Federación se fueron creando las condiciones para desarrollar y consolidar institucionalmente la organización femenina.

La relación entre las dirigentas, las bases, las instituciones y el Estado, fueron modificándose interna y externamente, bajo términos de coexistencia, y en medio de la tensión entre prácticas democráticas y autoritarias. El juego se planteaba claramente entre la dependencia y la autonomía.

8. ¿Caudillismo o pragmatismo? Decisiones frente al azote de la crisis

En 1987 la dirigencia de la FEPOMUVES se dispuso a cumplir con sus estatutos, que designaban el cambio de dirección cada dos años. El reto ahora era afrontar la convocatoria a una Convención, y someter a los designios de la mayoría los logros y las dificultades encontradas en la aplicación del plan de trabajo, evaluar lo actuado y llevar adelante el proceso de elección de nuevas autoridades.

En estos momentos la situación se presentaba cualitativamente diferente: la Federación era ya una organización reconocida por el municipio para coordinar las acciones del gobierno local referidas a las mujeres del distrito; las dirigentas que no se retiraron en el camino, habían adquirido experiencia y conocimiento en las actividades de la dirección; las bases de la Federación, inicialmente segmentadas y dispersas, comenzaban a reconocer su organización como la central efectiva que las representaba. Por otra parte, muchas de las instituciones externas también modificaban su relación con las mujeres organizadas.

La Federación requería entonces ejercitar sus mecanismos de representación y delegación, a fin de afirmar el proceso de institucionalización. Las nuevas dirigentas debían mostrarse capaces de transferir la dirección, garantizar la continuidad y ampliar el grupo de las responsables en la Directiva. Nuevas funciones y nuevas mujeres interesadas en los cargos esperaban la Convención para ser elegidas.

Frente a esta situación se jugaban posiciones diferentes. El grupo de las asesoras políticas consideraba la conveniencia de reemplazar a Francisca en el cargo por otra dirigente miembro de la Directiva, y continuar así con el proceso de democratización iniciado. Se trataba de recomponer la dirección con nuevas mujeres, aunadas al grupo de las más experimentadas. La presidenta, en cambio, consideraba que todavía no era el momento para dejar el cargo. Se vivían problemas serios, pendían convenios por firmar; situaciones conflictivas interna y externamente, exigían un manejo cuidadoso y experimentado. La elección de una nueva dirigente podía hacer peligrar estos frágiles avances y trastocar el proceso de consolidación institucional. Este temor, sumado al descubrimiento de la "indispensabilidad", llevaron a la dirigente a buscar permanecer en el poder aun en contra de la decisión de su equipo.

En un ambiente de intenso debate y confrontación abierta, se llevaron adelante las elecciones de la nueva Junta y Francisca fue reelegida, a pesar del descontento de algunas de sus compañeras de equipo y de un número significativo de dirigentas. Con Francisca, nuevas jóvenes asumieron los cargos, y en menor proporción se reeligió a dirigentas de la gestión que culminaba.

El nuevo equipo se presentaba bastante homogéneo en cuanto a edades y representación. Tanto la diversidad de organizaciones como los diferentes partidos de la izquierda, consiguieron poner delegadas en esta directiva. El problema, sin embargo, se planteaba entre la presidenta y el grupo de las asesoras que cuestionaron su reelección.

No obstante, 1987 fue un año de reafirmación y fortalecimiento institucional: se desarrollaron convenios de ayuda con entidades internacionales de promoción, y se inició la construcción del local de La Casa de la Mujer. También se levantaban dos Centros de Acopio para los comités del Vaso de Leche, y los comedores populares de la Federación. La Directiva había adquirido una rutina de reuniones de evaluación y decisión, y la FEPOMUVES ganaba presencia en el distrito y en el ámbito metropolitano.

El año siguiente no tendría por qué haber sido diferente para la Federación, si la situación del país continuaba en la línea señalada. Sin embargo, en setiembre de 1988 se destapó una de las peores crisis de la historia nacional, y el gobierno de García promulgó el paquetazo de setiembre negro, que condenaba sin piedad a la miseria absoluta a grandes sectores de la población nacional. El Perú se estremeció, no hubo ciudadano del pueblo y de la clase media que se librara de los efectos devastadores de la medida. Para contrarrestar este impacto, el gobierno reforzó la política asistencialista dirigida hacia las madres de familia, concentrando la distribución de víveres a través de la Iglesia, Caritas y el Programa de Apoyo Directo PAD. Esta era la denominación de la oficina de asistencia social gubernamental, coordinada directamente por la Primera Dama.³⁹ Desde un inicio, su labor se había articulado discriminando a muchas de las organizaciones existentes.

El paquetazo y las medidas paliativas oficiales tuvieron efectos lamentables para la Federación. De un lado, se amplió considerablemente la demanda para recibir los víveres; las mujeres, más empobrecidas aún, empezaron a ejercer una presión inmanejable en las organizaciones existentes. De otro lado, la concentración de las donaciones en la institución eclesial y estatal, marginó a las organizaciones que no tenían vínculos establecidos con ellas. Fue el caso de la Federación, que tuvo que buscar la manera de acceder a los repartos, o bien liberar a sus socias para que éstas lo logren por los canales establecidos por el gobierno.

El procedimiento regular de dotación de alimentos fue súbitamente alterado, generando el trastocamiento de los mecanismos de relación interna en la Federación, y el cuestionamiento de la representatividad de la dirigencia. El sometimiento a nuevos paráme-

39. El PAD fue creado el mismo año que subió a la presidencia Alan García. Tomando algunas de las funciones de Cooperación Popular del régimen de Belaunde, especialmente las cocinas de Violeta, el PAD avanzó en la oficialización de los Clubes de Madres y los Comedores Populares, creando una ley por la cual reconocía a estas organizaciones y les asignaba verticalmente reglamentos, normas y un presupuesto determinado. Para mayor información, ver Blondet y Montero, 1989; Córdova y Gorriti, 1989.

tros interinstitucionales, debilitó la búsqueda de autonomía. La frágil relación entre dirigencias y bases, que se venía forjando con dificultad con la creación de una dirigencia intermedia, en muchos casos se quebró por el requerimiento desesperado de víveres de las dirigentas más reconocidas de la Directiva.

La eficiencia y el pragmatismo indispensables a la tarea de conseguir donaciones, entraron en contradicción con los principios de una práctica institucional; surgió la amenaza de ruptura de los canales de relación y la dinámica interna. Se comenzaron a quebrar las lealtades, poniéndose de manifiesto los polos más conflictivos y retardatarios de la vida institucional.

Los últimos meses de ese año y el verano de 1989, añadieron serias dificultades a las organizaciones populares, debidas al incremento de la crisis política de esos meses. El Partido Unido Mariateguista (PUM) se dividió en tres corrientes, ruptura que tuvo como antecedente más inmediato el desgajamiento de un grupo de militantes de Patria Roja. En enero de 1989, después de su Congreso, la IU se fracturó. Los grupos de la tendencia socialista se retiraron, junto con sectores "independientes" liderados por Alfonso Barrantes, fundador y primer presidente del frente izquierdista, y su líder más destacado en la década del 80.

El impacto de estas divisiones en las organizaciones sociales fue dramático. Mientras las cúpulas partidarias se disputaban las bases sociales en un frío juego de ajedrez, los militantes se descubrieron de pronto enfrentados entre sí. Vieron destruirse la unidad de sus organizaciones, y en términos personales cundieron el desencanto y la desilusión por el desmoronamiento ante sus ojos de un proyecto promisorio.

La crisis cobraba generalidad en todos los niveles, económicos, sociales y políticos; se extendía a ámbitos personales y colectivos, promoviendo la desorganización social. (Grompone, 1990).

La Federación Popular de Mujeres debía enfrentar la agudización de la política asistencialista y controladora del gobierno. De

otro lado, las bases pauperizadas desbordaban todos los canales existentes en su demanda desesperada de víveres. Finalmente, el equilibrio que hubieran podido instaurar las dirigentas, negociando las donaciones y articulando la exigencia de todos los pobladores, se quebró cuando las instituciones políticas entraron en crisis. Lejos de constituir una fuerza organizada, la izquierda fragmentada produjo una polarización entre las mujeres de la Federación y de todo el segmento dirigencial de VES. El municipio, el Centro de Comunicación Popular, los grupos juveniles, las asociaciones culturales, sufrieron el impacto de una explosión en cadena. En lo que respecta a la Federación, el precario escenario común que unía a muchas de sus organizaciones, amenazaba con desaparecer. Las discrepancias comenzaron a manifestarse ahora como el resultado de diferencias ideológicas. La disciplina partidaria dejó de ser un elemento de control y cohesión para sus dirigentas; parecían romperse también las identidades sociales frente al proyecto.

Sin embargo, la Federación tercamente logró salir de la tormenta y adecuarse a las nuevas condiciones de sobrevivencia que el escenario antes descrito impuso. Resulta obvio que se debieron modificar los términos de la organización y los canales de relación entre dirigencia y bases. Las instancias intermedias y la fiscalización se vieron reducidas; la agenda de las mujeres parecía nuevamente restringida a la consecución de víveres, y una gran masa se encontró en absoluta disponibilidad frente al asistencialismo. Los intentos por construir una institución que agregara los múltiples intereses de los grupos femeninos del distrito, que ampliara sus fronteras de participación social y política, fueron momentáneamente dejados de lado por la urgencia de responder al pedido de alimentos.

La relación con las instituciones externas también se afectó en la medida en que se redujo la capacidad de negociación de las dirigencias. El control de los recursos sólo en manos de dos instituciones, volvió a poner sobre el tapete el tema de la dependencia a los subsidios. Viejas reglas de juego personalista, prebendario y clientelizador se impusieron a los principios de autonomía. Pero la Federación resistió, está presente y su presidenta ha sido elegida Teniente Alcaldesa del distrito en la última elección municipal.

9. Nota final

Esta historia ha querido dar cuenta del proceso complejo y conflictivo que han desarrollado las mujeres populares urbanas para constituirse como actores sociales y políticos de este país. Desconocidas e inexpertas en su inicio, fueron aprendiendo poco a poco a mirarse, a reconocerse, a definir problemas comunes y a plantearlos en público. La organización vecinal, con las características peculiares de Villa El Salvador, fue un escenario privilegiado para vincularse como comunidad, y con las instituciones y el Estado. Nada les fue fácil ni les vino gratis, hombres y mujeres debieron desplegar energías y esfuerzo sin límites para construir su identidad de pobladores. Jóvenes y adultos con patrones de comportamiento generacional altamente diferenciados, confluyeron desde sus organizaciones vecinales en el proyecto de forjar una Comunidad Urbana Autogestionaria que recogiera los intereses de los pobladores y los representara ante el Estado.

Ante el primer golpe de la crisis, las mujeres se organizaron como madres de familia e iniciaron una nueva etapa en el proyecto de ser ciudadanas. Muchas ya eran dirigentes, otras recién lo aprenderían en el camino. Sin herramientas propias para construir las organizaciones, y siempre urgidas por responder a necesidades inmediatas, fueron sujeto de manipulación de las instituciones externas donantes o asesoras. La dependencia a los subsidios impuso las primeras reglas de juego, distintas a los procedimientos conocidos en la organización vecinal. Estructuras verticales y personalistas caracterizaron en este momento a buena parte de las organizaciones femeninas.

La década del 80 y el advenimiento de la democracia, no impidieron que la crisis económica continuara su paso destructivo. Mientras la izquierda legal en el parlamento ensayaba nuevas formas de hacer política, los gremios sindicales y campesinos peleaban por resguardar los principios elementales de las reformas de la década pasada. Las mujeres populares multiplicaron sus organizaciones, nuevamente como una forma de responder al apremio familiar.

Una generación de jóvenes urbanas, educadas y socializadas en los años 70, entraron en la maternidad al tiempo que transferían sus expectativas de profesionalización hacia las organizaciones populares. Intereses políticos o la ausencia de alternativa, llevaron a un contingente de mujeres jóvenes de los partidos de izquierda a proponer un proyecto de organización femenina alternativo a una tradición secular de clientelismo y caridad. La Iglesia también concebía otras formas distintas de la tradicional, y las feministas aceptaron que la identidad de género debe nutrirse en primera instancia de una identidad social y política históricamente negada. Sobre la base de múltiples intereses fue gestándose una propuesta de organización femenina democrática, asentada en reglamentos y procedimientos universales. Una organización que buscaría desarrollar entre sus asociadas, reivindicaciones puestas más allá del alimento inmediato, ampliando la agenda de demandas e incorporando otros aspectos de su condición de marginadas. Proceso de gran envergadura, resultaba valioso no solamente por tratarse de un proyecto femenino popular sino por editar un nuevo estilo democrático de hacer política. La juventud de este movimiento lo llevó a la tensión permanente entre el autoritarismo y la búsqueda del consenso en las modalidades de dirección, y la dependencia y la autonomía en la relación con las instituciones externas y el Estado.

Por un momento había parecido que la meta estaba cercana. Las organizaciones se fueron institucionalizando, se centralizaron en instancias de dirección coordinadas; internamente operaban los mecanismos de elección, delegación de funciones y representación; externamente, cada una de estas centrales negoció los términos de interacción con las organizaciones políticas y el Estado. Sin embargo, no se logró crear una agenda común y específica de las mujeres populares. Habían muchas, tantas como organizaciones o centrales existían.

La centralización entre las organizaciones redundó en su fortalecimiento, pero con un cariz corporativo, cerrado o constreñido a los límites impuestos por la funcionalidad de su naturaleza, por la entidad auspiciadora, o por su territorialidad. Las dirigentas no lograron trascender el marco local de acción para imponer sus rei-

vindicaciones. No fueron suficientemente reconocidas por el Estado y los partidos como sujetos políticos e interlocutores.

¿Sería un problema de tiempo? ¿Con los años se superarían estos límites para constituirse en sujetos sociales y políticos cada vez más autónomos? ¿Con la articulación y representación de los intereses de las mujeres populares, se ganaría el reconocimiento deseado?

No sólo el tiempo hubiera sido capaz de realizar este proyecto en el país. Las mujeres populares se vienen estrellando contra dos colosos aparentemente invencibles: el sistema político personalista y prebendario, que lejos de vincularse con la sociedad, atenta contra todo intento de democratización social. El otro escollo es una crisis generalizada que corroe los pocos mecanismos de vida institucional existentes. No es pues, una derrota momentánea de las mujeres ni la manifestación de su incapacidad para construir instituciones; se trata de un signo más de descomposición. Pero en este proceso muchas mujeres aprendieron a ser personas, ciudadanas y dirigentas; ganaron en autoestima, capacidad de negociación e interpelación. Entraron en contacto con nuevos procedimientos, cada vez más precisos, para luchar por sus derechos. Si el equipo nacional femenino de vóley no se rindió; Sarita Colonia decidió volver después de muerta, y mientras las mujeres populares no tengan otra alternativa en su proyecto de ser ciudadanas, las instituciones femeninas tienen sin duda un futuro en el Perú.

ANEXO

Cuadro 1
Condición de migración de la población según relación de parentesco,
por sexo y área de residencia

Casco consolidado

PARENTESCO	TOTAL			HOMBRE			MUJER		
	Nativo	Migrante	Total	Nativo	Migrante	Total	Nativo	Migrante	Total
Jefe	43.6	56.4	100	43.1	56.9	100	45.8	54.2	100
Esposa	47.7	52.3	100	---	---	100	47.2	52.8	100
Hijo	93.1	6.9	100	92.7	7.3	100	93.4	6.6	100
Padre o suegro	34.7	65.3	100	36.0	64.0	100	34.2	65.8	100
Otro	69.2	30.8	100	70.2	29.8	100	68.2	31.8	100
Total	71.6	28.4	100	71.6	28.4	100	71.6	28.4	100
CONO SUR									
Jefe	29.7	70.3	100	30.2	69.8	100	26.2	73.8	100
Esposa	24.2	75.8	100	---	---	100	23.8	76.0	100
Hijo	93.4	6.6	100	92.9	7.1	100	94.0	6.0	100
Padre o suegro	28.6	71.4	100	---	100*	100	36.2	63.8	100
Otro	58.7	41.3	100	56.1	43.9	100	61.8	38.2	100
Total	68.6	31.4	100	69.9	30.1	100	67.3	32.7	100
CONO NORTE									
Jefe	37.1	62.9	100	36.9	63.1	100	37.9	62.1	100
Esposa	28.7	71.3	100	---	---	100	28.0	72.0	100
Hijo	92.7	7.3	100	92.5	7.5	100	92.9	7.1	100
Padre o suegro	21.4	78.6	100	10.0	90.0	100	25.0	75.0	100
Otro	63.5	36.5	100	64.8	35.2	100	62.0	38.0	100
Total	68.4	31.6	100	70.6	29.4	100	66.3	33.7	100
CONO ESTE									
Jefe	28.5	71.5	100	27.9	72.1	100	32.7	67.3	100
Esposa	30.1	69.9	100	---	---	100	29.2	70.8	100
Hijo	90.8	9.2	100	90.3	9.7	100	91.3	8.7	100
Padre o suegro	21.4	78.6	100	20.0	80.0	100	22.2	77.8	100
Otro	62.0	38.0	100	57.5	42.5	100	66.7	33.3	100
Total	66.1	33.9	100	65.6	34.4	100	66.5	33.5	100

Fuente: Encuesta de Hogares, Dirección General de Empleo del Ministerio de Trabajo. Elaboración IEP/inédita, 1987.

* menos de cinco casos.

Cuadro 2
Cono Sur: Nivel educativo por rango de edad

NIVEL EDUCATIVO	HOMBRE (edad)			MUJER (edad)		
	14-25	25-40	+ de 40	14-25	25-40	+ de 40
No asistió			1.4	0.4	6.3	20.8
Primaria	5.4	26.7	60.8	10.7	46.9	63.1
Secundaria	83.3	59.2	60.8	73.8	38.1	16.1
Superior	<u>11.3</u>	<u>14.1</u>	<u>4.1</u>	<u>15.1</u>	<u>8.7</u>	
TOTAL	100	100	100	100	100	100

Cuadro 3
**Mujeres del Cono Sur: estado civil, educación
y ocupación por grupos de edad**

		GRUPOS DE EDAD		
		14-25	25 -40	+ de 40
ESTADO CIVIL	Soltera	87	14	4
	Casada/conviviente	13	84	78
	Viuda/divorciada	---	2	18
	TOTAL	100	100	100
PERFIL EDUCATIVO	No asistió	---	6	21
	Primaria	11	47	63
	Secundaria	74	38	16
	Superior	15	9	---
	TOTAL	100	100	100
MIGRACION	%			
	Migrantes	25	68	75
	Nativas	75	32	32
	TOTAL	100	100	100
TASA DE ACTIVIDAD		25	39	38
TASA DE DESEMPLEO		20	8	2
CATEGORIA OCUPACIONAL				
	% con trabajo asalariado	56	39	19
	% con trabajo independ.	15	44	56

Fuente: Encuesta de Hogares 1983. Elaboración: IEP/inédita.

BIBLIOGRAFIA

AFEDEPROM

1984 *La mujer en camino*, folleto, Lima.

ARNILLAS, Federico

1983 "Quiénes son los nuevos invasores", Informe de Investigación, CIDAP, mimeo.

AZCUETA, Miguel

s.f. *Historia de la Comunidad Urbana Autogestionaria de Villa El Salvador (CUAVES): problemas y perspectivas*, Lima.

BACKHAUS, Annette

1988 *La dimensión de género en los proyectos de promoción a la mujer: necesidad y reto*, Serie Enfoques Peruanos 11, Fundación F. Naumann, Lima.

BALLÓN, Eduardo (ed.)

1986 *Movimientos sociales y crisis: el caso peruano*, DESCO, Lima.

BARBER, Benjamin

1984 *Strong Democracy*, University of California Press, Berkeley, USA.

BARRIG, Maruja

1986 "Democracia emergente y movimiento de mujeres". En: *Movimientos sociales y democracia: la fundación de un nuevo orden*, DESCO, Lima.

1989 *Mujer y empleo en Lima Metropolitana 1979-1987. Estadísticas comentadas*, ADEC-ATC, Lima.

1990 "Quejas y contentamientos: historia de una política social. Los municipios y la organización femenina en Lima". En: *Movimientos sociales: elementos para una relectura*, DESCO, Lima.

BARRIG, Maruja y Gustavo RIOFRÍO

- 1982 "Los programas de promoción dirigidos a la mujer en los barrios de Carmen de la Legua y El Agustino", Centro de Capacitación y Asesoría, Lima, mimeo.

BARRIG, Maruja y Amelia FORT

- 1987 *La ciudad de las mujeres: pobladoras y servicios. El caso de El Agustino*, Documento de Trabajo, SUMBI, Lima.

BARRIG, Maruja (ed.)

- 1988 *De vecinas a ciudadanas. La mujer en el desarrollo urbano*, SUMBI, Lima.

BLONDET, Cecilia

- 1984 "En las barriadas nos hicimos mujeres", *Cultura Popular* N° 11-12, CELADEC, Lima.
- 1985 "Nuevas formas de hacer política: las amas de casa populares", *Allpanchis* N° 25, Cusco.
- 1986 *Muchas vidas construyendo una identidad: mujeres pobladoras de un barrio limeño*, Documento de Trabajo N°9, IEP, Lima.
- 1987 "Las mujeres de Villa El Salvador: el asistencialismo como un derecho", UNICEF, Lima, ms.
- 1988 "Mujer y ciudadanía: Villa El Salvador", IEP, Lima, ms.

BLONDET, Cecilia y Carmen MONTERO

- 1989 "Las organizaciones femeninas populares: composición social y liderazgo", UNICEF, Lima, ms.

BOGGIO, Ana

- 1989 "Estrategias de promoción y comedores". En: Galer y Núñez (ed.), *op. cit.*, Lima.

BOGGIO, Ana y otros

- 1987 "La organización de la mujer en torno al problema alimentario. Avances de investigación", CELATS, Lima, mimeo.

BOURQUE, Susan

- 1981 *Women of the Andes: Patriarchy and Social Change in Two Peruvian Towns*, Ann Arbor, University of Michigan Press.

CALDEIRA, Teresa

- 1987 "Mujeres, cotidianeidad y política". En: Jelin, Elizabeth (ed.), *Ciudadanía e identidad. Las mujeres en los movimientos sociales en América Latina*, UNRISD, Ginebra.

CALDERÓN, Fernando (comp.)

- 1986 *Los movimientos sociales frente a la crisis*, UNU, CLACSO, IISUNAM, Buenos Aires.

CAMPERO, Guillermo

- 1987 *Entre la sobrevivencia y la acción política. Las organizaciones de pobladores en Santiago*, Ediciones ILET, Santiago de Chile.

CAS FRANCA, A. María Jazmine

- 1984 "Actividades económicas de mujeres de sectores urbano populares. El caso del Pueblo Joven de Bayóvar", Lima, mimeo.

CELADEC

- 1983 *Villa El Salvador. De arenal a distrito municipal*, Servicio Documental Especial CELADEC, Lima.

CENTRO DE COMUNICACIÓN POPULAR DE VES

- 1984- Revista *Critica*.

1987

COLLIER, David

- 1978 *Barriadas y élites: de Odría a Velasco*, IEP, Lima.

CÓRDOVA, PATRICIA Y CARMEN LUZ GORRITI

- 1989 *Apuntes para una interpretación del movimiento de mujeres: los comedores comunales y los comités del Vaso de Leche en Lima*, Documento de Trabajo SUMBI, Lima.

COTLER, Julio

- 1983 "La mecánica de la dominación interna y del cambio social en la sociedad rural", *Perú Problema. Cinco Ensayos*, IEP, Lima.
- 1985 "Democracia e integración nacional en el Perú". En: McClintock, Cynthia y Abraham F. Lowenthal (comp.), *El gobierno militar. Una experiencia peruana 1968-1980*, IEP, Lima.
- 1987 "La cultura política radical de los jóvenes populares", IEP, Lima, ms.
- 1988 "Los partidos políticos y la democracia en el Perú". En: Pasara y Parodi (ed.), *Democracia, sociedad y gobierno en el Perú*, CEDYS, Lima.

CHANEY, Elsa M.

- 1983 *Supermadre. La mujer dentro de la política en América Latina*, F.C.E., México.

CHUECA, Marcela

- 1985 "Familia, mujer y trabajo en Villa El Salvador", *Estudios sobre la participación de la mujer en la economía peruana*, DGE-Ministerio de Trabajo/UNICEF, Lima.

DANCOURT, Oscar

- 1989 "Política macroeconómica y democracia". En: Gonzales de Olarte (comp.), *Economía para la democracia*, IEP, Lima.

DEGREGORI, Carlos Iván, Cecilia BLONDET y Nicolás LYNCH

- 1986 *Conquistadores de un nuevo mundo. De invasores a ciudadanos en San Martín de Porres*, IEP, Lima.

DESCO

- s.f. "Cronología de los movimientos sociales y el desarrollo organizativo de VES (1983-1985)", Lima, mimeo.

DIETZ G., Mary

- 1987 "Context is all: Feminism and theories of citizenship", *Daedalus, Journal of the American Academy of Arts and Sciences* "Learning about women: Gender, politics, and power", The American Academy of Arts and Sciences.

ELSHTAIN, Jean Bethke

- 1981 *Public man, private women. Women in social and political thought*, Princeton University Press.
- 1986 *Meditation on modern political thought*, Praeger Special Studies, USA.

ETZIONI, Amitai

- 1965 *Organizaciones modernas*, Ed. Hispanoamericana, México.

FEIJOÓ, María del Carmen

- 1982 *Las luchas de un barrio y la memoria colectiva*, Estudios CEDES, Buenos Aires.
- 1983 *Buscando un techo: familia y vivienda popular*, Estudios CEDES, Buenos Aires.
- 1984 "Las mujeres en los barrios, de los asuntos locales a los problemas de género", *Materiales para la comunicación popular* N° 5, IPAL, Lima.

FEIJÓ, María del Carmen y Elizabeth JELIN

- 1987 "Las mujeres del sector popular: recesión económica y democratización política en la Argentina". En: Blondet (ed.) *Mujer y*

sociedad. Perspectivas metodológicas, Fundación Naumann-IEP, Lima.

FRANCO, Carlos

- 1990 "Exploraciones en 'otra modernidad': de la migración a la plebe urbana". Ponencia presentada en el Coloquio sobre Modernidad, organizado por el CER Bartolomé de las Casas, febrero.

GALER, Nora

- 1986 "La mujer en el Perú. Situación, políticas y perspectivas", UNIFEM, UNDP, ms.

GALER, Nora y Pilar NÚÑEZ C. (eds.)

- 1989 *Mujer y comedores populares*, SEPADE, Lima.

GALER, Nora, Virginia GUZMÁN, y María Gabriela VEGA (eds.)

- 1985 *Mujer y desarrollo*, Flora Tristán-DESCO, Lima.

GOLTE, Jürgen y Norma ADAMS

- 1987 *Los caballos de Troya de los invasores. Estrategias campesinas en la conquista de la gran Lima*, IEP, Lima.

GONZÁLEZ VIAÑA, Eduardo

- 1990 *Sarita Colonia viene volando*, Mosca Azul, Lima.

GROMPONE, Romeo

- 1987 "Aspectos de la integración social y política de los jóvenes de barrios populares", IEP, Lima, ms.

- 1989 "La representación política en la transición democrática. Los casos del APRA y la izquierda". Ponencia presentada al seminario "Estrategias para el desarrollo de la democracia en América Latina", organizado por el IEP, setiembre.

- 1990 "Nuevos actores sociales y política", IEP, Lima, ms.

HARVEY, Penelope

- 1989 *Género, autoridad y competencia lingüística. Participación política de la mujer en pueblos andinos*, Documento de Trabajo N° 33, IEP, Lima.

HEE PEDERSEN, Christina

- 1988 *Nunca antes me hablan enseñado eso*, Capacitación feminista, Ediciones Lilith, Lima.

HENRÍQUEZ, Narda

- 1989 "Las mujeres en el país de Todas las Sangres", FOMCIENCIAS, Lima, ms.

HENRIQUEZ, Narda y Josefina HUAMÁN

- 1983 "Apuntes sobre la participación de la mujer en las luchas urbano-populares (Perú)", PUC, Lima, mimeo.

HUAMÁN, Josefina

- 1985 "La mujer y el desarrollo urbano", en Galer y otros, *op. cit.*, Lima.

JAQUETIE, S. Jane

- 1984 "Female political participation in Latin America. Raising feminist issues", Occidental College, Los Angeles, paper prepared for the annual meeting of the American Political Science Association, Washington, D.C.
- 1989 *The Women's Movement in Latin America. Feminism and the transition to democracy*, Unwin Hyman, Boston, USA.

JELIN, Elizabeth

- 1983 *Las relaciones sociales del consumo: el caso de unidades domésticas de sectores populares*, Documento de Trabajo N° 14, The Population Council, Méjico.
- 1984 *Familia y unidad doméstica: mundo público y vida privada*, Estudios CEDES, Buenos Aires.
- 1987 "Ciudadanía e identidad, una reflexión final", en Elizabeth Jelin (ed.), *Ciudadanía e identidad. Las mujeres en los movimientos sociales en América Latina*, UNRISD, Ginebra.

JELIN, Elizabeth y María del Carmen FEIJOÓ

- 1980 *Trabajo y familia en el ciclo de vida femenino. El caso de los sectores populares de Buenos Aires*, Estudios CEDES, Buenos Aires.

JOBERT, Bruno

- 1983 "Clientelismo, patronazgo y participación popular", Documento de trabajo para un sub-debate global (traducción del original, francés, UNRISD/83/c.15), GE 83-01349, Ginebra, mimeo.

LECHNER, Norbert y Susana LEVY

- 1984 "Notas sobre la vida cotidiana III: El disciplinamiento de la mu-

jer", *Material de Discusión* N° 57, julio, Programa FLACSO, Santiago de Chile.

LEÓN, Magdalena (ed.)

1982 *Sociedad, subordinación y feminismo. Debate sobre la mujer en América Latina*, ACEP (Asociación Colombiana para el Estudio de la Población), Bogotá.

LORA, Carmen, Cecilia BARRENECHEA y Friné SANTISTEBAN

1985 *Mujer: víctima de opresión, portadora de liberación*, Lima.

MASSOLO, Alejandra

1988 *Memoria del Pedregal, Memoria de mujer*, Serie Mujer, Vida y Movimiento, Ed. Mujeres para el Diálogo, México.

McCLINTOCK, Cynthia y Abraham LOWENTHAL

1985 *El gobierno militar. Una experiencia peruana 1968-1980*, IEP, Lima.

MONTERO, Carmen

1985 "De las aulas a la crisis", *Revista Autoeducación*, año V, N°12.

FERNÁNDEZ, Hernán y Carmen MONTERO

1982a "El desfase edad-año de estudios, una expresión del atraso escolar en el Perú", *Deserción Escolar*, Revista del Proyecto Multinacional para el mejoramiento de la retención escolar en el básico en América Latina, OEA, Buenos Aires, año III, N° 9.

1982b *Desigualdades en el acceso a la escuela. Análisis de la cobertura y del atraso escolar*, INIDE, Lima.

1986 "Educación y trabajo de los jóvenes de áreas urbanas en el Perú", Informe de investigación, INIDE, Lima, mimeo.

MEILLASOUX, Claude

1977 *Mujeres, graneros y capitales*, Siglo XXI Ed., México.

MONTOYA UGARTE, Manuel

1973 "Pamplona un caso de movilización social a partir de la base", tesis, Universidad Nacional Mayor de San Marcos, Lima.

MOSER O.N., Caroline

1985 *Residential level struggle and consciousness: the experiences of poor woman in Guayaquil, Ecuador*, DPU Gender and Planning Working Paper 1, University College, London.

OIT

- 1981 *Mujeres en sus casas. Estudio sobre el trabajo no remunerado en el hogar.*

PAREDES, Peri y Griselda TELLO

- 1988 *Pobreza urbana y trabajo femenino*, ADEC-ATC, Lima.

PEASE, Henry

- 1978 *Los caminos del poder. Tres años de lucha en la escena oficial*, DESCO, Lima.

PIMENTEL S., Carmen

- 1988 *Familia y violencia en la barriada*, Ed. TIPACOM (Talleres Infantiles Proyectados a la Comunidad), Lima.

PIÑA, Carlos David

- 1984 *"Lo popular": notas sobre la identidad cultural de las clases subalternas*, Documento de Trabajo 223, octubre, Programa FLACSO, Santiago de Chile.

PONCE, Ana y Marfil FRANCKE

- 1985 *"Hogar y familia. Problemas para el estudio socio-demográfico"*, *Hogar y familia en el Perú*, PUC, Lima.

RACZYNSKI, Dagmar y Claudia SERRANO

- 1985 *Vivir la pobreza. Testimonio de mujeres*, CIEPLAN/ PISPAL, Santiago de Chile.

RIOFRÍO, Gustavo

- 1986 *"Habitación urbana con participación popular. Casos en Lima, Perú"*, Eschborn.

RIOFRÍO, Gustavo y Jean Claude DRIANT

- 1983 *"Exploración del mercado de vivienda en barriadas"*, CIDAP, Lima, mimeo.

RODRIGUEZ ARROYO, José P.

- 1974 *"El poblamiento barrial en Lima 1940-1974"*, tesis para optar el grado académico de Bachiller en Sociología, UNMSM, Lima.

ROSPIGLIOSI, Fernando

- 1987 *Los jóvenes obreros de los '80: inseguridad, eventualidad y radicalismo*, Documento de Trabajo N° 18, IEP, Lima.

RUIZ-BRAVO L., Patricia

- 1987 *"Programas de promoción y organizaciones de mujeres: tres pe-*

riodos". En: Grandón, Alicia (ed.), *Crisis y organizaciones populares de mujeres*, PUC, Lima.

- 1990 "Promoción a la mujer. Cambios y permanencias. 1975-1985". En: Portocarrero, Patricia (ed.), *Mujer en el desarrollo. Balances y propuestas*, Flora Tristán, Lima.

SARA-LAFOSSE, Violeta

- 1984 "Comedores comunales. La mujer frente a la crisis", SUMBI, Lima.

SERRANO, Claudia

- 1988 Pobladores, lecciones a partir de sus organizaciones, *Apuntes CIEPLAN* N° 70, junio.

SUMBI Informativo N° 4-5

- 1987 "ONGs que trabajan con mujer: a la búsqueda de una identidad".

THORP, Rosemary

- 1985 "Evolución de la economía peruana". En: McClintock, Cynthia y Abraham F. Lowenthal (comp.), *El gobierno militar. Una experiencia peruana 1968-1980*, IEP, Lima.

TOVAR, Teresa

- 1986 "Barrios, ciudad y democracia política". En: *Movimientos sociales y democracia. La fundación de un nuevo orden*, DESCO, Lima.

TRISTÁN, Flora (eds.)

- 1988 *Mujeres latinoamericanas. Diez ensayos y una historia colectiva*, Lima.

TUESTA, S. Fernando

- 1985 *El nuevo rostro electoral. Las municipales del 83*, DESCO, Lima.

TURNER, June Honey

- 1982 *Mujer: las calladas hablan*, International Educational Development, USA.

UNICEF

- 1981 *Servicios básicos integrados en áreas urbano marginales del Perú*, Lima.

UNMSM-(Taller de testimonio de la) ESCUELA DE LITERATURA
Y EL PLAN DE PARTICIPACIÓN CULTURAL DE LA
MUNICIPALIDAD DE LIMA

1986 *Habla la ciudad*, Lima.

VALDES, Teresa

1987 *Ser mujer en sectores populares urbanos*, FLACSO, Chile.

1988 *Venid, benditas de mi padre. Las pobladoras, sus rutinas y sus sueños*, FLACSO, Santiago de Chile.

VARGAS, Virginia

1986 "El aporte de la rebeldía de las mujeres", Flora Tristán, Lima, mimeo.

VERDERA, Francisco

1990 "Crisis económica y empleo en Lima Metropolitana. 1970-1988". En: *Lima, crisis y alternativas*. CIPUR-F. Ebert, Lima.

VIGIER, María Elena

1987 "La participación de las mujeres en el PAIT", documento presentado al "Taller de Sistematización de la problemática de la mujer en el área de empleo y generación de ingresos", INP/UNIFEM.

La composición de **Las mujeres y el poder. Una historia de Villa El Salvador** fue realizada

en el Instituto de Estudios Peruanos y estuvo a cargo de Aída Nagata.

El texto se presenta en caracteres Times de 10 p. con 2 p. de interlínea; las notas a pie de página en 8 p. con 1 p. de interlínea. Los títulos de capítulo en Garamond.

La caja mide 26 x 38 picas.

Se terminó de imprimir el mes de febrero de 1991 en los Talleres de **Gráficos S.R.L.**, Seoane 307 - 302, San Borja.

Serie: URBANIZACION, MIGRACIONES Y CAMBIOS EN LA SOCIEDAD PERUANA

3. Schaedel, Borah, Browning, Bonavia, Cortés Conde, López de Nisvovich, Mauro Roffman, Hardoy, Moreno, Kaplan, Price, Scobie, Mamelakis, Calneck, Gakenheimer, Gasparini, Palm, Morse. *Urbanización y proceso social en América*. Lima 1972, 404 págs.
4. David Collier. *Barriadas y élites: de Odría a Velasco*. Lima 1978, 170 págs.
5. Susan B. Lobo. *Tengo casa propia*. Lima 1984, 283 págs.
6. Pedro Galín, Julio Carrión y Oscar Castillo. *Asalariados y clases populares en Lima*. Lima 1986, 127 págs.
7. Jorge Parodi. "Ser obrero es algo relativo...". *Obreros, clasismo y política*. Lima 1986, 188 págs.
8. Carlos Iván Degregori, Cecilia Blondet y Nicolás Lynch. *Conquistadores de un nuevo mundo. De invasores a ciudadanos en San Martín de Porres*. Lima 1986, 312 págs.
9. Jürgen Golte y Norma Adams. *Los caballos de Troya de los invasores. Estrategias campesinas en la conquista de la Gran Lima*. Lima 1990 (2da. ed.), 241 págs.

En este libro se contará la historia de la organización femenina de Villa El Salvador, vivida y relatada a su vez por muchas de sus dirigentas. En ella se verá cómo nace y se construye un movimiento social; el proceso de constitución de nuevas identidades sociales y políticas, individuales y colectivas en un barrio pobre de la ciudad, y los límites que encuentra en su desarrollo.

De diferentes lugares, edades e historias, los hombres y mujeres de Villa El Salvador se propusieron a inicios de la década del 70, construir un lugar para vivir. El deseo de arraigarse en la ciudad a pesar de las diferencias, los unió en un mismo objetivo y lograron acuerdos básicos para conformar, con esfuerzo, una colectividad organizada de pobladores pobres.

Las mujeres invasoras y pobladoras iniciaron así un lento proceso de incorporación a la vida pública local, en este proceso fueron adquiriendo nuevos valores. La autoestima personal, el reconocimiento de su voz y la capacidad de deliberar y actuar al lado de los hombres, fueron los logros más visibles de esta etapa.

Este fenómeno organizativo se dio en todos los barrios populares de Lima. Pero Villa El Salvador fue, sin duda, un escenario fértil para desarrollar una vanguardia social femenina. Su historia y la experiencia adquirida con el trabajo de sus pobladores y dirigentes, propició nuevas formas de organización y centralización distrital capaces de ensayar una propuesta democrática de agremiación femenina.

¿Qué aprendieron las mujeres populares? ¿Desarrollaron una nueva cultura política popular?

El presente trabajo intentará dar respuesta a estas y otras interrogantes.